

Civilización contemporánea /
L. Lopez de Mesa

López de Mesa, Luis (1884-1967). Auteur du texte. Civilización contemporánea / L. Lopez de Mesa. 1926.

1/ Les contenus accessibles sur le site Gallica sont pour la plupart des reproductions numériques d'oeuvres tombées dans le domaine public provenant des collections de la BnF. Leur réutilisation s'inscrit dans le cadre de la loi n°78-753 du 17 juillet 1978 :

- La réutilisation non commerciale de ces contenus ou dans le cadre d'une publication académique ou scientifique est libre et gratuite dans le respect de la législation en vigueur et notamment du maintien de la mention de source des contenus telle que précisée ci-après : « Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France » ou « Source gallica.bnf.fr / BnF ».
- La réutilisation commerciale de ces contenus est payante et fait l'objet d'une licence. Est entendue par réutilisation commerciale la revente de contenus sous forme de produits élaborés ou de fourniture de service ou toute autre réutilisation des contenus générant directement des revenus : publication vendue (à l'exception des ouvrages académiques ou scientifiques), une exposition, une production audiovisuelle, un service ou un produit payant, un support à vocation promotionnelle etc.

[CLIQUER ICI POUR ACCÉDER AUX TARIFS ET À LA LICENCE](#)

2/ Les contenus de Gallica sont la propriété de la BnF au sens de l'article L.2112-1 du code général de la propriété des personnes publiques.

3/ Quelques contenus sont soumis à un régime de réutilisation particulier. Il s'agit :

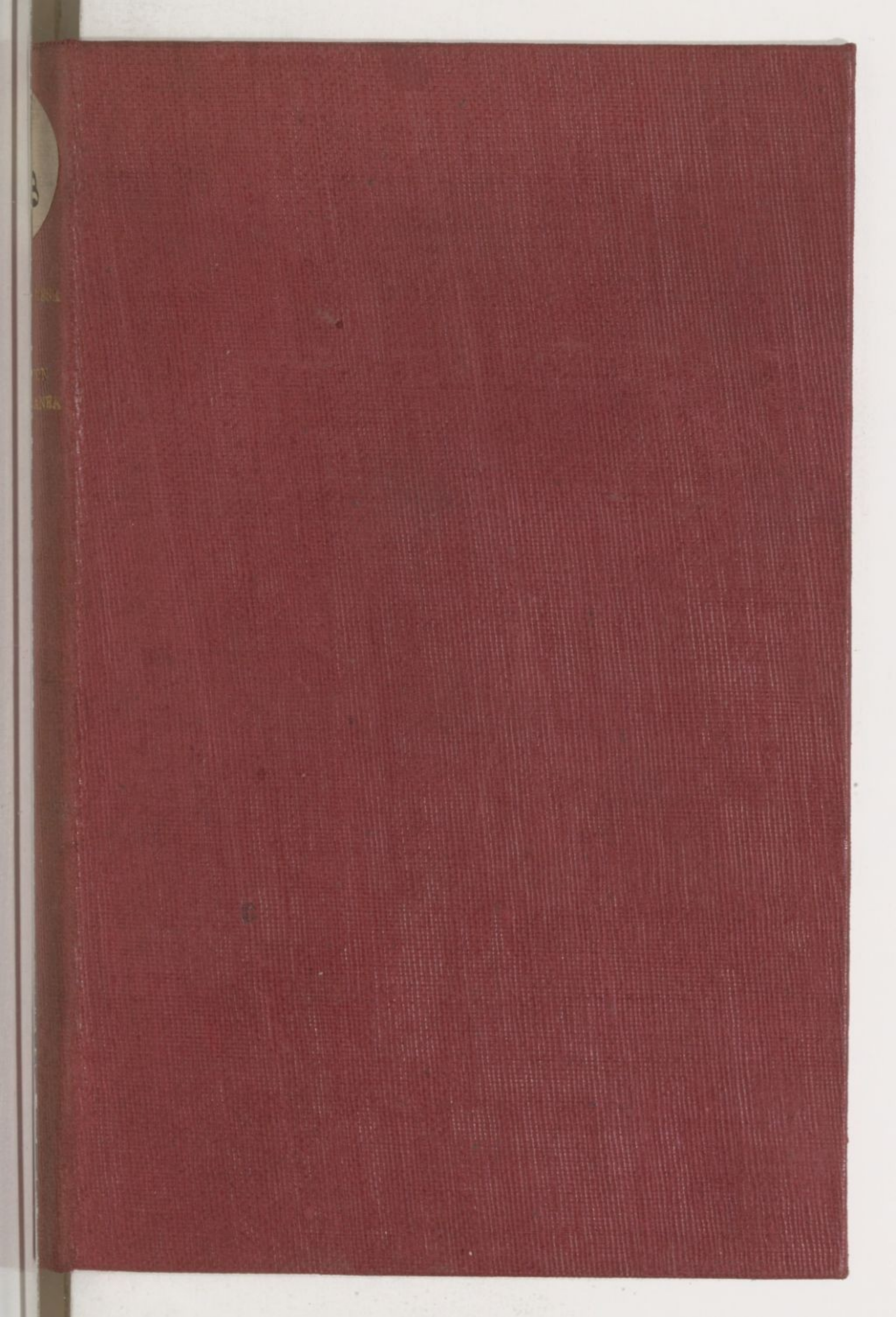
- des reproductions de documents protégés par un droit d'auteur appartenant à un tiers. Ces documents ne peuvent être réutilisés, sauf dans le cadre de la copie privée, sans l'autorisation préalable du titulaire des droits.
- des reproductions de documents conservés dans les bibliothèques ou autres institutions partenaires. Ceux-ci sont signalés par la mention Source gallica.BnF.fr / Bibliothèque municipale de ... (ou autre partenaire). L'utilisateur est invité à s'informer auprès de ces bibliothèques de leurs conditions de réutilisation.

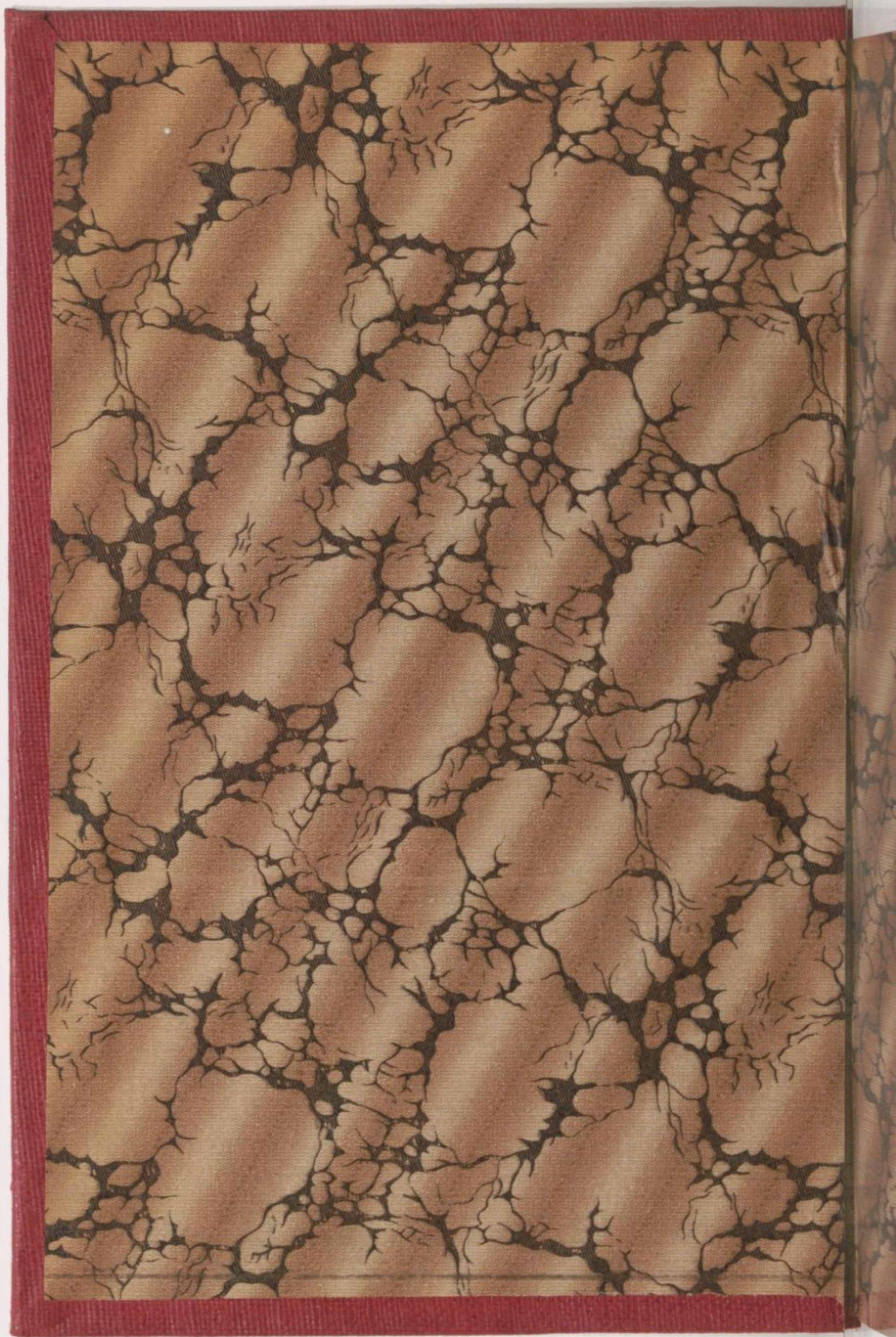
4/ Gallica constitue une base de données, dont la BnF est le producteur, protégée au sens des articles L341-1 et suivants du code de la propriété intellectuelle.

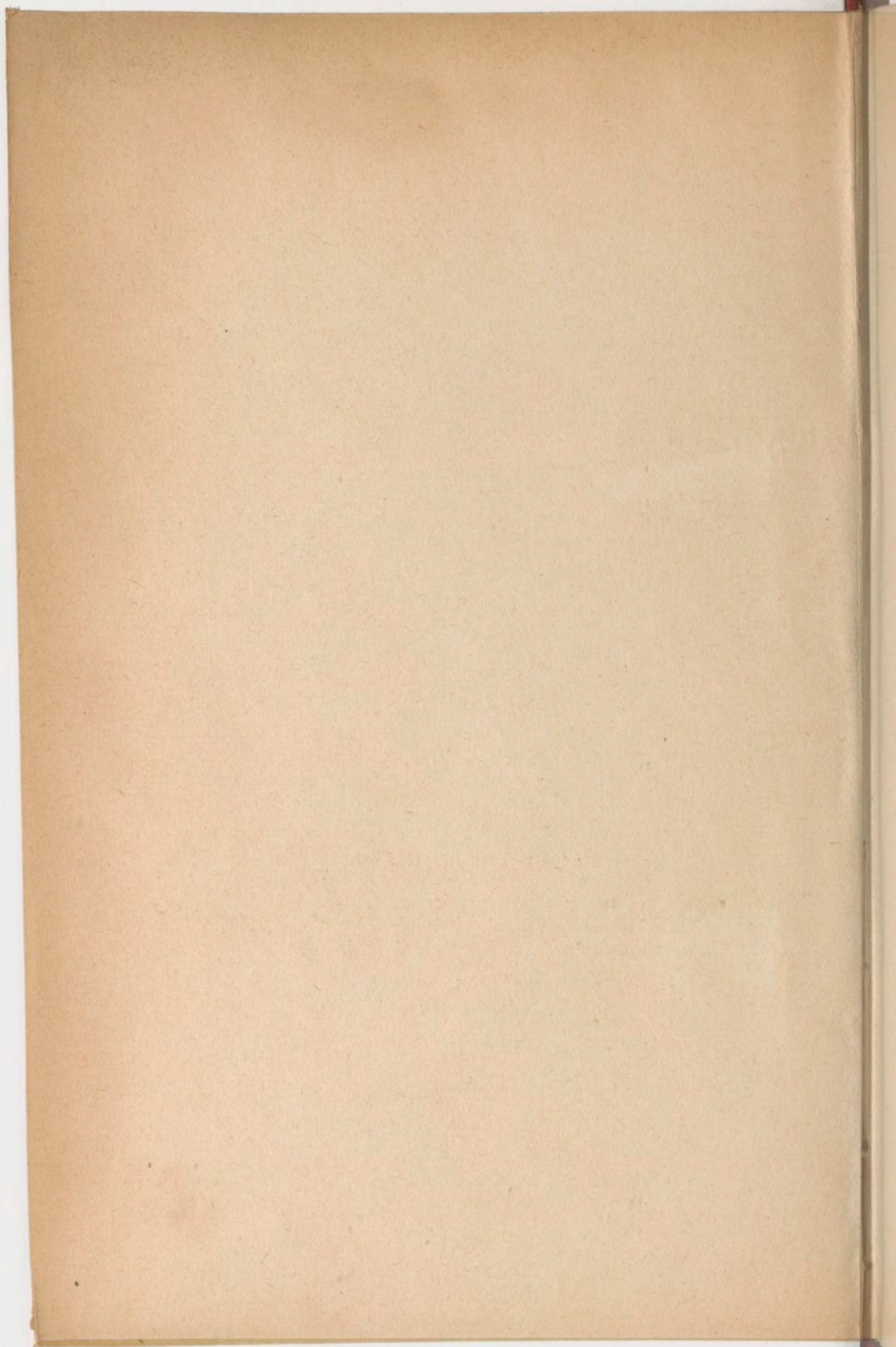
5/ Les présentes conditions d'utilisation des contenus de Gallica sont régies par la loi française. En cas de réutilisation prévue dans un autre pays, il appartient à chaque utilisateur de vérifier la conformité de son projet avec le droit de ce pays.

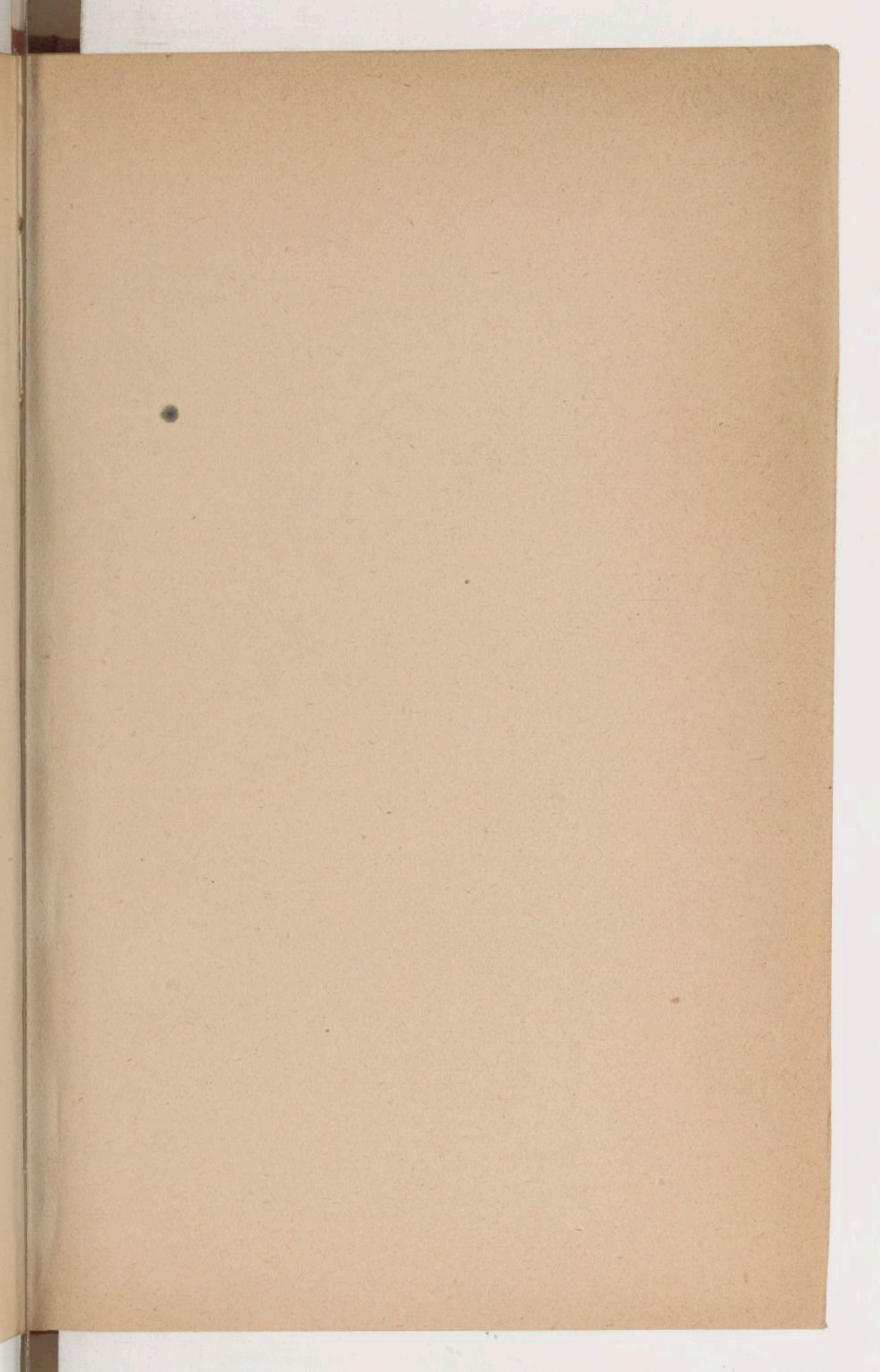
6/ L'utilisateur s'engage à respecter les présentes conditions d'utilisation ainsi que la législation en vigueur, notamment en matière de propriété intellectuelle. En cas de non respect de ces dispositions, il est notamment passible d'une amende prévue par la loi du 17 juillet 1978.

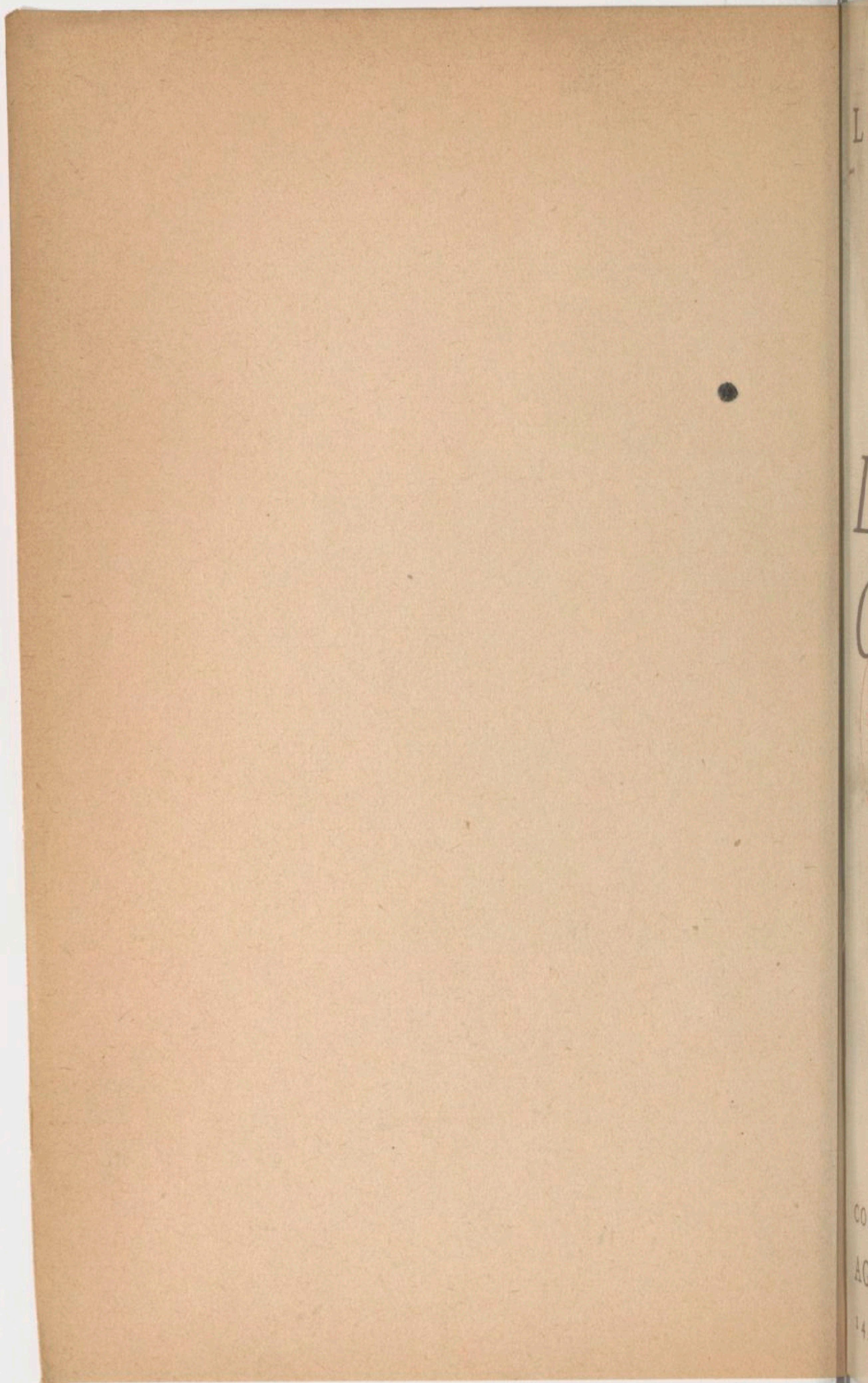
7/ Pour obtenir un document de Gallica en haute définition, contacter utilisation.commerciale@bnf.fr.











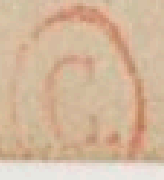
Amigos *U. d.*
L. LOPEZ DE MESA

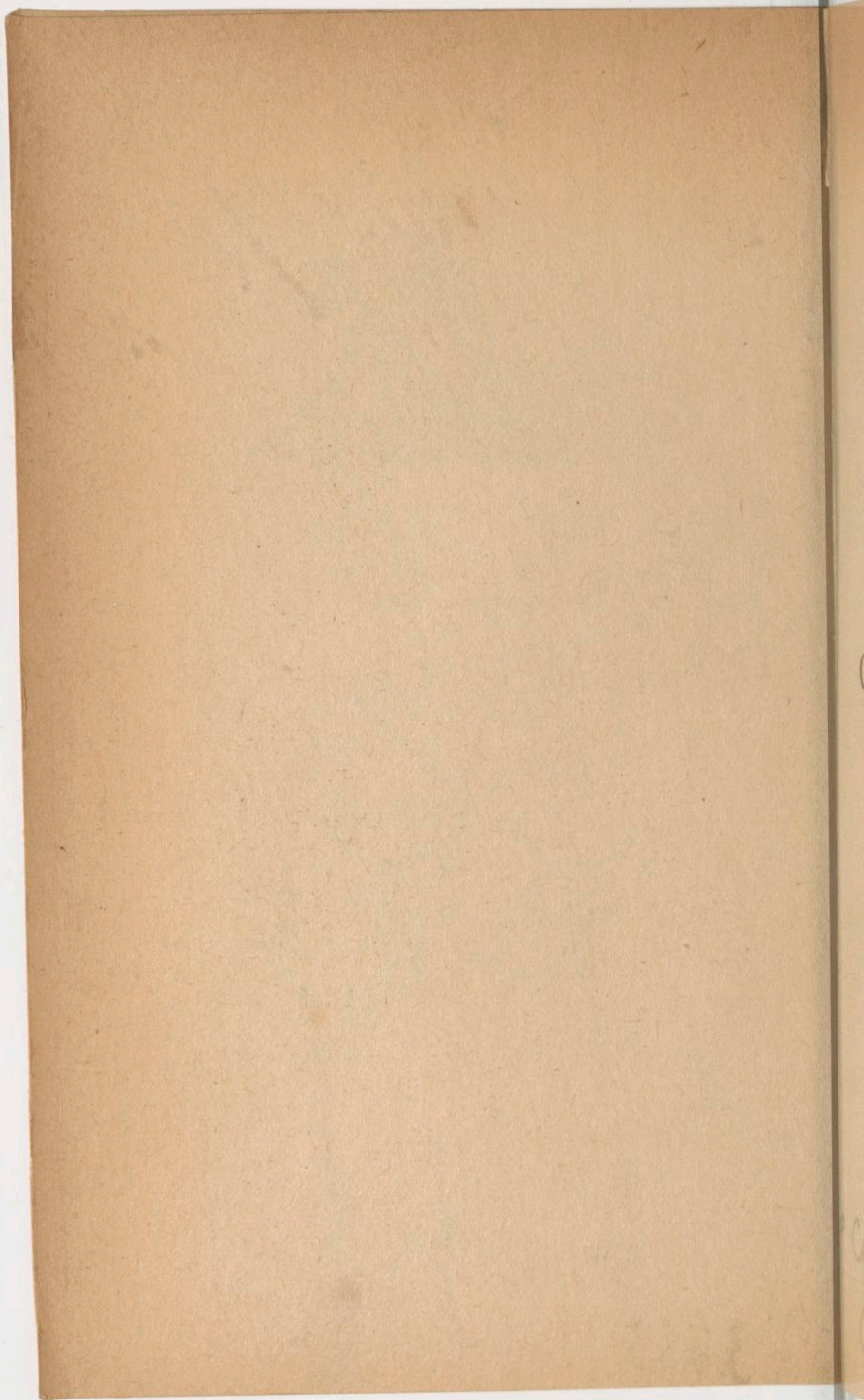
*LA CIVILIZACIÓN
CONTEMPORÁNEA*

A red circular library stamp is located on the left side of the page, partially overlapping the title. It contains the text "BIBLIOTHEQUE" at the top, "1211" in the center, and "MUSEUM" at the bottom.

59348

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE VENTA
AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
14, Rue des Saints-Pères — PARÍS

A small red circular stamp is located at the bottom center of the page, containing the letter "C" inside a circle.



CIVILIZACIÓN
CONTEMPORÁNEA

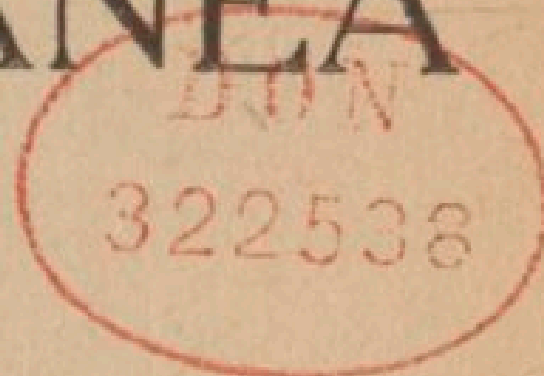
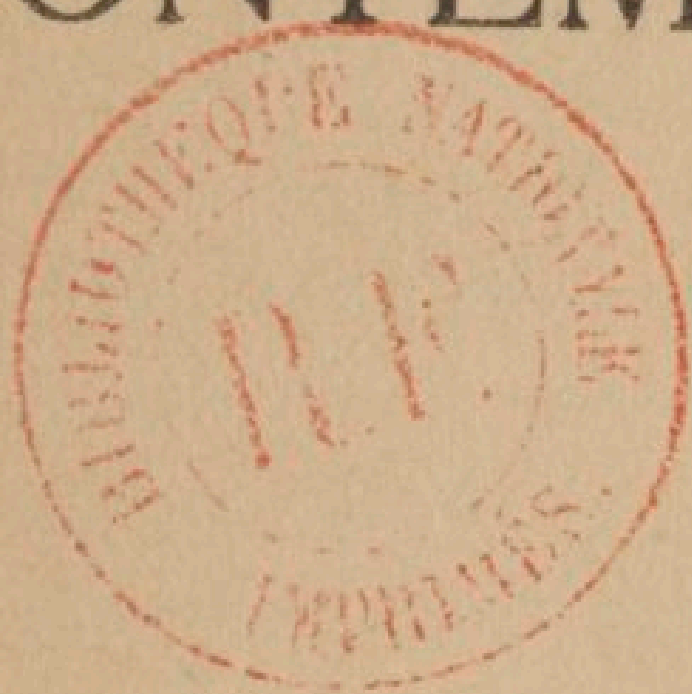
3683

OBRAS ANTERIORES DE ESTE AUTOR

- I.—Estudios filosóficos.*
(Revista Cultura. Bogotá. Colombia)
- II.—Historia de la Biología.*
(Revista Universitaria. Bogotá)
- III.—Los problemas de la Raza en Colombia.*
(En colaboración. Librería Santa Fe.
Bogotá.)
- IV.—El Libro de los Apólogos.*
(Editorial Excelsior. París)
- V.—Iola.*
(J. García Monge. San José. Costa Rica)

L. LOPEZ DE MESA

CIVILIZACIÓN
CONTEMPORÁNEA

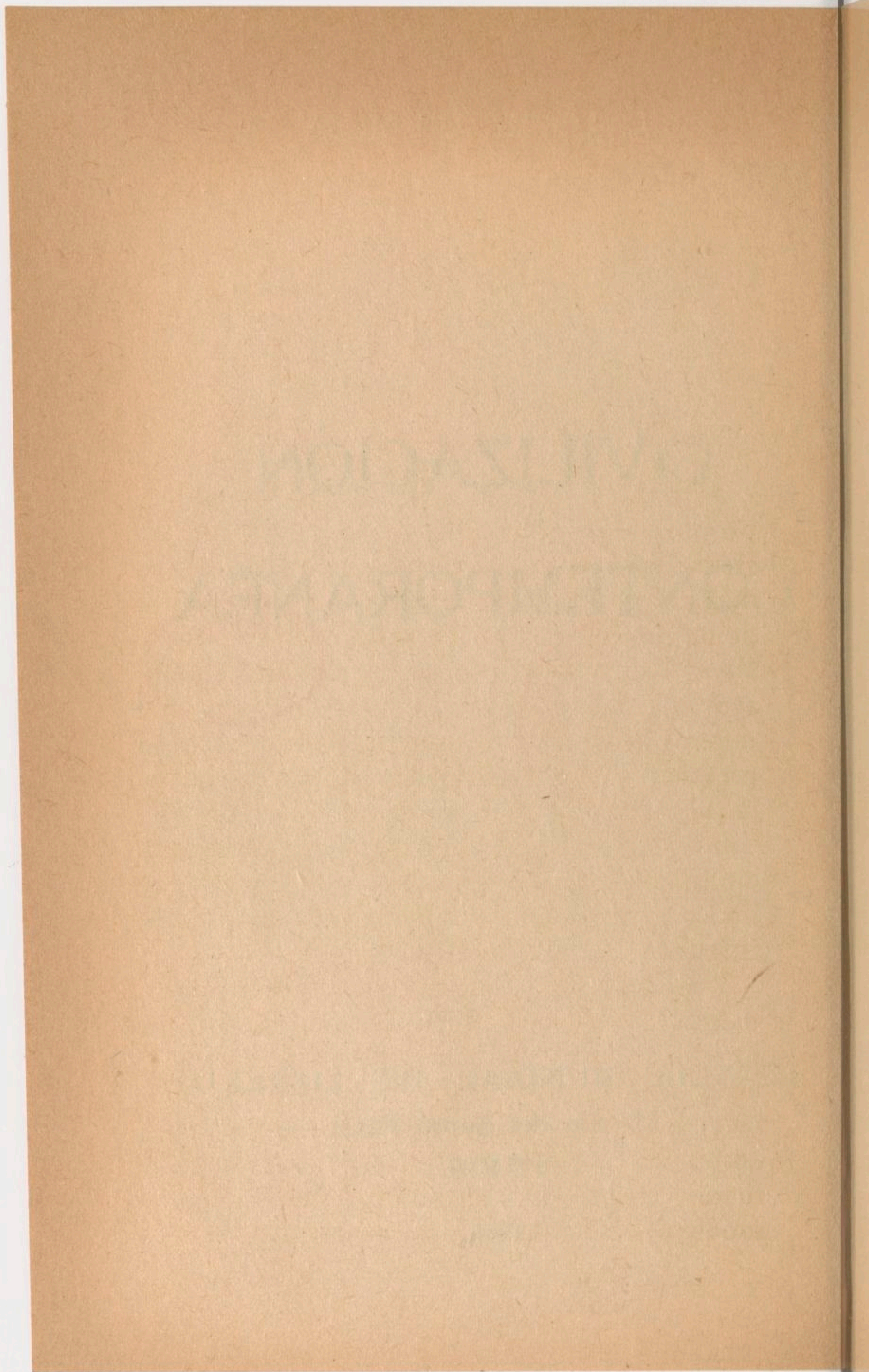


AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA

14, rue des Saints-Pères

PARIS

—
1926



DEFINICION

Al llegar a la vida consciente un mundo de proporciones indefinidas y de prodigiosa variedad aparente se presenta a nosotros con esta mágica promesa conturbadora: «Si logras dar de mí una interpretación sustancial, seré tuyo. Vive dentro de mí ser en todas direcciones, acumula tu experiencia personal, toma cuanto quieras de la sabiduría de tus semejantes en el presente y en el pasado, hasta los confines de la historia; piénsate, piénsame, y combina como gustes tu pensamiento; capta la energía multiforme de mis entrañas, que en nada te limito para ser tuyo, sino en esta insignificante condición de interpretarme.»

Y he aquí que han transcurrido centenares de siglos, y millares, también, en que el hombre ha construído y derruído imperios, creado y visto derrumbarse imponentes civilizaciones, lanzado masas humanas contra masas humanas, descuajado montes, encauzado ríos, surcado mares para obtener pequeños triunfos de comodidad material o prepararse su destino

ulterior, mas no ha hallado aún la clave de ese diminuto enigma que ha de hacerlo dominador del universo mundo.

«Seré tuya», nos ha dicho esta gigantesca realidad que se alza ante nosotros en nuestro globo terráqueo y en las constelaciones remotas y en la nebulosa que brilla en esa distancia cuya medida toca ya los límites de lo impensable, y más allá aún quizá, «a la sola condición de que me interpretes. Así realizarás tu ensueño de ser dios».

Y ser dios con tan leve circunstancia ha tentado la ambición del hombre. Y en verdad que cuantas veces hemos creído descifrar el enigma hemos proclamado una nueva divinidad. Mas éste subsiste, desgraciadamente, y los dioses han tenido que ir desapareciendo ante la persistencia de ese diminuto interrogante.

Será descifrado, sin embargo.

La mente humana se enriquece día por día con nuevas adquisiciones, cuyo movimiento de aceleración es ya prodigioso. De tiempo en tiempo ella hace la síntesis de su experiencia y construye en cada etapa una filosofía sobre la base de sus conocimientos acumulados. Ya nos vamos acercando a una de esas épocas de síntesis filosófica, y pronto surgirá algo nuevo muy grande. Mas ello no podrá ser aún definitivo. Un análisis de nuestros recursos espirituales en cuanto a la capacidad actual de nuestra ideación y en cuanto a las nociones adquiridas

para pensar de que disponemos no parece autorizarnos a creer que la interpretación del mundo esté ya cercana. Empero, será, sí, una nueva etapa que nos hará más optimistas y audaces.

Mientras tanto, ¿cómo podemos resolver, dentro de la vaguedad de los recursos actuales, algunos problemas urgentes de nuestra cultura en crisis?

Este pequeño libro se apoya en la preocupación de esos problemas, mas no los aborda directamente. La parte práctica de la vida tiene una exigencia más apremiante, y de ahí su contenido y su título, un poco vago, de *Civilización contemporánea*. Aquellas otras ideas, de un alcance más espiritual, serán comentadas en otro ensayo, que pudiera llamarse *Orientación ideológica*. Mas ninguno de los dos asume el carácter de una orientación que se da, sino el de una orientación que se busca en colaboración con el lector. De ahí su estilo casi impersonal y sencillísimo, desgraciadamente un poco fervoroso, también. Un libro no puede aspirar en esta época al tono dogmático de las soluciones definitivas, y éste sólo anhela contribuir a precisar algunos pensamientos, sin la ingenua ambición de universalidad que caracteriza las obras de los escritores de otros tiempos. Hoy comprendemos que un libro es, apenas, el comienzo más o menos fecundo de una obra que el futuro construirá o desechará,

según orientaciones ideales que ignoramos aún. Un libro genial es el primer capítulo de una obra que la humanidad irá luego desarrollando lentamente, de dónde el que sea más importante su «genialidad» que su perfección. El libro mediocre es un mero accidente personal. Uno y otro, sin embargo, son disciplinas supremas de la ideación, y contribuyen a precisar y a enaltecer la mentalidad de sus autores, pues, en rigor de verdad, nada ni nadie en el mundo hace tan penosa y evidente nuestra ignorancia como la cuartilla en blanco que nos reclama en su silenciosa donación el pensamiento que ha de fecundarla.

El siglo XX se encuentra en presencia de instituciones, costumbres y tendencias en vía de revaluación, y hay que ver hasta dónde es justo y conveniente el sustituirlas por otras más acordes con el nuevo criterio que el desengaño de aquéllas ha venido originando en casi todos los pueblos cultos.

Intentemos esta deliciosa meditación.

EL MEDIO AMBIENTE

El campo constituye para nosotros el medio más eficaz, tal vez, de inspiración en religión y en filosofía, en amor y en arte. Es una enseñanza frecuente de la experiencia humana, que muchos han anotado ya con muy clara intuición, y cuyo análisis, ciertamente, parece muy sencillo, pues basta sólo recordar que las grandes emociones primordiales del hombre surgieron en él, y que a su presencia ellas mismas se renuevan, con más aquella dulce sugestión de misterio que les añade la memoria atávica de su repetición a través de tantas generaciones. Obra, también, por la mayor vitalidad que desarrolla en nosotros la influencia de su oxígeno abundante y de su luz, rica en radiaciones actínicas; por la acción del color mismo de la naturaleza vegetal, sedativo potente del sistema nervioso; y, sobre todo, por la conexión más íntima que establece entre nosotros y la objetividad del mundo.

Ante el campo el espíritu tiende a una expansión sin límites, como ilimitada se nos apa-

rece su vaga lejanía. El brumoso azul de las lejanas cordilleras, donde una línea de color indefinible lo une a ese otro azul profundo de las alturas siderales, nos hace pensar como hacia fuera de nosotros, nos hace pensar con sensaciones que llegan de fuentes remotas: por los sentidos en relación amplia con todas las magnitudes espaciales, el pensamiento comunica directamente con un mundo sin fronteras, que lo saca en algún vago modo de nuestra humilde bóveda craneana y nos despierta, así, la conciencia, no de un ser limitado por la epidermis de nuestro cuerpo insignificante, sino de algo como un ser integrado por el espacio indefinido.

El eco de los ruidos distantes que nos trae el viento, la apagada lejanía en que la vista reposa, embriagada de luz y de colores, el perfume de la naturaleza vegetal, que agita nuestra sangre y sacude nuestros nervios con la rara sugestión de lo ya sentido, de lo ya percibido antes en lo arcano de otras existencias anteriores, la acción envolvente de los rayos luminosos y de toda el energía variada del universo que nos penetra, enlazándonos con sus fuentes ocultas, hace de nuestro yo, como conciencia, el centro espiritual y real del mundo, con una emoción sintética de todas esas emociones, con la emoción de aquel conjunto universal. Es la realización de la máxima personalidad, por decirlo así, que conduce al

pensamiento de una primera filosofía. Pero también surge entonces, por contraste, según la lógica usual de nuestra mente, la conciencia desconcertante de una soledad infinita. Los orígenes humildes de nuestro ser, su infancia desvalida, el miedo del peligro, el gusto instintivo de la sociabilidad protectora, aparecen para hacernos temer esa soledad, y ser factor de un pensamiento religioso.

Porque si es verdad que el campo, en las horas matinales, nos envuelve en una sugestión de energía, de alborozado optimismo, y que en los mediodías brillantes parece diluirnos en su inmensa diafanidad, su aire caluroso y sus aromas, tiene, al caer de la tarde, a la hora del crepúsculo, una acción de recogimiento, de misteriosa soledad, hija del silencio, de la proximidad de la noche y del raro colorido que toman el cielo y la tierra, que nos hace meditar sombríamente. ¿Es una acción solar? ¿Es la luz que crece y la luz que se apaga, lo que crea este ritmo de emoción? Ello es, sin duda. Mas también intensifica su influencia la memoria instintiva, digámoslo así, la memoria heredada, de los peligros de la próxima oscuridad de la noche. Y, sin embargo, la tarde tiene una acción propia de misterio, superior a la que nos produce la contemplación de la noche misma. El melancólico colorido crepuscular con sus tonos de niquelino azul, que sugiere una distancia inmensa, el oro de sus nieblas,

que dibuja lagos y bosques de un misterioso más allá, crean dentro de nosotros un mundo de ensoñación conturbadora e inefable.

La tierra misma es variada en su modo de actuar en nuestro espíritu, según el paisaje que de ella contemplemos. La suave colina verde y la montaña azul lejana no tienen una misma expresión ni producen un estado semejante. Bañadas por el sol, en un ambiente tibio de plácidos aromas, la una llama en nosotros a la sensualidad y la otra nos convida a la meditación. ¿Es la secreta confidencia de lo que en ellas experimentaron nuestros remotos antepasados, o a ello se añade, también, la influencia fisiológica de su color, de la luz que nos reflejan, y la sugestión, además, de distancia, que las diferencia tanto a su vez?

Es que cada ser tiene una nota individual que sugiere dentro de nosotros una emoción diferente. De ahí la enorme riqueza de inspiración del campo. Esta herbecita que corona una flor diminuta, amarilla, rosada, azul o blanca, y este joven arbusto vigoroso que se lanza en atrevido tallo, fresco de savia rebo-sante, y el árbol corpulento, cuyo follaje, en elevada copa, mece el viento con raro ritmo de quejosa melodía, tienen para el alma humana un distinto mensaje peculiar. ¿Y acaso es lo mismo el agua quieta de los estanques que la madeja espumosa y cristalina de los arroyos o la corriente majestuosa y serena de los ríos?

Cuánta vida humana, cuánta prehistoria humana surgen vagamente en nosotros a la vista de estas cosas del campo con sólo analizar la emoción que nos sugieren. De ahí que pudiera pensarse que la emoción es lo que mejor nos permite interpretar el universo, y no la inteligencia, la voluntad o el instinto, como se han empeñado en decírnoslo, de tan sugestiva y convincente manera, los filósofos más autorizados del mundo. Ella es la placa fotográfica que nos devuelve a través de los siglos y a través de las mutaciones de las especies, y quizá a través de las desintegraciones e integraciones de la materia bruta, un estado anterior o un nexo anterior de nuestro ser en sus orígenes y del mundo en que él se ha desarrollado; y no por modo figurado, ensoñado o hipotético, sino mediante la relación físicoquímica en que se asientan las sensaciones que despierta en nosotros el mundo exterior y las emociones en su obrar dentro de nuestro organismo, intercambio molecular de una parte, en las secreciones internas, por ejemplo, y quizá electrónico en las sensaciones, como hoy se afirma ya.



Los que han vivido en la plenitud de la naturaleza, bajo su imperio augusto, en dilatadas regiones, como en las selvas amazónicas o las inmensas pampas del Orinoco y sus grandes

afluentes colombianos, descubren, sin embargo, otras emociones, para muchos civilizados ya desconocidas. Hay que figurarse lo que es una planicie de medio millón de kilómetros cuadrados, surcada por enormes ríos, adornada de trecho en trecho por bosquecitos o grupos de palmeras que crecen al borde de las aguas en un todo inmenso cubierto de gramíneas altas que el sol retuesta. Una enorme copa de verdura gris bajo la copa azul del firmamento, y entre las dos el fuego tropical. Ahí se percibe algo como debió de ser el comienzo de los siglos en esas épocas geológicas de que nos hablan los expositores de la prehistoria humana. El sol surge, temprano y constante, sobre un horizonte que se abaja hasta tocar las hierbas en el límite de la curva perceptible y, rojo, engrandecido por la difusión luminosa que impone a sus rayos la neblina fugaz de la mañana, parece temblar y rebotar sobre los lindes de la inmensa llanura, como si fuese a prenderle fuego. Otras veces, sin saberse por qué, cuando más apacible se muestra la atmósfera, de un pálido azul que hace temblar sobre los suelos el aire fatigado de calor, se descarga una tormenta enorme. El cielo se ennegrece, cruzan los rayos como un parpadeo incesante de las nubes desgarradas por el viento, se retuerce en ciclón el desgravitado aire y se desboca en encontradas direcciones, como furia incierta de sus rumbos; la lluvia cae en

turbiones por rachas fustigantes, mientras, como un gemido de la tierra herida, el trueno avanza temblando en su ronco palpar. Quien tal haya visto siente la parvedad del diminuto ser humano, pavesa frágil ante aquel símil del diluvio de que nos habla la leyenda semítica y aquella magnitud de los elementos naturales en furia desatada. El que tuvo una estrofa de aplauso para el sol de la mañana y su plácida aurora, cae de rodillas con una plegaria en los labios, aunque no sepa a quién dirigirla, ante ese cuadro de lo que pudo ser un cataclismo universal.

En los prolongados crepúsculos la pampa toma otro aspecto. Muchas veces, al avanzar en alguna dirección, que senderos no los hay precisos, el transeunte sorprende el desfile de la fauna prodigiosa de esas latitudes. Y es, en las ondas de sus ríos y sus caños, el bullir de una vida acuática de grandes peces, de agresivos caimanes, de voraces pescadillos carnívoros, o de rayas y gimnotos de peligroso contacto, de tortugas y de aves pescadoras; es, entre la maleza, el paso furtivo de reptiles ponzoñosos y lagartos, a veces la lenta reptación de un boa, un tropel de dantas, una manada de cerdos salvajes, inquietos roedores, monos gesticulantes o un ciervo esquivo. De la apartada lejanía llega el mugir de los toros que quizá han olfateado el olor de algún jaguar y recogen en estrecho círculo toda la vacada para

pasearse en rededor, alerta el ojo y el testuz bravío, mugientes y heroicos, con algo como un sentido de la responsabilidad, de la responsabilidad de la vida de su especie, que parece darles casi una personalidad moral. Ante ellos, subordinados según la categoría de su coraje y de su fuerza, disciplinados ante el peligro, irreductibles en su misión defensiva, orgullosos ante el extraño, bondadosos con sus hembras y pequeñuelos, la génesis de una moral instintiva surge, evidente, al espíritu del observador.

Y el aire, aquel aire sofocante como venido de la boca de un horno inmenso, surcado por la suave radiación, violeta y oro, del crepúsculo, se puebla, a su vez, de bandadas de aves, los pericos y loros bulliciosos, las golondrinas y patos migradores, las garzas de cansado vuelo y plumaje diferente según la edad y la estación, blancas o azules, o rojas, a veces, como un ropaje de pálidos rubíes.

Es la inmensidad. El hombre siente que su ser se diluye, que en lugar de concentrarse, empequeñeciéndose, haciéndose diminuto y egoísta, como en la estrecha cárcel de las ciudades modernas, se agiganta, pero también se difunde, se disuelve, desvaneciéndose casi su personalidad en aquella naturaleza ilimitada. Es el fenómeno más interesante que puede percibirse en aquellas vastas latitudes. El hombre, aun el muy civilizado, siente un enervamiento,

un menosprecio de los valores de la civilización, de sus menudos afanes, de sus pequeñas ambiciones, de su orgullo insustancial: se ríe de que haya reyes y cortes en el mundo, templos con agua bendita y mujeres con los ojos pintados de azul inverosímil. Levemente vestido, quemado por el sol, fuerte y decidido ante la lucha incesante, con una voluntad educada para afrontar el heroísmo a cualquier instante de la vida cotidiana, instante imposible de prever y decisivo, sin embargo, para siempre, él vive como embriagado por un opio sutil que emanase de aquella naturaleza, y no la puede abandonar ni quiere abandonarla. ¿Cómo no pensar en las civilizaciones místicas de la India o de la Persia, en su panteísmo y vida de contemplación, su renunciación del deseo y su rara poesía evanescente?



De cuán diverso modo obra la selva tropical en el espíritu del hombre. Bajo un palio de verdura que los gigantes del bosque elevan a prodigiosa altitud, la maraña inextricable de la tupida vegetación, los jóvenes arbustos y las plantas trepadoras dificultan el paso. Rara vez bajo los árboles milenarios se despeja el terreno, y es, entonces, como un santuario druídico de augusto silencio. Un árbol florecido tiene, en ocasiones, tal aroma capitoso que deleita, o

un tronco viejo, que afelpa ya el musgo gris, sustenta orquídeas de rara florescencia, como un abuelo que sentase en sus rodillas rugosas una bella netezuela, fresca y rubia. Mas ahí cada paso que se da es un peligro que se afronta, desde la nube de mosquitos que se cierne sobre uno como ceniza de volcán en erupción, hasta la sierpe ponzoñosa que mata con un solo mordisco de su boca certera, o el jaguar que huye receloso e incierto entre abrigarse o herir. En la pampa es el infinito abierto; aquí, el laberinto sin rutas ni horizonte, ni bóveda estrellada que guíe en alguna posible dirección precisa. Es sobre todo el silencio, un silencio agresivo. Un silencio que el instinto reconoce cargado de asechanzas, e interpreta como un silencio de magia. El revolotear de un ave, el aullido estridente de los monos avizores, el paso fugaz de una bestia salvaje nos paralizan de terror, y nos hacen pensar que es ese el refugio de enemigos misteriosos. Sólo el indio salvaje reconoce cada ruido, por apagado y lejano que parezca, sólo él sabe la precisa dirección de los olores, del paso de las aguas y del refugio de las fieras. El civilizado percibe, apenas, la agresividad del ambiente y, lleno de instintiva pavora, odia el bosque y ansía destruirlo. Cuántas veces, al ver la loca empresa del campesino en tierras de América, que ha derribado los bosques protectores del agua, que ha hecho eriales campos propicios a

la agricultura, viene a las mientes el pensamiento de que obra por instinto, por ese vago temor del misterio agresivo de la selva y de su magia, que ha reforzado tal vez una tendencia peculiar de los pueblos mediterráneos, de España, sobre todo.



Pero el campo, bajo la acción civilizadora del hombre, no tiene ni la conturbadora agresividad de la selva que lo haría meramente instintivo, con una sensibilidad pluscuamperfecta, pero toda orientada hacia la defensa inmediata y no hacia la ideación, ni tiene, tampoco, la enervante acción de la pampa que pudiera dotarlo de una elación mística y de una imaginación poética, mas diluirlo, también, en la embriaguez de esa inmensidad. El campo abierto, hospitalario, sumiso a la labor, que puede recorrerse sin peligro en todas direcciones bajo un cielo reposado y en favorable clima, ese es el creador del espíritu del hombre actual. ¿Fueron así los campos del hombre neolítico y su inmediato antecesor, fundadores de nuestra cultura en Asia y Europa? ¿Qué les enseñó la pradera donde pacía el rebaño de ganados de que hacía su alimento, al pie de las cordilleras asiáticas o a orillas de los ríos de Europa? Quizá hubo un momento de reposo para la evolución de la humanidad. En

la lucha del medio con las especies que lo habitan, si aquél es demasiado exigente, puede absorber toda la potencia vital de éstas y estancar su evolución o superarla por tal manera que la destruya. Debió de haber, pues, un momento de reposo en que las cualidades adquiridas en la lucha airada anterior obraron en benéfico ocio hacia el progreso.

Es la reminiscencia de ese estado pastoril lo que aparece mejor en el espíritu de nuestra cultura. La magia del bosque ha venido siendo desalojada por la elación místicorreligiosa y la preocupación de una filosofía; el miedo de la naturaleza dió paso al canto eclógico; y en la poesía vemos, a la manera de una semántica de las emociones, el recuerdo de la flor, del arroyo, de la miel, del azul de la lejana cordillera, del verde de los prados. Es el ave, es el cervatillo, la paloma torcaz, la aurora y el rocío, la nube y la fuente, la lejana constelación, el sol y la luna. Y aun lo que nunca conocimos, como la nieve y el mar, en algunas regiones, o el paraíso y el diluvio legendarios. Nada de esto tiene la selva, ni nada de esto posee la ciudad. Por eso la poesía se atrofia hora por hora en su modalidad clásica y no acierta aún con una nueva modalidad. Por eso ocurre este paso fugaz de las escuelas literarias: ¿Qué queréis, si el mal está más hondo? ¿Pudiera abrigarse en el canto de amor, ser meramente la lírica del amor? Quizá la lírica fué una crea-

ción del anhelo amoroso y la conturbadora emoción de lo desconocido, que tanto lo idealiza, del fervor que enciende el anhelo amoroso insaciado, del amor de la campesina que huye recatándose, de la castellana que sólo se vió una vez tras de los altos muros de su mansión. Mas hoy día el anhelo se apaga tan pronto como nace, ¿cómo queréis que se transforme en poesía? Ahí está su saciedad en la sala de baile, en el cinematógrafo, en la playa marina, en el salón de recibo, en el recodo de las calles; ¿cómo queréis que florezca en versos de sagrada emoción, si la emoción muere resaciada al nacer?



Muy pronto, quizá, podremos estudiar la parte que corresponde al temperamento individual sometido a la influencia de la naturaleza para la creación de la poesía, de la filosofía, de la religión o del arte en general, y deducir el porqué cada raza se distingue por el predominio de algunas de estas actividades del espíritu con preferencia a las otras. La formación de las razas jóvenes, digamos de los pueblos jóvenes, para no descuidar el rigor científico, nos enseñará grandes verdades. Ver cómo el franco y el godo cambiaron al acercarse al Mediterráneo, o cómo se transformaron ahí, prodigiosamente, el griego y el latino también. Esa interacción del carácter de los pue-

blos con su nuevo ambiente, que los ha diferenciado hasta hacer naciones enemigas y mutuamente incomprensibles a porciones de una misma raza. Y, sobre todo, ver la génesis de las preocupaciones culturales en cada individuo. ¿Qué debilidad fisiológica, qué dolor íntimo, conduce a éste a buscar una protección religiosa, a crearse un dios? ¿Ese otro ha seguido, quizá, una vocación analítica, ha desentrañado la subordinación de los fenómenos, ha investigado su ritmo y su causalidad para crearse una filosofía? ¿Tal vez un fervor exaltado, una pasión insaciada, hicieron estallar en aquél un canto? Y sobre cada temperamento obra la naturaleza con sugerencias peculiares, creando aquí un apocalipsis, allá un olimpo regocijado, una filosofía de la voluntad o del nirvana, un idealismo evanescente o la afirmación de una realidad hedonista... Resultaría interesante la historia de la filosofía hecha con un análisis paralelo de la psicología peculiar de los filósofos y de sus más íntimas preocupaciones.



¿En cuánto se opone la ciudad al campo, y cómo se resolverá la lucha que hace ya siglos vienen librando entre sí? En los últimos tiempos, sobre todo con motivo de la revolución industrial, las ciudades se han apoderado del hombre, hasta el punto de que hay países que

tienen urbanizada ya la tercera parte de su población.

La urbe es la fascinación de los tiempos contemporáneos. Vivir en París, haber conocido Nueva York y Londres, visitar Roma, Berlín o Viena, es el ensueño de millones de seres humanos; por millones se cuentan los que mueren entristecidos por no haber contemplado la esbelta amplitud de los Campos Elíseos, y por millones, también, los que mueren en el recodo de una callejuela de estas enormes ciudades sin haber contemplado ni una vez el amplio cielo o el mar, ni montañas azules.

Los tres dones fundamentales que nos ofrece la urbe son: la comodidad, la seguridad y la sociabilidad. Mas, desgraciadamente, nada se da en este mundo a título gratuito. La seguridad nos cuesta nada menos que las nueve décimas partes de nuestra personalidad. Una cualquiera de estas capitales es una oligarquía policíaca, en que a cada paso encontramos un «no se puede pasar adelante». Por todas partes va uno pidiendo un permiso que casi nunca le conceden. Vive uno en un cuarto estrecho, limitados el aire y la luz por muros de piedra y de ladrillo ajenos, aprisionado por la presencia del vecino de la derecha y del vecino de la izquierda, por el transeunte de la escalera y por el portero y por el administrador y por la camarera, que hacen hipotético el espacio que habitamos. En las calles la locomoción es tan

peligrosa como el paso de un río crecido, y en los vehículos de transporte pagamos por puestos de que nunca hemos de disfrutar, con gentes que nos atisban con recelo y oprimen su portamonedas como si anduviesen entre salteadores de caminos, siendo nosotros los presuntos salteadores y de cuando en vez su víctima. Vamos angustiados por dondequiera, descifrando números, direcciones, escuchando el «halte», el «stop», el «pare usted» que surgirán de cualquier rincón, y un par de ojos de tigre airado que nos trata como a míseras alimañas de muladar porque faltamos a un derecho, a una orden, a una costumbre, a un capricho o una voz que surge como un mensaje de maldición de las entrañas de no sé qué poder omnipotente que, si no acatamos, derumbará la fábrica del universo mundo. Es un ambiente sugestivo de tan invencible timidez que no hay héroe, magnate o revolucionario que no ande con un gesto pusilánime de mendigo, de humilde mendigo del espacio: de ese espacio infinito que nunca creyó la humanidad que fuese parcelado en cajas de fósforos. ¿Permite usted? Perdone usted. ¡No me mate usted! Son los gritos que hacen la caricatura de la locomoción en las ciudades, y que en la realidad llevamos en los labios y en los ojos angustiados desde que amanece hasta que nos hundimos, fatigados, en el lecho. A veces quisiéramos decir, también, ¡no me arruine

usted!; mas este grito ya cayó en desuso, porque hoy se reconoce que debemos dar de nosotros un máximo de utilidades por un mínimo de servicios, o un simulacro de favor, a veces, sonreírse, por ejemplo, o guardar una puerta que ya sabemos abrir.

No se puede negar la seguridad. ¿Cómo sería, si tal ocurriese, el desconcierto de los legisladores? Mas ellos no quieren saber cuán dispendiosa y ultrajante es su organización. Un aduanero, un inspector de pasaportes, un comisario de policía, un hotelero, un portero de teatro, un cualquiera que en su hogar probablemente es un antroipoide pusilánime, como cualquiera de nosotros, parece una hidra en su puesto, os arrincona a empujones, os esculca, os regaña, os desprecia siempre, y a veces os odia. Y si no os resignáis a sus gestos os despide con una autoridad superior a la de Atila o Alarico, indiscutible y humillante. Y sin embargo, ellos no tienen la culpa: este es el producto normal de la urbanización de millones de seres en unas cuantas millas cuadradas.



La sociabilidad merece un estudio más a fondo todavía. El pobre ente humano urbanizado y civilizado que ha visto reducida su personalidad a un décimo de lo poco que la naturaleza le obsequió, que siente su persona-

lidad comprimida al máximo, casi hasta la eliminación, por millones de seres que la circunscriben y estrechan, reacciona con un egoísmo inesperado y desconcertante. ¿La urbe no fué, pues, el producto de una sociabilidad? Desde que tiene uso de razón principia a reconcentrarse, a vivir en función de defensa de su personalidad asfixiada. Trasforma la caridad en beneficencia oficial, eficaz, pero desinteresante; diezma el amor a cada vuelta de esquina, con una sangre fría de salvaje; renuncia a los lazos de parentesco apenas se lo permite su salario, y elimina para siempre la amistad. Por un raro fenómeno de reacción, el hombre urbanizado realiza el tipo más perfecto de anarquista, y es, por lo general, un delincuente sensato y frío.

En la urbe ya no hay tiempo de hablar. Ella nos envuelve en un torbellino de acción que parece gigantesco, y lo es en cuanto absorbe el espíritu, pero que en el fondo de su realidad se descompone en pequeñas acciones que disipan la atención, la emoción y la voluntad, y constituye la razón íntima del estado espiritual y cultural de la urbe, a saber, un culto de la acción atomizada e infecunda, al revés del campo, que detiene, engrandece y generaliza la atención, la emoción y la voluntad, y da, por consiguiente, el resultado de una cultura más idealista. El yo, dentro de la primera, sólo tiene tiempo para defenderse, en la segunda

tiene ocio espiritual para difundirse. La primera nos hace buscar el culto del yo, de sus satisfacciones fugaces, lujo, sensualidad, confort, voluntarismo pragmático y emotivismo hedonista, eternamente renovado. El movimiento y el yo, la música y la danza, y el culto de la velocidad. El otro nos comunica con el universo, y determina en nosotros un misticismo, un panteísmo y un arte más desinteresado, más universal: La tragedia, la epopeya, la escultura, la lírica del amor... La ciudad es, pues, eminentemente femenil en su psicología, y el campo acrisola las virtudes del varón.

Un mundo de pequeñas acciones sistemáticas y de opiniones convenidas, sin renovación de imágenes, he ahí la ciudad. ¿Diréis que el campesino es un bruto más escaso aún de ideación? Pues bien, ello es verdad. Mas lo es por ignorancia, mientras que el ciudadano lo es por desvío de funciones. Esta agitación urbana que llamamos acción es engañosa en su fondo. Reducidos a la sola renovación de ideas que nos aportan el periódico y el cinematógrafo, vamos por la calle como un topo en su galería, un muro gris de un lado, un muro gris del otro, y sombras que pasan. En la sala de recibo social encuentra uno la conversación que hace cinco años oyó, quizá diez años antes; basta leer a los novelistas, notarios de este comercio social, para convencerse de ello. Ahí no hay casi nunca efusión, intimidad,

interés. La ciudad ha estereotipado los gestos, las palabras y los sentimientos. La ciudad es como una nevera de almas. El teatro se agota, ya no hay sino repeticiones poco afortunadas de temas conocidos o la extracción con prensa hidráulica de un poco de sensualidad a situaciones más y más vulgares. Los talentos superiores se acogen a la paradoja o a juegos malabares que no resisten análisis profunda. La ópera subsiste como una abuela mundana que aun da recibos de etiqueta. La opera, que realiza el más disparatado consorcio de una gesticulación anquilosada con la emoción, que es de suyo libérrima: el disparate estético más grande que nos han traído los siglos, quizá. ¿Cómo comparar su mueca vulgar con la plácida emoción de una campana de aldea que tañe el ángelus, de una banda de música que toca entre los arboles de un parque silencioso, de una orquesta que surge en el reposo de una noche plenilunar, o la emoción sublime, ésta sí, de un órgano que inunda con el majestuoso caudal de sus sonidos las espaciosas naves de una catedral gótica? Y subsiste, sin embargo, como una venganza del pasado, quizá, contra la música mecánica que inunda hoy el mundo.

Hay el «dancing» también. Su triunfo indiscutible nos enseña que el espíritu del hombre urbanizado huye tanto de sí mismo como de sus semejantes... Huír de sí mismo es el afán de todo ser que se estima en estas sociedades

modernas: no pensar, no madurar ningún problema, lanzarse a la acción disolvente de la propia persona, leer algo mientras se va en el tranvía, fumar mientras se toma un aperitivo, y bailar, bailar en todas partes. Huír de sí mismo... ¿La conciencia habrá intoxicado al hombre acaso, que así la rehuye, amedrentado? Un buen ciudadano que hablase hoy en serio en cualquier salón mundano sería como un «espécimen» de faunas desaparecidas, y correría riesgo de ser enviado al museo de historia natural, si antes no se le despide con una leve sonrisa de conmiseración.

La ciudad, por medio de su industria, devora hasta sus creaciones más geniales. Mirad el cinematógrafo: no ha podido darse aún una estética adecuada a la promesa gigantesca de su porvenir. Toma un poco de acá y de allá, de la novela y del drama, del periódico y del circo, de la arquitectura y de la música, etc., en un desconcierto lamentable. Ha caído en manos de «trusts», como el periódico, como el parlamento, como todos nosotros, en fin, y no ofrece, con muy pocas excepciones todavía, sino alimento para el medio ambiente universal, no permite un esfuerzo de selección. ¿Cómo no despreciar sus dos temas de amor elemental, sus tragedias sin causalidad psicológica, su comicidad de laboratorio, agotada ya e insulsa, teniendo, como tiene, un mundo abierto por delante, equivocándose constantemente por

no seguir la orientación de la naturaleza, que con pocos elementos hace una variedad fisonómica, tanto espiritual como facial, indefinida, y no descubriendo ese «quid» propio que da relieve e interés a cada ser? El dispone de una capacidad máxima para dar la ilusión de la realidad, ya que posee el movimiento; de recursos ilimitados de decoración; de una medida del tiempo en ritmo elástico, con la que puede yuxtaponer acciones que ocurren en diferente espacio sin romper su armonía; tiene el poder maravilloso de la expresión en silencio, y disfruta del máximo de la atención de los espectadores de un público universal. Pero ha dado en la manía de inventar la vida, las emociones y pasiones humanas en un mimetismo superficial, sin querer darse cuenta de que toda obra de arte es la expresión de una sinceridad, de una emocionante realidad espiritual, como se lo están diciendo a grito herido sus triunfos en la copia de la naturaleza, de los descubrimientos científicos, de la expresión ingenua de los animales y los niños.

Y sin embargo, es preciso reconocer que el cinematógrafo y la aviación son genitores de una nueva emoción humana. Esta nos devuelve el espacio engrandecido y sublimado por la independencia en que nos coloca de los detalles, por la emoción de la altura y del peligro, después de haber estado sujetos al ferrocarril, esa oruga destructora de los paisajes,

con sus jaulas de asientos, sus rutas encajonadas y su visión detestable de las ciudades por la espalda. Aquel otro nos conquista el tiempo, lo recoge a su capricho en un presente perdurable, y nos devuelve vivos hombres y cosas, procesos de la vegetación y de la vida en general, nos revela la espontaneidad de lo real y la inefable sencillez de las tragedias.

El cinematógrafo nos enseña que el hombre, no pudiendo progresar indefinidamente en una sola dirección por la limitación de sus sentidos y de su capacidad intelectual, lo hace en varias rutas, con un resultado semejante. La afirmación goetheana de que para llegar a lo infinito hay que recorrer todos los caminos de lo finito adquiere así un vislumbre de probabilidad. Este nuevo arte, como toda nueva adquisición humana, amplía nuestra personalidad y amplía sus funciones. Reaccionado sobre la ciencia, la industria y sus seis otras hermanas mayores, las dota de un campo de acción más extenso y en parte desconocido. El análisis del ritmo que nos revela la elasticidad de la duración y la mecánica del movimiento, la significación del detalle que en un instante dado se espiritualiza, por decirlo así, y se hace centro de una acción, la transferencia de las intensidades, a saber, que la escena de un segundo puede durar horas, y otra de horas entenderse en un segundo, según los sentidos que las aprecien, la sugestión de

personalidad, o al menos de carácter, que han revelado con él los objetos inanimados, el desarrollo paralelo de acciones distantes que hace más angustiosa la expectativa de la tragedia que van a producir, la disociación de los instantes críticos que prolonga el escalofrío de la emoción, son recursos que le dan una genialidad propia y lo dotan de capacidad para influir poderosamente sobre las otras artes y aun hacerles producir nuevas creaciones maravillosas.

Dentro de la personalidad se observa con él un progreso de consecuencias imposibles de prever aún: el cinematógrafo, como la aviación, ensancha el radio de acción de los sentidos, y nos presenta el mundo en perspectivas ignoradas antes, que están creando en nosotros una nueva emoción y, por consiguiente, un nuevo modo de pensar. Luchan con el espacio y el tiempo, y en ambos sus conquistas son ya de un valor espiritual enorme, que la filosofía aprovechará muy pronto, como ya la industria y la ciencia lo están haciendo, a su vez.

El cambio que traerá en nuestra personalidad cuando la veamos en su justa relación con el mundo, que el movimiento puede darnos, ya que la fotografía y la pintura no lograron hacerlo, ese descubrimiento de nuestra personalidad desde fuera, será prodigiosamente sugestivo para la ampliación de nuestra propia conciencia y la revaluación equitativa del yo.

La disciplina en el análisis y en la síntesis de los componentes de la acción, y la revelación del detalle que la define en tal o cual significado, nos trastornarán la lógica hasta hoy reconocida y nos enseñarán que la esencia de los seres y de su actividad se desaloja, que no tiene un centro único, sino núcleos variables de actividad que hacen del mundo una creación incesante, como el dibujo fugaz de las ondas marinas.

Para la educación y la democracia el cinematógrafo aporta una cooperación quizá definitiva, pues hará fácil la imitación y, por ende, la igualdad humana, sobre todo en el campo de las modas, la cultura social y la información somera y rápida que prepare el espíritu y desarrolle su interés para nuevas adquisiciones.



La influencia gigantesca del psico-análisis y de las teorías de la relatividad sobre la producción artística contemporánea son apenas un vislumbre de lo que traerán a estos y otros dominios de la cultura la aviación y el cinematógrafo. Y no es aventurado decir que éstos nos devuelven a la naturaleza, y que son un triunfo contra el encarcelamiento sensorial a que las ciudades nos tenían sometidos, con tan grave riesgo ya para nuestra ideación abstracta y noble.

Ni hay que desconfiar del advenimiento de nuevas obras geniales, aun en las artes al parecer estancadas en una como culminación del esfuerzo humano. Para el cinematógrafo hay corrientes de experimentación en Rusia, Suecia y Alemania; en Norte América misma y en Francia media docena de espíritus audaces, alguno de ellos verdaderamente precursor y genial, nos prometen creaciones por venir. La misma pintura adquirió en los últimos tiempos modalidades de una novedad y potencialidad indiscutibles; y el drama ha visto aparecer en estos días un esfuerzo de renovación que nos deslumbra y regocija.

Es misteriosamente necesario que toda creación humana recorra las etapas de la vida, y sea infantil, primero, adulta, más tarde, para caer en la senilidad al fin, aunque ello se produzca en una sociedad ultracivilizada y en el corto espacio de unos pocos años, como puede ocurrir en el cinematógrafo. Una de las películas más geniales por el contenido profundamente humano de sus episodios y por la gestulación maravillosa en que se objetiva es *La carrera en busca del oro* (Gold rush = La ruée vers l'or), que no es sino un cuento de nodriza, una leyenda de las Mil y una noches en puro siglo XX.

Y es igualmente interesante aún observar cómo la humanidad parece repensar de cuando en vez las rutas ideológicas recorridas, lo que

ha hecho creer a muchos en un ciclismo histórico, cuando en verdad sólo se trata como de un fenómeno de síntesis para poder avanzar de nuevo en esas mismas direcciones: el Renacimiento clásico para el desarrollo de las nuevas orientaciones artísticas y filosóficas, por ejemplo, y el renacimiento político que culminó en la Revolución francesa y la constitución de las democracias americanas.

El drama, que parecía agotado, inicia ahora una curiosa revolución en que la tragedia antigua resurge envuelta en los pliegues de la relatividad einsteiniana: de Italia nos vienen dramas, como *Seis personajes en busca de autor*, en que una psicología de última hora se encarna en problemas universalmente humanos, y *La voluptuosidad del honor*, en que lo ultramoderno fija la angustia eterna de los más hondos conflictos espirituales.



Nuestra conciencia deslumbrada y como obnubilada por la proximidad de algunas maravillas que poseemos no se da cuenta exacta del mundo en que hoy vivimos. Con un barquichuelo de frágiles velas y unos cuantos remadores el griego soñó deliciosas leyendas que idealizaron su vida, y verdades, también, que disciplinaron su espíritu.

Nosotros vivimos dentro del mundo soñado

por la humanidad de otros tiempos y no lo vemos todavía. La gruta de Calipso es una realidad, Mercurio vuela por los aires, Minerva conversa con nosotros a la cabecera de nuestro lecho. No tuvo la imaginación de los antiguos más ensueños que realidades disfrutamos hoy: con apretar un botón eléctrico nos sirven manjares que han llegado de remotos países, caviar de Rusia, vinos del Mediterráneo, frutas del Trópico, carnes congeladas de la América del Sur y de Australia, dulces refinados, licores exquisitos, el cigarrillo de sutiles embriagueces y el café de aromático sabor, que no conocieron los dioses del Olimpo; a otro signo de nuestra mano tenemos el resumen de la vida de los hombres en toda la superficie del planeta, los descubrimientos científicos, la nueva obra de los artistas, el curso de los astros y la trayectoria mayestática de las remotas constelaciones, cual sólo un dios universal pudiera verlas antes; podemos enviar nuestra voz a través de los espacios o volar por ellos, dominando la tierra silenciosa a nuestros pies, burlando la barrera anonadada de las altas cimas y aun el tumulto irisado de las ondas oceánicas; expresar nuestro pensamiento ante asambleas de hombres sutiles o reposar las sienes afiebradas de voluptuosidad en los brazos propicios de la máxima belleza femenina...

Cuántas creaciones de arte pudiéramos realizar con sólo aprehender el misterioso mensaje

que palpita en el ambiente. El éter, mudo al parecer, en que vivimos se puebla de rumores al contacto de un receptor de ondas hertzianas, y surgen voces lejanas, cantos y músicas, mensajes de tragedia o himnos de paz que dormían su silencio en el seno dilatado de los espacios invisibles: quizá la voz de la madre o la voz del ser amado, quizá una voz desconocida antes, que pueden surgir de esa callada vibración del éter y ser, para nosotros, la clave inesperada de un destino ulterior.

Así, también, el vuelo nos anuncia, y nos revela ya, enantes ignoradas esferas de sentimiento y de ideación. Ver sobre las costas del Caribe la lucha milenaria de la tierra y el mar. Es una visión desconcertante por su novedad en emoción y en sugestión de ideas, que apenas se vislumbran, como si fuesen, como son, rumbo inexplorados del pensamiento. Después de haber contemplado la apretada sucesión de cordilleras nevadas o desnudas o, más bajas ya, cubiertas de vegetación, que se arrugan en conos, avanzan en angulosas vertientes abruptas y enmarcan, acá un estrecho cañón, mesetas dilatadas en distintas direcciones o los fértiles valles de los ríos que, como arterias, descienden de las cumbres, sumándose poco a poco y engrosando sus cauces hasta reposar, ondulantes y serenos, en la extensa planicie que los recoge y lleva al mar en caudaloso conjunto. Al acercarse a las costas la selva tropical

se ensancha hasta formar horizonte en tupido manto de verdura gris, interrumpida aquí y allá por el curso de los grandes afluentes fluviales, por pálidas lagunas, como espejos de metal bruñido, o diminutas poblaciones y plantíos que la vista discierne apenas. Luego el mar y la línea desgarrada de las costas; de la callada lejanía en que el horizonte emerge entre neblina sutil, entre violeta y ópalo, las ondas azules avanzan, surcadas de espumas, como una marcha incesante de la eternidad hacia el presente, como una afanosa sucesión de seres que surgen de la nada para lanzarse, en alocada fuga, hacia las costas y romper su mensaje sobre la playa gris, indiferente y muda. La infinita masa azul, crispada en misteriosa agitación, contrasta con la tierra destañida e inmóvil que le opone su quietud rebelde. La visión grandiosa del planeta en conjunto, la noción de luchas milenarias, en que casi se percibe la callada sucesión de los siglos, una sensación angustiosa de parvedad y de fragilidad personal ante esa esfera dilatada del mundo y las rutas sin fin de los espacios. Más arriba aún, dejando ya a nuestros pies las nubes, volando entre ellas y el callado azul del firmamento, nuestra conciencia rompe toda asociación usual, se siente sola ante el reposo de lo eterno, de una eternidad hecha sensible en el silencio y, cosa insuperable en la experiencia de la vida terrestre, el yo entra en

función de esa eternidad, crece, reta los abismos, parece diluirse en los espacios y, embriagado de una fiebre rara, centraliza el mundo en su conciencia, percibe su ser como la conciencia de esa inmensidad y asciende, asciende hacia el cenit con una delirante imaginación de lo que pudo ser un dios. El cuerpo se elimina, ningún límite detiene la visión, luz, espacio y conciencia se confunden, el yo pierde toda base de sustentación corpórea y es, en ese raro ambiente, luz de luz e infinitud de espacios siderales.

De la misma manera que al presentarnos una película cinematográfica invertida del fin hacia el comienzo enmudece la expresión de todos los seres y se anula su significado de causalidad, al remontarnos en vuelo a grande altura, se eliminan los pormenores que absorben nuestro pensamiento cotidiano y surge el espíritu en una liberación grandiosa en que la conciencia sólo halla delante de sí, enfrentados, el universo y su curso misterioso, el alma y su existencia inexplicable. Tan extraordinaria simplificación eleva el pensamiento a una meditación trascendente y abre nuevos horizontes a la poesía, que contribuirán a producir obras de inusitada orientación.

La comodidad, tercer triunfo de la urbe, es su más bella realización tal vez. Acumulación de todos los recursos para la vida material y para la cultura del espíritu, sus escuelas, sus museos, sus medios de locomoción, sus almacenes, sus especialistas para todo arte, oficio o profesión liberal, sus laboratorios, hospitales, etc., aportan una gran facilidad a la vida y una gran tranquilidad al espíritu de previsión. Una universidad, un liceo aun, son un tesoro de recursos científicos y culturales; una bocina telefónica resuelve mil conflictos; un automóvil decuplica la marcha de nuestros pies, con más una grata emoción de velocidad; un experto nos ahorra tiempo, gasto y preocupaciones: al fin y al cabo, hija de la industria humana, la ciudad es el triunfo de la industria.

Mas he aquí que la comodidad tiene grandes limitaciones. La primera es nuestra tendencia al hábito, que hace que no tengamos al fin conciencia grata de sus beneficios, y vivamos dentro de ella sin ningún interés. Al contrario, vivimos sujetos a la ansiedad loca de un placer situado siempre más arriba de nosotros. Por mala educación no nos satisface el que disfrutamos, y nos es preciso hallar el del vecino, también. Es una educación de ansiedad. Nuestro mundo padece de una neurosis de insatisfacción. De ahí la exigencia siempre creciente, angustiosamente creciente, que eleva a necesidad el lujo, lo superfluo y lo fugaz. El caudal

de millones que derrocha la sociedad en cosas que nunca utiliza o de las que sólo se sirve un instante, se puede apreciar fácilmente al comparar el comercio de los pueblos que tienen un alto nivel de comodidades, un alto «standard» de vida con los que aun viven de manera más humilde, aunque no menos eficaz y gratamente. La segunda condición es que la comodidad embota el espíritu de inventiva, de defensa, de audacia saludable, y nos va nivelando a todos en un mismo espécimen humano que no se diferencia casi en nada. Recorriendo los bulevares de París uno no podría decir si esta mujer y este hombre son o no los mismos que acababan de pasar o los que pasaron ayer. Todos somos iguales, e iguales poco a poco vamos siendo en todo el mundo. Estamos creando un tipo monótono de humanidad, porque el arte nivela las distinciones interesantes que sólo la naturaleza sabe crear. La tercera consecuencia de la comodidad es la ambición de poseerla. Reducidos a un décimo de nuestra personalidad, apañuscados en un espacio reducido, sujetos al anonimato y a la insignificancia del número, nuestro espíritu se rebela y hace esfuerzos por crecer en contra de los demás, y de mala manera. Es una sequedad de sentimientos, una avaricia sórdida, un desprecio de todo valor que no sea comerciable: vendemos el cuerpo y el espíritu al mejor postor para hallar un puesto visible en el teatro o en el

automóvil, para obtener una reverencia perceptible del portero del hotel o del mozo de restaurante. Una mujer elegante o un hombre de mundo gastan normalmente, sin gran retribución de placer, una cantidad que haría cómoda la vida de cincuenta familias de mediano nivel social.



Una crítica de la ciudad y del campo, tal como aparece en estas líneas anteriores, es injusta e inconveniente, porque aun quedaría incompleta y podría ser perniciosa en sus resultados. Es preciso ahondar su análisis en otra dirección, a saber: en busca de una orientación saludable. Hacer una crítica constructora, no meramente analítica, optimista, sobre todo, y no decepcionante.

El campo es un estímulo de la fortaleza física; nos enseña virtudes de hospitalidad, de familiaridad, de amistad, de religiosidad; despierta en nosotros una vagarosa ensoñación idealista, propicia a la filosofía, al amor y al arte; nos da un sabor de la realidad concreta más próximo a una intuición que a una confusa elucubración de ideas; engendra una moral y una sociabilidad más sencillas y sinceras, más fundamentalmente simpáticas; nos hermana con los seres y las cosas, dotando a éstas de mayor vida y significado, y a nosotros de más arraigadas emociones e imágenes.

En el desarrollo mental del hombre la vista entra por gran manera para crearle la preocupación de lo infinito. Adquirida la actitud erecta y la libertad de las manos, sus ojos miraron siempre al más allá e hicieron concebir a su alma la preocupación de la nebulosa lejanía del horizonte y del callado seno de los espacios siderales. Y fué en el campo donde la hubo y luego cultivó a través de mil o dos mil generaciones. Y aunque con el correr de los siglos ha hallado también el horizonte de su propia conciencia y de su personalidad, entre ésta y aquél existen relaciones inexploradas aún, que no podemos descuidar tan localmente. Ni es menos cierta la acción de otros sentidos, en nuestra emotividad al menos, si ya no en nuestra ideación: cuanto dice al alma el perfume de la vegetación, y cómo despierta su don de poesía y su emoción de una fraternidad universal, de nuestra conexión con el universo mundo, a los cuales por igual ahogan el ambiente asfixiante y el afán inmisericorde de la urbe.

En cambio, el campo tiene horas de una melancolía infinita, como sus atardeceres y sus noches, y una escasez de recursos que hace angustioso el presentimiento de la enfermedad y del peligro. Nos hace, también, rudos de maneras, ignorantes y vulgares en la expresión verbal; más supersticiosos y fanáticos de nuestras ideas heredadas o adquiridas, desconfia-

dos de lo extranjero y avaros de nuestros bienes, con una avaricia especial, es verdad, que escondería en las entrañas de la tierra un centavo y, sin embargo, ofrecería un capital para lo que es útil, según el concepto de los valores reales que nos sugiere.

La ciudad es ordenada, disciplinada, especializada, llena de recursos, brillante e hipnotizante en sus placeres, refinada en su sociedad, erudita, suavemente escéptica en sus opiniones y creencias; presenta mejores oportunidades para la instrucción, el trabajo y el triunfo; permite a los humildes gozar de grandes riquezas, como sus universidades, sus museos, sus templos, parques y jardines, sus libros, su música, la palabra de los grandes hombres, la belleza de las mujeres elegantes. El más humilde rapazuelo posee, no en el sentido comercial, mas sí en el efectivo de disfrutarlos, millones de dólares, y puede contemplar la Venus de Milo, escuchar una orquesta de renombre mundial, oír a un sabio en la Sorbona, contemplar templos y palacios suntuosos, joyas, muebles y exquisitas fantasías de cuento de hadas al pie de una vitrina o en cualquier exposición; saber por un periódico lo que ocurre en el mundo, ver en el cinematógrafo las maravillas del universo, la intimidad de los grandes de la tierra, la última novedad y el mecanismo de todo. Pero en el turbión de la vida urbana, ese rapazuelo tiene que buscar

una dirección, encauzarse, estrecharse, sistematizarse hasta ser el engranaje parcial de una enorme rueda de cualquier industria, desde la industria de ser presidente del consejo de ministros hasta la de ropero ambulante. No importa lo que sea, él repetirá sus actos, acortará sus rutas, organizará sus horas, hasta ser una lanzadera de telar con un ir y venir inconsciente. La más de las veces engañado en el amor, en la amistad, en la religión y en la política, odiará y despreciará con escondida saña, concebirá la vida como un mecanismo de oro, y será mezquino, con una avaricia diferente, que es ostentosa en las apariencias visibles y egoísta y sórdida en su intimidad y en su finalidad; cuya característica es la ambición, mientras que en la avaricia del campesino hay siempre un elemento sano de previsión.

La urbe es necesaria. Sólo en su gigantesca aglomeración de hombres y riquezas halla la industria el mínimo de esfuerzo eficaz para su producción, movilización y cambio. La urbe es un elemento de economía política que hace posibles gastos gigantescos que la industria parcial no afrontaría.

En ella la humanidad siente el hechizo legendario de las sirenas, con tan fuerte halago que ni los más pobres quisieran abandonarla, una vez conocida. Y mientras más complicada y grande es, mayormente nos atrae y retiene. Esto no puede ser una obnubilación del juicio,

sino fuerza mensurable de algún valor real. Justamente hay en ella un elemento de tranquilidad y de enorme complacencia que cabe dentro del término, un poco vagaroso, de posibilidad. Es la posibilidad de disfrutar de su vida placentera, de sus grandes recursos protectores y de la fuerza gigante de su organización social lo que hace que nuestra alma le rinda pleito homenaje de admiración y de amor. Los seres sencillos que no son solicitados por ningún problema abstracto creen que la ciudad es como la dispensadora de una vida absoluta, y en ella suman la plenitud de sus ambiciones. ¿Y cómo negar que para ellos es el triunfo? En realidad ella contribuyó prodigiosamente a libertarlos de la esclavitud proletaria en que vivieron, asfixiados, hasta hace poco, y con su revolución industrial, de que ella es en gran parte un producto también, los ha enaltecido. Porque es innegable que el siglo XX suministra a la humanidad, a sus clases desvalidas, sobre todo, una suma de alegría gigantesca superior a la de que antes disfrutó, y en esto la ciudad ha prestado un concurso definitivo. Hallar un rato de ocio cotidiano y un poco de alegría, ¿no es acaso la ambición instintiva que ha desencadenado las grandes migraciones humanas y sus guerras de conquista? La ciudad ofrece algo de esto, y de ahí su encanto. Ofrece, también, otra atracción casi indefinible, que pudiéramos comparar a un

tropismo humano y llamarla «demotropismo» por tener el placer de imaginar un término plagiado de la nomenclatura científica: un demotropismo que consiste en buscar la compañía de las multitudes, sentir una vaga emoción placentera en medio de las grandes agrupaciones humanas, cual si ellas obrasen sobre nosotros por una acción de presencia, como ciertos catalizadores, o por acción de masa mayor, como ocurre en un campo de gravitación. Y una atracción, más indefinible aún, más hondamente vital, que pudiera expresarse como la fascinación que nos produce el movimiento.

¿Y cómo desconocer las realizaciones de su arte? Es dulce reposar los ojos en un parque que aprisiona, como un joyel, las galas de la naturaleza vegetal confundidas con la obra del hombre. Una tarde de verano en el Parque Monceau de París, rodeado de calles discretas, limpias, de armoniosa arquitectura, de una verja elegante que decoran, aquí y allá, puertas de graciosa esbeltez, y dentro los prados que rompen la simplicidad enfadosa de la planicie con suaves curvas de mesurada ondulación, de cuya verdura arranca el árbol solitario o el bosque diminuto, sin romperla; de trecho en trecho rotas columnas para la reminiscencia del arte antiguo, o grupos esculturales que animan los recodos con una armoniosa discreción de retiro y calculadas proporciones. Es dulce contemplar, también, el juego de colum-

nas de alguna iglesita gótica, como Saint-Severin, en el Barrio Latino, en que la piedra se alza en variada creación de formas, que en ascenso rectilíneo, o retorciéndose en vigorosas espirales, se resuelven por arriba en follaje de helecho arbóreo, como si fuesen porción de una selva que petrificó así la sucesión reposada de los tiempos. O aquella joya de Cambridge, en King's College, esa delicada capilla que parece, a cada instante, querer alzarse del suelo para disolverse en el azul. Vista desde la orilla del Cram, entre ese ensoñado paisaje de puentes diminutos y colegios de vetusta majestad, ella, gris como la niebla de Albión, esbelta, lanzada hacia la altura en suave gradación, surge en la verdura de los prados y las sombreadas alamedas como un poema de místicas edades, como un poema de arquitectura. Tiene alma y vive: en la tarde, a veces, al contemplarla, silenciosa y como dormida, el viajero emocionado por el ensueño de otros siglos, la siente de pronto inundarse de armonía, como si sus muros y altísimas columnas, acordonadas y esbeltas, vibrasen de rara musicalidad. Es el órgano que llena de acordado rumor sus naves, y la música se escapa por entre sus vidrieras de color y se difunde en el ambiente, como si fuese el canto misterioso de la piedra, enantes dormida, el canto de esa mole esbelta y gris que parece que va a alzarse de la tierra en suave ascenso vertical.

Y si a la leyenda del pasado se suma la palpitation de la vida actual, y a ambas por igual exulta la transparencia del ambiente, el centellante colorido y la luz, como en la plácida Sevilla, de marmóreos patios limpios, cuajados de palmas y jazmines, nuestra emoción es más sana aún, más intensa y festiva. Visión de ensueño, a veces: en una medianoche de plenilunio, al divagar por las callejuellas laberínticas del barrio morisco de La Cruz, limpio y luminoso, cual cumple a morada de doncellas arábigas, perfumado de jazmines y loníceras, que vuelcan su verdura en henchida profusión sobre los muros, exaltado aquí y allá por la copa saliente de palmeras susurrantes, el ánimo percibe una realidad que se disuelve a su vez en mil ensoñaciones. Sentado uno en un bello banco de la plazuela de Doña Elvira, vive, por cada hora, un siglo de leyendas, y aprende la desconcertante verdad de que la poesía tuvo alguna vez, y puede aun tener, un cuerpo de tangibles realidades.

Empero, cuánto más magnífica la elación del alma si la depura el consorcio de la naturaleza libre con el arte: ¿Habéis estado en Cintra de Portugal? Pocas veces verá el ojo humano conjunto más completo de motivos admirables. Una gran altura rocallosa y bravía que envuelve una selva centenaria, con refugios, recodos y escondites de góticas leyendas; sobre las altas rocas, como un florecimiento de la

piedra misma que, fatigada de empinarse hacia el cenit, estallase en arcos, cornisas y elevadas torres, un palacio, y desde ahí, el dominio visual de dilatadas planicies cubiertas de cultivos, y de plácidas aldeas de techumbre roja y limpia. Allá lejos, en el apagado confín, entre el verde gris de las tierras de labor y el gris violeta de la nebulosa lejanía, el Tajo gigantesco cobra del cielo luminoso un tinte áureo para hundirse quedamente en el dombo azul del mar.

Y como estas realizaciones del arte antiguo, las ciudades nos ofrecen a cada instante la vigorosa belleza de la industria moderna, no por próxima a nosotros menos evocadora de una emoción romántica, menos dignas de nuestra admiración y gratitud.



La ciudad es, pues, justamente seductora. Mas no es por tales sugerencias por lo que ella domina a las gentes. Menudos detalles, como un sombrero elegante, un calzado diminuto, unas medias de enervante voluptuosidad, esclavizan con más seducciones el alma sencilla de las multitudes que ningún arte, ciencia, posibilidad de fortuna o comodidad real.

¿Cómo pudiéramos, entonces, aunar las bondades de estos dos ambientes de vida, la ciudad y el campo?

¡ Ah! Es el porvenir de la humanidad el que se contempla en estas brevísimas palabras, y no es tan fácil resolver ante una hoja de papel en blanco los destinos del mundo, asumiendo vanidosamente la misión de nuevo Moisés. Mas, en fin, si cada uno de nosotros dice su pequeña palabra, el pensamiento fundamental irá surgiendo de esa manera propia de la mente humana, que avanza por procesos de callada asociación de ideas hasta hallar una síntesis satisfactoria, que de pronto surge, aquí o más allá, como si fuese, nueva Palas Atenea, la creación de un genio individual.

La urbe es necesaria. Mas ya se percibe que su crecimiento es exagerado, y que en cada una de ellas hay un conjunto de ciudades, que la ciudad propiamente dicha se descompone, a su vez, en unidades, lo que nos prueba que se ha desarrollado más de lo normal. Una gran ciudad es hoy como una república urbana, con diferentes provincias y caracteres, cada unidad con su industria y comercio propios, sus templos, escuelas, teatros, costumbres, autoridades y aun cierto «argot» peculiar y cierto aspecto fisonómico distinto de sus habitantes.

Debemos preguntarnos por el momento si esta corriente espontánea de urbanización se puede detener artificialmente, si ello sería, a la larga, conveniente, y si hay medio alguno de irlo ya iniciando. Preguntarnos, además, si los graves defectos del campo son, en un país y en

un momento dados, corregibles o no. No olvidar que los medios de locomoción y la prensa imparcial y culta van resolviendo en Norte América, en Dinamarca y en otros países, afortunadamente cultos, el problema del aislamiento dañoso del campesino y haciéndolo, poco a poco, superior al habitante de las grandes ciudades. Una vista de la campiña española, sin casas, desnuda y gris en mucha parte, y una vista de la campiña alemana o danesa, con un hogar en cada curva del terreno y una cultura espiritual en cada hogar, por pobre que parezca, indican dos aspectos del campo que se contradicen en beneficio del segundo. En los países escandinavos, sobre todo, el apoyo inmenso de las sociedades cooperativas en la producción y en la distribución de lo necesario para la vida, con la prescindencia al máximo posible de intermediarios comerciantes inútiles, y la gran facilidad de distribución que existe para todo, hace apetecible, envidiable aún, la vida del campesino, y trastorna nuestra impresión desfavorable del aislamiento y de la rudeza a que él antes se veía condenado. Y si a esto se añaden las nuevas conquistas de la locomoción y la electricidad de conducción inalámbrica, el problema reduce a poco sus más inquietantes inconvenientes de antaño.

A esto habría que añadir la corrección de dos defectos deplorables de la vida campesina,

tal como hasta hoy se ha llevado en todo el mundo: la carencia de distracciones hace triste el monótono deslizarse de sus días iguales, siendo, como es, una necesidad ineludible para la salud del cuerpo y del espíritu un poco de alegría cotidiana; y el exceso de trabajo material, que si bien fortalece los músculos, no deja ningún lugar a las preocupaciones del espíritu, a la lectura, sobre todo, la máxima agitadora de ideas de los tiempos contemporáneos, a pesar de los graves defectos que el industrialismo editorial en ella introduce y fomenta. La música en Alemania, el periódico en Norte América, el libro en general en Dinamarca, por ejemplo, van llenando ya estos vacíos. Mañana será todo ello junto, y la intercomunicación más rápida, o quién sabe qué cosas nuevas más, lo que hará el hogar campesino una unidad económica, social y cultural más completa y feliz.

Primero que todo se ofrece una cuestión elemental: ¿en dónde están los límites entre la ciudad y el campo, hasta qué número de población se puede aglomerar sin perder las condiciones favorables de la vida campestre? La aritmética no entra por todo en este cálculo, que en alguna manera es de apreciación circunstancial. Una población de cien mil habitantes aun permite a sus moradores un ambiente desahogado, pues no está borrada la campiña del horizonte, ni viciado el aire, defi-

ciente la luz, ni son las distancias de tal magnitud que no permitan el salir por las tardes a contemplar la plena naturaleza. Una ciudad de más de cien mil habitantes ya nos asfixia un poco y nos guarda prisioneros entre sus muros. Hay una medida psicológica interesante: las ciudades grandes nos poseen. Londres, por ejemplo, es un laberinto en que se requiere media vida para orientarse desembarazadamente en sus diez mil calles de fantástica nomenclatura, y a cada instante nos desconcierta e intranquiliza como un enemigo callado y fuerte. En cambio nosotros poseemos a las ciudades pequeñas, y de ahí su mayor encanto y feminilidad: en Oxford, en Florencia, Rotemburgo, nuestra emoción es tranquila, confiada y deliciosa. Otras condiciones de terreno, urbanización y clima se añaden, sin embargo, que hacen vaga e incompleta esta definición.

Ahora, ahondando el problema práctico de si hay o no medios de contrarrestar la urbanización excesiva a que nos conduce la industria, se revelan a primera vista algunas soluciones parciales, que son ya de mucho recurso.

Desde luego la humanidad ha iniciado un éxodo hacia el campo. Hay grandes industrias que construyen su pequeña ciudad, su aldea moderna, digámoslo así, con los encantos de la campiña y muchas ventajas de la urbe. Las hay que son modelo de salubridad y de confort, y una real promesa de orientaciones fu-

turas. En ellas el obrero deja la esclavitud de la buhardilla, de la oscuridad y estrechez irritantes de la callejuela cavernosa por un ambiente de más amplios horizontes, y ve sus hijos crecer bajo la luz del sol, sanos y alegres como fértiles arbustos. El templo, el cinematógrafo, la orquesta, el almacén, la clínica, la escuela, etc., lo han seguido y lo protegen con sabia oportunidad.

También algunos centros de educación se orientan hacia el campo, universidades, colegios, escuelas aún, que ofrecen en distintas proporciones sus recursos culturales lejos de la aglomeración urbana. Aun ensayos en que la organización en aldea escolar se presenta sabiamente combinada.

Hospitales, asilos, clínicas particulares, balnearios y sanatorios buscan esta orientación desde hace tiempos, también, y los deportes al aire libre afirman su influencia en todas partes, con una cierta embriaguez de triunfo.

Y, por último, al revés de lo que ocurrió en tiempos de la industria agrícola y doméstica, en que cada hombre afortunado poseía una casa en la ciudad, aunque viviese en el campo, hoy los afortunados poseen su casa veraniega, su quinta más o menos retirada de los grandes centros, donde pasar algunos meses del año y, a veces, uno o dos días de la semana.

De todas estas orientaciones la escuela en el campo parece de un alcance gigantesco si se

logra llevar su número al máximo, casi a la totalidad de las necesidades de la educación, al menos para ciertos períodos de escolaridad, facilitando con vías de transporte propias o apropiadas, con semiinternados, etc., la enorme dificultad de la pobreza y de las distancias.

En segundo lugar, se pudiera fomentar la asociación de pequeñas industrias para formar aldeas *ad hoc*, sin necesidad de que un solo gran capital o un «trust» sea siempre el único recurso de llevar el obrero a la campiña.

Y como éstos, hay pequeños medios de orientación hacia el campo que en mil partes se ensayan con buen resultado, entre ellos las excursiones escolares, la milicia, los «boy scouts», los clubs campestres, asociaciones de turismo, etc., que sumadas constituyen ya un bien general.

En países afortunados que gozan de buenas vías de comunicación, del recurso de sociedades para la cooperación industrial y la distribución de las provisiones, que tienen riqueza suficiente para difundir al máximo la luz eléctrica y el teléfono, y gozar del beneficio del automóvil y de la bicicleta, el problema de la urbanización se va eliminando espontáneamente ya. Es para otros pueblos menos afortunados para los que hay que estudiarlo con esmerada prudencia.

El campo no es formador de un espíritu propio sino a cierta época de la vida, cuando ésta se nos aparece con la atracción de un máximo interés, en ese período de la curiosidad infantil en que vamos descubriendo la realidad en una como conversación íntima con ella, en que cada cosa y cada ser tienen para nosotros un fondo de misterio, una sugestión de su significado sustancial. Ya al acercarse la adolescencia es el ser humano el que nos atrae más y más nos interesa. Luego viene la lucha por el triunfo, por la organización de nuestra vida y la realización de nuestros sueños que nos concentran dentro de nosotros y nos hacen sentir el mundo exterior como un enemigo peligroso.

Quizá los educadores no se han dado cuenta de la temporalidad exacta que sigue la formación de nuestros sentimientos. Así como los instintos tienen su hora de aparecer, pasada la cual, si no se ejercen, pueden inhibirse de suyo y desaparecer para siempre, así, también, los sentimientos, ya en camino hacia el instinto, surgen normalmente hacia ciertas épocas de la vida, pasadas las cuales ya no se obtienen sino racionalmente, es decir, postizamente. El sentimiento familiar, el de patria, el de amistad, el de sociabilidad y de humanidad, el de amor, etc., tienen su momento óptimo de expansión, perdido el cual la persona sufre un desequilibrio correspondiente.

Tampoco ha sido estudiado a fondo el ritmo

que siguen la ideación, la emotividad y la voluntad en sus relaciones con la fisiología y el medio ambiente. Un decúbito lateral izquierdo no nos permite las mismas asociaciones mentales ni las mismas aspiraciones que uno derecho, ni éste es semejante al decúbito dorsal; en pie o acostados pensamos diferentemente. También así, los alimentos y las bebidas poseen una acción importantísima en nuestra psicología, hasta el punto de que una taza de café, una copa de vino y un vaso de agua crean reacciones notablemente variadas. ¿Cómo será, entonces, la acción de todo un medio ambiente? Todos hemos experimentado el cambio de «personalidad» que se obtiene cuando dejamos la ciudad por el campo o viceversa: los problemas truecan su interés, y surgen otros, antes no pensados, percibiéndose que el campo hace trascendente el pensamiento y la ciudad nos recoge hacia la acción menuda cotidiana y los problemas de orden más inmediato, como el económico. La ciudad es más humana y el campo más universal, porque la índole de vida de uno y otra así lo determinan. ¿Y quién no percibe la acción que sobre nosotros tiene el horario de nuestra actividad, que en un caso se orienta hacia la mañana, y en el otro se intensifica hacia la noche, con gran trastorno de nuestro organismo?

Todos los pueblos contemporáneos se agitan en busca de un tipo humano más normal y vigoroso. El esfuerzo es gigantesco en naciones como Estados Unidos y Alemania; más fácil en regiones afortunadas, como Nueva Zelanda; angustioso en la zona tropical y los países pobres. Pero el fenómeno es universal, e indica un nuevo estado de conciencia de la especie humana. Hemos adivinado que el hombre no puede alcanzar, con los recursos actuales de que dispone, la realización de todas las promesas que halla, raro enigma, en su corazón y en su mente en este instante fugaz de vida que surge, se ilumina y se apaga con ritmo de secreta clave, y quiere, ya que no le ha sido fácil comprimir el misterio dentro de su conciencia vagarosa y efímera, ensanchar poco a poco su personalidad, hasta ver si algún día su poder espiritual, engrandecido, cultivado con el esmero de una planta de maravillosas virtudes, nivela su potencia con la tarea ingente de interpretar el mundo, su mundo, al menos...

¿Cuántas direcciones habrá posibles? Ante lo incierto todas las rutas son aprovechables, en sabia ordenación. Pueblos soñadores de Oriente pueden, disciplinados por la técnica occidental, dar una nueva interpretación del mundo que supere a Brama y al Buda. Pueblos industriales de Europa, después de este largo reposo de la ideación metafísica, sentirán nue-

va sed de lo divino arcano cuando hallen la paz de una más sensata organización. Pueblos jóvenes de Argentina y Australia, Brasil y Canadá, promesa de un nuevo espíritu de dos razas diferentes en diferentes mundos. Fervor augusto de los pueblos de América latina, ¡fervor!, carácter distintivo, peligroso, pero grande, ¿en su fuerza no habrá, también, un elemento de triunfo?

La humanidad ha ganado en pocos siglos, y pudiera decirse que en pocos años, tesoros que desafían el cálculo comercial. Si sólo consideramos lo que la medicina y la higiene han logrado al prolongar la vida media del hombre, tendríamos que aceptar como pequeña la cifra de diez mil millones de años más de vida humana para cada generación, lo que si multiplicamos por ciento, calculando en esto nada más el producto de ellos en dólares como trabajo, nos resulta un millón de millones de dólares anuales para el aumento de la riqueza pública, si todos ellos pudiesen ahorrarse. En el orden moral, si sólo pensamos, por ejemplo, en lo que daríamos por evitarnos un dolor, y pensamos en los millares de dolores que la ciencia suprime ya, toda aritmética se hace nebulosa en tales operaciones, y habría que recurrir a los exponentes del álgebra.

Esto nos da optimismo para solicitar nuevas adquisiciones, ya no en el orden material, sino en el de la espiritualidad: esta divagación sobre

la ciudad y el campo, en su acción dentro del espíritu del hombre, nos conduce a buscar en el pasado algún ejemplo que nos guíe en su observación, y nos asegure en la confianza de que no son palabras solamente las que surgen de esta elucubración, sino problemas de un valor fundamental.



Tenemos hoy día una civilización gigantesca creada por los pueblos del llamado origen ario. Ella se ha desarrollado en Europa y culminado, por lo que hace a su característica industrial y técnica, en Estados Unidos y Alemania. Si nos preguntamos cuál es el rasgo dominante en el hombre accidental que le ha conducido a esta evolución, hallaremos varias opiniones, más o menos sutiles y eruditas; pero en el fondo el análisis se detiene ante esta sencilla verdad: lo que ha desarrollado la actividad migratoria, la ambición y la ciencia del arya es la inquietud. Una inquietud que lo lleva por todas partes en busca de un reposo espiritual y material. Hijo de alguna de esas regiones donde el clima se hizo impropicio, algún rincón del Báltico, por ejemplo, se lanzó en busca de mayor espacio, de más luz solar, de mejor alimentación y abrigo, se extendió por Europa, y se diferenció según los climas de que fué apoderándose. En las regiones frías,

el hogar y la mujer, necesidades supremas para la protección de la vida individual y de la especie, han cobrado una importancia social indiscutible. En pueblos como Inglaterra, ello es notorio a primera vista. El frío, los inviernos prolongados, la mayor oscuridad, hacen amable el hogar en esas condiciones, mientras que en la zona tórrida y sus alrededores, el hombre busca el campo abierto, la libertad irrefrenada, el individualismo vagabundo. En una vida de hogar desarrollada por un clima frío, que no embrutece, sin embargo, el orden y la previsión, de dónde la justicia social, la autoridad y la ley, el trabajo y el ahorro predominan; las industrias surgen para la protección necesaria, y con ellas el comercio y el dominio de los mercados. Pero industria sin orden, técnicos, instituciones bancarias, seguros, higiene, etc., es defectuosa, como defectuoso sería, también, un comercio sin probidad, sin puntualidad, y así vemos constituirse, o al menos afirmarse, las virtudes de una raza bien dotada, partiendo de principios tan elementales como la inquietud que le produjo un medio ambiente original estrecho o insuficientemente abrigado, y su nueva vida en una región un poco oscura y fría.

Hay, también, circunstancias fisiológicas que tienen una influencia decisiva: los caracteres sexuales, el mismo desarrollo anatómico de los órganos correspondientes, es más precoz y más

intenso hacia los trópicos y, ligado a la influencia de una secreción tiroidea, en estrecha relación con ellos, y de suyo tan importante en el desarrollo del organismo en general y sobre todo del sistema nervioso, determinan cambios de temperamento, según las zonas, una imaginación más efusiva, una lírica exaltada, una mayor inquietud de pensamiento y un exceso de pasiones. Se ve en la historia de los pueblos arios que han emigrado más hacia el Sur cambiar su continencia, medida, profundidad de ideación por características de mayor brillo y superficialidad, hacerse más sensuales y revoltosos, menos sociables cooperativamente y amigos del hogar. Se hacen celosos y lascivos, a veces, y guardan su mujer en sumisión más estricta, descuidan la previsión en el gobierno político y el esfuerzo industrial.

También se ha hablado de las características que el hombre adquiere en las alturas montañosas y en los valles, en las islas y en las costas, y en verdad que son discernibles grandes diferencias, algunas de ellas no muy difícilmente explicables. El acento de las lenguas cambia, quizá debido, en parte, a la acción del medio ambiente, de la presión atmosférica, v. g.; la laboriosidad y la tenacidad en el trabajo surgen en un suelo impropicio, dentro de ciertos límites; la independencia de carácter en el campesino de las alturas, la amplitud de ideas en el costeño, son producto del medio ambiente,

también, mayor esfuerzo individual de un lado, mayor intercambio social del otro.

Estas influencias se perciben, sobre todo, en el modo como los pueblos de las distintas zonas se reparten el contenido virtual de una idea. El cristianismo se orienta hacia la religiosidad, fraternidad, concepto de un padre providente, cooperación entre dios y hombre y de los hombres entre sí, adquiere un mayor valor éticosocial, en los pueblos del Norte; parece más supersticioso, más dramático y emotivo, más místico y difuso, más pasional e ineficaz en los pueblos del Sur; más poético, también, y decorativo: en ellos se hace dogmático y ritual.

El carácter nacional varía de una manera prodigiosa. La tenacidad inglesa se hace ambición y actividad en los Estados Unidos; el nacionalismo isleño, egoísta a veces, y a veces legalmente cruel, se universaliza en las dilatadas praderas americanas y se modifica hacia un culto más amplio de la humanidad, no del imperio. La distinguida reserva y timidez social anglosajona se hace expansión y alegría de carácter en Australia; su lentitud de ideación se torna ritmo de medida en sus descendientes tropicales. Pero, ¿cómo cambian su honradez comercial, su pundonor, su imparcialidad de criterio político-moral, la profundidad de su pensamiento matemático, etc.?

Estos pocos ejemplos tomados al acaso de la

vida real y no de sistemas eruditos, nos colocan ante la necesidad de conducir el rebaño humano con estudiado esmero. Ellos nos permiten comprender que la humanidad es una planta cultivable, de la cual podemos obtener flores y frutos muy variados; y nos conducen a prever las condiciones propicias a su cultivo más adecuado y eficaz, sobre todo en los países jóvenes, todavía en formación, que aun contemplan cruzamientos raciales e incremento de población en variados climas.

La ciencia no alcanza aún, desgraciadamente, a definir lo que corresponde a cada uno de los múltiples factores que determinan la formación de una raza. Mas hay, no obstante, sugerencias atrevidas que pueden servir como hipótesis de trabajo para la investigación y, quizá, para una previsión más sabia el destino de ellas. Al contemplar la tierra francesa y ver su planicie suave de fáciles cultivos, sus ríos reposados como canales hechos *ad hoc* para enlazar un vasto territorio de clima sano y fresco, sorprende una emoción de serenidad y de armonía. Entonces comprende uno la formación de un espíritu que rehuye el sentido trágico de la vida y la exageración en el arte, que crea esta arquitectura reposada, de discreta altura y techos arqueados como plácida colina, ve por qué el estilo gótico pierde sus torres audaces y se detiene a media altitud, afiligranándose en el cuerpo y proporcionando

sus contornos, por qué la literatura proscribe el adjetivo y se recoge dentro de la frase precisa, sin elipses ni angustiada contorsión; la pintura hacerse benévola y graciosa en los genios, dulce y simpática en los mediocres; la filosofía, la crítica, las ciencias de alta erudición buscar ordenarse en construcciones medidas, que les dan, a veces, un grato sabor de novela, de poesía aún; un pueblo, en fin, que cuando alcanza la altura genial la expresa en una majestad serena, como en la inolvidable colina del Arco del Triunfo o el Monumento a los muertos del Père Lachaise. La raza, que revela en su cabello castaño y sus ojos grises ser una mezcla del hombre nórdico, rubio y mesurado, con el mediterráneo bronceo y pasional, toma de este último algunas inclinaciones y, en el teatro, sobre todo, y en la literatura de imaginación, aparece el problema sexual en primera línea, haciéndose burlón, para no ser trágico, conforme al correctivo que recibe de su ambiente.

Empero, desentrañar el futuro de estos o de aquellos caracteres visibles, es ya mucho más difícil. En esta misma Francia verá el siglo XX, si el ritmo demográfico que hoy tiene se conserva, la formación de una nueva variedad racial con los elementos eslavoteutónicos del Norte y los italoibéricos del Sur, que afluyen en busca de su suelo propicio. Entonces pudiera crearse una nueva cultura francesa, en

que quizá la filosofía y la religión tomaran sorprendente orientación y brío de ese choque entre una mentalidad de atrevidas introspecciones y agudo misticismo de las razas nórdicoeslavas y la imaginación ardiente de las razas del Sur, en un medio que equilibra las reacciones.

Sólo que surgen circunstancias imprevisibles que no nos permiten hoy trazar, tan despreocupadamente, el porvenir de un pueblo. El inglés, alto, de mandíbula alargada y mano grande, parece ligeramente hiperpituitario; la inglesa, de fina nariz, arcada dental estrecha hacia adelante y cuello largo sobre hombros que descienden en ángulo demasiado abierto, cual si tuviese una mala respiración, pero cuyo conjunto da un aire de inocencia, de distinción y de candor, como es fácil de percibir en sus galerías de pintura y en cualquier ciudad inglesa cambian, uno y otra, en Norte América: los pómulos se ensanchan, se dilata la nariz, la boca se estira y adquiere un gesto despectivo y audaz, la mirada se torna inquisitiva y dura, en una palabra, surgen la americana y el yanqui. ¿Por qué? Es el nuevo ambiente que ha trastornado el funcionamiento glandular, sin que aun sepamos cómo ni en qué intrincadas proporciones. Mas ahora una nueva vida de deportes y de viajes, de trabajo fuera del hogar, etc., ejerce su influencia sobre la estructura física y moral de la mujer inglesa: ¿cómo

prever sus lentas trasformaciones por venir?

Ni hay que olvidar, tampoco, el medio espiritual, la parte ineludible que la apreciación de los contemporáneos tiene en la interpretación de un pueblo ante la historia, y que puede caracterizarlo equivocadamente. El americano del Norte es hoy, en muchos países, considerado exponente rudo de un materialismo casi brutal: sus hombres son, aun para muchos espíritus cultos, el sórdido industrial y el banquero implacable de los tiempos contemporáneos, y sus mujeres aparecen como embriagadas de «flirt», de «jazz-band» y de automóvil, hasta tal punto que si ellos se viesan representados en la imaginación de algunos de sus coetáneos de otros pueblos se llenarían de horror. No verían ni su parte moral ni su entusiasmo por la belleza ni su sed de idealismo político, social y religioso y, aterrados de la cruel caricatura espiritual que los representa ante el mundo, dudarían de la justicia humana y desconfiarían en adelante de todo esfuerzo generoso de civilización.

Y es un error, sin embargo. El mundo se americaniza por la enorme potencia material de América, es verdad, y se americaniza a pasos gigantescos; mas lo que copiamos del yanqui es, principalmente, su esfuerzo industrial y su organización económica, de dónde la reacción justamente ofendida de la vieja cultura espiritual y aristocrática que representa la tra-

dición europea. Este hecho culminante de la americanización del mundo tiene otras y muy profundas raíces vitales: Norte América es la más alta realización de una etapa histórica y, por ende, se presenta, en este instante, como el conductor de una misión universal ineludible: ciencia, industria, higiene, democracia, trabajo, riqueza, educación pública, comodidades materiales, vigor de vida y alegría del vivir, son la creación que el destino humano ha reclamado de estos tiempos y, no pudiendo el resto del mundo renunciar al pueblo que tales adquisiciones encarna y realiza más audazmente, le sigue, a pesar de la enorme rebeldía espiritual que a aquél se enfrenta y opone. Y esta rebeldía, por natural influencia psicológica, conduce a muchos a desconocer las otras cualidades del yanqui; y así nos explicamos cómo el mundo se americaniza a la vez que critica acerbamente al pueblo norteamericano y lo hace aparecer como un exponente de mera civilización material.



Todo esto, someramente anotado, nos conduce a ir preparando ideas para la formación de las generaciones futuras. No dejar que el azar destruya las mismas creaciones gigantes-cas que ha determinado en la especie humana. Servirnos de un análisis cuidadoso de la in-

fluencia que el medio, zona, clima, altura, ciudad o campo, ejercen sobre las diferentes razas, variedades de raza o lo que sean, que de esto no estamos muy seguros, para ver cómo se cultiva su perfeccionamiento ulterior y llevamos adelante la solución del enigma universal y la felicidad común, aspiraciones supremas, y quizá no imposibles, de la humanidad.

LA FAMILIA

Los cambios que experimenta hoy la familia merecen un estudio sencillo y razonado, que sin apartarse del hecho social visible ni oponerse a las bases científicas fundamentales, rehuya, sin embargo, las grandes discusiones de su génesis y evolución.

La familia surge en el desenvolvimiento de las especies animales para la protección de la prole, aunque por familia haya que entender algo más que padre, madre e hijo en ciertos momentos de su desarrollo, tanto en lo humano como en el reino animal. Porque familia es una colonia de hormigas, por ejemplo, un hato de ganado montaraz y un clan salvaje en algunos períodos de la evolución social.

Pero, contemplada dentro del concepto moderno de su constitución, se percibe tal trastorno en su modo de ser y en su finalidad que ya amenaza producir una nueva y muy diferente institución. ¿Es ello útil a la especie humana?

La vida es una pendiente hacia el futuro, dentro y fuera de nuestro ser. El supremo interés vital está en el mañana, en los pliegues deliciosamente misteriosos de la contingencia futura. El ensayo de vivir en el pasado, que en parte solicitan las religiones, o en el presente, como el hedonismo de las civilizaciones fatigadas de su obra proclaman, ha sido siempre un peligro irreductible.

El constituirse la familia tal como ha sido hasta hoy, no es, tampoco, un puro juego del acaso, porque el hombre es un ser incompleto, considerado aisladamente, ya se le juzgue por su aspecto fisiológico, psicológico o moral. Los dos sexos completan una entidad biológica: su modo diferente de pensar armoniza la distinta interpretación que ellos tienen de la vida, y su conducta social los adapta mejor al ambiente, conjugando tendencias desemejantes. El hijo, además, es un cemento insoluble, y como creación en común de una realidad grandiosa, un fermento activo de nuevas orientaciones vitales en todas las esferas de sus progenitores.

De ahí que hayan surgido con la familia, ya como su creación inmediata, ya al lado suyo, al modo de una derivación que ella hace posible, tan variados sentimientos. Hay una serie ya crecida de instintos sociales poco analizados aún, porque están en formación, de una parte, y de otra por ese concepto errado que siempre

hemos tenido del instinto, que son interesantes como un buen drama. Entre ellos está el miedo receloso que la sociedad tiene de los célibes. Los considera vagamente como anarquistas peligrosos de su orden moral, y los rodea de epítetos que son como una muralla de aislamiento. Colocad en un salón a un visitante que permanezca silencioso, y veréis que disuelve en pocos minutos toda intimidación y, o habla al fin o se le expulsa de cualquier discreto modo. Es que mientras guarde reserva se le juzga ser una contradicción cuya capacidad desconocida inspira miedo. Tal así, el célibe es considerado como una fuerza social de acción imprevisible y desconcertante. Si el hombre está ligado a una mujer, no importa cómo, la sociedad lo criticará más o menos acremente, pero no lo temerá entonces. De ahí el afán social de hacer contraer matrimonio a todo el que amenaza permanecer en ese otro estado.

Y con razón, porque la familia, como verdadera célula social, orienta hacia la comunidad todas las actividades del hombre. La patria, por ejemplo, está íntimamente condicionada por la mujer. En verdad el hombre no tiene una sola patria, pues pertenece al lugar en que nació, ciertamente, pero reconoce, también, una patria intelectual, si recibió su educación en distinta tierra, y quiere aquella otra en que gana su sustento y, sobre todas, la que le da su esposa, ésta abiertamente recono-

cida por la sociedad como suya, aunque no lo acrediten así las leyes codificadas. Y hay en esto una gran justicia. Nosotros somos extranjeros, en la realidad y dentro del corazón, en todo país al cual no nos liga una mujer. Mas, en llegando ella a nosotros, su raza, su tierra, sus costumbres e instituciones nos son inteligibles y gratas, nos pertenecen en alguna manera. Porque sólo la mujer posee para nosotros la clave de interpretación de los pueblos, y en pocas horas de deliciosa conversación nos enseña lo que una universidad no podría en un año de estudios.

Como institución ya arraigada en el corazón del hombre, el matrimonio ha creado también su modalidad de instinto: nosotros no pertenecemos a una mujer mientras ella no sea nuestra socialmente. Esto de pertenecer a una mujer es como el estado de reposo que da toda orientación definitiva, aunque nos sea adversa. Lo que intranquiliza al hombre es la duda, la incertidumbre; lo demás, inclusive la muerte, puede afrontarse con mayor o menor entereza moral. Una mujer amada absorbe todo nuestro espíritu, pero sólo como esposa absorberá toda nuestra vida: siempre subsiste en las uniones extraconyugales más arraigadas y armónicas una perspectiva de alejamiento que las disuelve al fin.

¿Qué es lo que ocurre, entonces, dentro del espíritu de los cónyuges en la unión matri-

monial? Aceptamos como complemento de nuestro ser al ser amado, y de esta adaptación, que llena una deficiencia natural, surge una conciencia, casi una conciencia común a los dos. Si somos infortunados, si el ser que nos cupo en suerte no satisface nuestros anhelos, lo sufrimos un poco como se sufre una invalidez propia. Luego entran a obrar los factores de asimilación de esos dos seres, entre los cuales la influencia de un mismo ambiente para los dos organismos, las emociones comunes, las comunes aspiraciones futuras, el intercambio fisiológico de las concepciones aun, el mutuo apoyo, la estimación, la amistad, la gratitud, el contagio mental y el hábito, son de una importancia indiscutible, y no se ven casi nunca aunados fuera del matrimonio.

Y algo que no es aquello, y que, sin embargo, lo presupone en alguna vaga manera. El hombre, por su esclarecida conciencia, es el ser más solo de la naturaleza, es el único ser triste que hay en la creación. Su soledad es infinita, porque se proyecta en el amplio universo de la realidad y, también, hacia el futuro eterno, a través de la muerte. En el matrimonio hallamos una compañía que nos da enorme consuelo. Una compañía obra por acción de presencia, cualquiera que sea su eficacia, y puede ser un niño, un animal aún, cuanto más si es un ser amado, eficaz e inteligente.

Es verdad que en las uniones que no cobija

un mismo techo se prolonga, y aun se cultiva, un estado poético de noviazgo que merece todo el encomio del esteta refinado, pues hay en ellos mayor cortesanía, elegancia, delicadeza, generosidad y anhelo. Quizá las emociones sean, también, más intensas al abrigo romántico del secreto y del afán de dramatizar su idilio. Pero, rara vez, si es que ello acontece, hay la fusión de las dos personalidades. Algunos novelistas han descrito bien esta situación, en esos hallazgos felices que de las más escondidas verdades del alma tienen los artistas, como notarios sinceros que son de su propia conciencia, de las emociones, sobre todo, y no del mundo vagaroso de las ideas. Y si un tercero los separa, por insignificante que quiera hacérsele aparecer, la angustia asume caracteres de tragedia espiritual. En estos casos, cuando nos asiste a nosotros el derecho social, ocurre una merma de nuestra personalidad ante nuestra propia conciencia, que se traduce en desorden de la conducta, en desorden de los sentimientos, en desorden del interés vital, sobre todo. La ambición, la audacia y la alegría se reducen a muy poco en el fondo íntimo de nuestro corazón, y la obra que realizamos, cualquiera que ella sea, sale tocada de flaqueza y de desorden. A veces el solo presentimiento nos hace proceder de modo tan reñido con nuestro carácter que aparecemos como incomprensibles o caprichosos. Y

cuando, sin derecho legal, sino sólo por el regalo de una fortuna al parecer dadivosa, nos hallamos en estas circunstancias, hay, es cierto, un gran orgullo, una vanidad, bastante insulsa casi siempre, y perniciosa por extremo, que promete acrecer nuestro yo íntimo y su capacidad de acción, sin que nada de esto ocurra, sin embargo. Porque el ser querido, o vale tanto que su pertenencia total es una inquietud inconfesada y constante que nos persigue, y nos dolemos de proyectarlo, en una visión interna, a cada instante sujeto a la intimidad deslustradora de otro ser, a una intimidad que aja, a la vez que consume, lo que para nosotros es reliquia de un culto ferviente; o no nos interesa de un modo tan exigente y vital y entonces llega muy pronto a sernos un mero compromiso estorboso. Y demasiado costoso, también, porque nos reclama nuestra vida íntegramente, pues el amor se considera, tanto en la mujer como en el hombre, digno de los sacrificios supremos. De ahí ese afán de derroche que las mujeres tienen en tales circunstancias, y que parece locura nada más, maldad a veces o insensato capricho, y que en el fondo surge de una necesidad espiritual de valorarse muy alto, tan alto como la máxima capacidad del hombre que las ama o dice amarlas.

Ese desorden de la personalidad en estos casos de infidelidad o de posesión incompleta justifica el divorcio como un enorme bien so-

cial, pues devuelve, corregidos, a la comunidad tres seres cuya alma desconcertada o insatisfecha es un peligro constante, si no se les da una nueva dirección. El divorcio debiera ser un amistoso arreglo dentro de la implacable sencillez de la vida: tome usted lo que ha conquistado, es suyo por justicia natural; pero, eso sí, tómelo con todas sus obligaciones, y dé usted tanto como recibe. ¡Ah!, se dirá entonces, sin duda, el honor, el pudor y el dolor ante tamaña derrota, ¿no enardecen, acaso, el corazón herido? De estos elementos, el único que queda es el dolor, seguramente. Mas el medio más oportuno de rehacer una vida amorosa es liquidar la quiebra de la anterior: ¿no se enviuda, también? Y quién sabe si esta serenidad en la conducta disminuiría el tráfico clandestino del amor, porque uno de los mayores alicientes suyos es su secreto, y ¿por qué negarlo? su peligro, ciertamente. El peligro hace delicioso el amor. Dígalo, si no, el romance de todos los siglos. Cuántas mujeres se avergonzarían de recibir como esposo al mismo hombre a quien entregan su honor furtivamente y su porvenir. El recurso no es, sin embargo, ninguna panacea, porque quedan por fuera de su alcance algunas situaciones insolubles.



Estas consideraciones ya expuestas sobre la influencia del amor y del hijo en nuestra personalidad traen a la mente un delicioso problema contemporáneo: ¿no sería mejor, después de todo, el amor libre, al menos la máxima aproximación a él? Es una inquietud que la civilización extremada y el socialismo han planteado ya. Amarse como si el amor fuese un acto insensible casi en el orden moral. Amarse, porque es la hora de la emoción, o porque la conveniencia nos ha unido. Hay quienes han creído descubrir que el amor idealista del hombre moderno es una creación romántica. El amor sería una ocurrencia, importante ciertamente, ¡vamos!, pero sencilla y de un orden natural reposado. Ellos piensan que así ocurrió en el mundo antiguo, y que fueron los místicos y trovadores de la Edad Media los que elevaron este capítulo de la vida humana a su delicioso sentimentalismo contemporáneo. ¡Quién sabe! La vida es más proteica en las interpretaciones que de ella hacemos que en su íntima realidad y continuidad. El romance amoroso es una tradición de todos los pueblos, aun de los más montaraces y bravíos. Y aunque no lo fuese, el romance es hijo del anhelo reprimido, de la adolescencia, de la lejanía y de algunas circunstancias más que se relizan en todo tiempo, como la emoción de lo desconocido, que tanto idealiza nuestros amores. Mucho antes de leer a Platón, a Dante

y Petrarca, a Teresa de Jesús y a los felibres, mucho antes de haber oído hablar de las funciones de la vida y de las sutilezas idealistas del corazón, el niño y el labriego incultos aman con un fervor sagrado. Un examen sossegado del problema parece indicarnos, más bien, que lo ocurrido en la evolución de estos sentimientos es una revelación más y más precisa de la personalidad, una valoración más y más exaltada del individuo, que hace posible la autobiografía, la novela y el amor personal y no genérico o vagamente determinado. De esta evolución participa la mujer, cuya personalidad viene precisándose más y más desde la aparición de las razas nórdicas en la civilización europea.

¡Quién sabe! Ahora recorren nuestro pobre mundo, sediento de emociones raras, algunas teorías deliciosamente conturbadoras. Han descubierto algunos pensadores audaces que el amor hétero sexual tiene muy escaso mérito, y que en tiempos de la divina civilización helena sólo servía como artículo de consumo inferior, dejando al otro el procunsulado de la elegancia y, con una erudición que asombra y maravilla, para probar su aserto nos pasean por el reino animal, de que algunos de nosotros hacemos parte indebidamente por haber abandonado esos instintos. Otros han hallado que estas inclinaciones derivan—¿qué no habrá pensado la mente humana?—nada más que del

deseo natural, y ciertamente incontrovertible, de triunfo; es decir, que son como una derivación psíquica.

También recorre el mundo asombrado la idea de que todo lo anterior es más o menos disparate, y que la sencilla explicación consiste en una sensualidad difusa por todo nuestro intranquilo cuerpo desde que nacemos hasta que hallamos una dirección que nos orienta, mediante procesos confusos de narcisismo e «identificación» del yo con el objeto primario de nuestra libido infantil.

Variados, eruditos y complejos volúmenes sostienen todas estas ideas a su vez, tan sugestivos que, si los leemos sin alguna preparación científica o un sentido muy certero de la realidad, nos trastornan el poco juicio que la naturaleza nos dispensó.

¿Qué hay en el fondo de todas estas interesantes elucubraciones? Busquemos en la ciencia las pocas realidades que ella pueda presentar como indiscutibles, o no tan discutibles, al menos, y dentro de nosotros, de nuestra experiencia personal y de nuestra auto-observación, dentro de la emotividad de nuestro ser, sobre todo, alguna orientación serena.

Los sexos derivan de un quimismo orgánico, peculiar a cada uno de ellos. Están, probablemente, probabilidad reconocida ya para algunas especies, en relación con condiciones de nutrición de los gérmenes. Su diferencia se

establece desde el óvulo mismo, con cierto número de cromosomas, determinado para cada uno de ellos; luego se continúa por secreciones internas, precisas y eficaces. ¿Cómo no pensar, pues, en una explicación de orden fisiológico, de química orgánica, en esto de las desviaciones homosexuales, al menos para los que no lo son por mero vicio, venalidad o, quizá, tardía perturbación nerviosa? ¿Toda esa psicología abstracta no se derrumbaría un poco, entonces?



Y ya que de psicología se trata, ¿qué nos dice la peculiar de los hemosexuales? Ellos la tienen, y muy rica y muy diferente, ya que resulta de los dos sexos y de estados conflictivos biológicos y sociales, que en mucho la independizan y diferencian. Constituyen una francmasonería en todo el mundo, que los capacita para el feliz éxito social, para la entrada en las carreras más esquivas, el arte, por ejemplo, a que son muy adictos, y en el cual desuellan debido, tal vez, a la capacidad de observar el detalle, que tiene la mujer, combinada con el don de generalización y de síntesis, que el hombre posee, y, sobre todo, a la angustia de sus conflictos espirituales, que los hace noblemente trágicos, a veces, y casi siempre sutiles, refinados y paradójicos. Son, ade-

más, idealistas y aun místicos de algún ideal, sobre todo de beneficencia o religión. Se reconocen entre sí por signos recónditos que escapan a nuestra observación, palabras estereotipadas para calificar el cuerpo humano, como, por ejemplo, «la atracción de la línea», en que se confunden su preocupación sexual con inclinaciones estéticas, que la disfrazan y encomian a la vez. Tienen una exquisita sensibilidad y una pulcritud de maneras que se contradicen con el vocabulario obsceno de sus intimidades, contradicción que se explica por su refinamiento femenino en choque constante con la preocupación libidinosa. Son devotos de una persona hasta la máxima consagración y el sacrificio, sin que, sin embargo, le sean constantemente fieles ni le rindan, íntimamente, el culto de estimación irrestricta que en el amor de los dos sexos contrarios ocurre, al menos entre hombres y en la generalidad de los casos, pues la naturaleza femenina, de una parte más protectora y maternal y de otra más sumisa y adjetivable, crea estados casi de hipnotización que, sin embargo, analizados a fondo, nunca están exentos de conflicto espiritual. Porque en ellos el amor está en parte contrariado o contrarrestado por los restos de la sexualidad homóloga: en los idilios más refinados de sus relaciones amorosas no hay confianza absoluta, quizá porque adivinan que no hay consagración definitiva, como es el caso en el amor

de una mujer que ama al hombre que aprecia. Tienen pequeños detalles de conducta, como una franqueza ruda a veces, un gusto por el chisme social, una curiosidad insaciable de conocer los defectos del prójimo, que no son maldad gratuita, sino reacción defensiva por la inferioridad en que se sienten ante el criterio común. En sus relaciones con las mujeres, cuando pueden tenerlas, son incomprensivos de aquella ternura masculina que agradece la misma caricia que da y se recata para cultivar el pudor que quita y que fomenta a un mismo tiempo. En esas relaciones carecen de un cierto fervor que las mujeres echan de menos instantáneamente. Son en lo social oportunos, hábiles observadores, elegantes, buenos habladores, serviciales, noticiosos, asistentes a todos los entierros a combinadores de toda fiesta, pero carecen de entusiasmos definitivos. Les ocurre odiar con mucha frecuencia, y tienen una maravillosa capacidad para herir de muerte con una palabra al que odian, como sus primas hermanas las mujeres.

Anarquistas del mundo moral, a su manera, no creen en la existencia de sentimientos normales en la sexualidad de los demás hombres, y califican de hipócrita al resto de la humanidad.

Su inclinación se presenta desde antes de la pubertad, y sus caracteres secundarios psíquicos aparecen muy pronto, en la infancia aún,

lo cual destruye muchas de estas interpretaciones científicas que hallamos en la psicología contemporánea, las cuales son tanto más peligrosas cuanto que existen casos de un término indeciso, línea fronteriza, digamos, que los apoya, y en los cuales tal enseñanza puede ser deletérea.

Ellos, sin embargo, no son el mayor peligro social futuro en estas materias: hay otro, producto de una civilización maltusianista y libidinosa, de una civilización que va rompiendo los lazos de la moralidad tradicional sin darse ninguna nueva orientación ética, que merece una palabra de estudio. Pero ¿cómo decir tales cosas? En un libro maltratan un poco estos comentarios, aunque los autorice la más prudente de las intenciones. Ello es que las mujeres se estiman unas a otras con un narcisismo de su cuerpo, con una admiración de su delicadeza espiritual y de la diabólica línea de Coridón, probablemente contagiada de nuestra propia admiración masculina, pero no del todo, ciertamente, que justifica un pequeño análisis. Normalmente las mujeres aman la belleza femenina. A nosotros Adonis nos produce envidia o celos; a ellas Afrodita las fascina realmente. Estas palabras «normalmente», «realmente» no tendrían consecuencia, como no la tienen todavía en ciertas sociedades, si el amor y el matrimonio no estuviesen cambiando de significado y de conducta. Mas el

matrimonio y el amor como un intercambio de gratas emociones, sin consecuencias para la generación, pueden ser reemplazados más efusivamente, y, si es verdad lo que algunas mujeres aseguran, los hombres pueden ver reafirmarse una rivalidad peligrosa, enantes conocida en Lesbos. Es una nueva cocaína sutil, menos notoria y costosa que la pálida «neige», aunque no menos deletérea, sin duda, no menos destructora de la personalidad, de la voluntad, sobre todo.

Una observación de todos estos problemas desde un punto de vista sencillísimo, lo más natural posible y lo más cerca del sentido común que sea dable hacerla, nos conduce a otras explicaciones. La voluptuosidad, por ejemplo, no es algo difuso que se fije por un choque; es, al revés, algo preciso que se difunde por la expansión natural de una fuerza que se desarrolla, según la anatomía, fisiología, psicología y experiencia cotidiana nos lo están diciendo con máxima sencillez. Las enfermedades de la voluptuosidad, fetichismo, sadismo, masochismo son el producto de esa difusión que se orienta y toma la forma de obsesión por circunstancias que no son sustanciales, que no hacen especie. En todos estos casos hay la base de una personalidad perturbada. El fetichismo, por ejemplo, pudiera ser considerado como la «obsesión» voluptuosamente contemplativa de un objeto que pertenece al sexo contrario y

llega a simbolizarlo. Deriva de la atracción que todo cuanto nos representa el sexo tiene normalmente para nosotros, es una expansión del deseo normal que una mentalidad desarreglada fija a su modo «obsesionante.» En el sadismo entra, quizá, un elemento de dominación, de superioridad que se afirma en el dolor que produce; que en el martirio del ser amado busca el sabor del triunfo, de la virginidad que se rinde dolorida y sujeta. El masochismo pudiera hacerse derivar del anhelo normal de sacrificios que quisiéramos realizar para ser gratos al objeto de nuestro amor. Naturalmente que una génesis tan sencilla de estas perturbaciones sólo tiene en cuenta lo elemental y fundamental, que luego, en su desarrollo, se complica prodigiosamente.



Contra todas estas perturbaciones de la familia hay que afirmar las cualidades sustanciales del amor verdadero.

¿Cuál es el ideal de la mujer en materia de amor? En esto la psicología femenina no ha cambiado mucho: aun ama en el hombre al héroe, no en el concepto antiguo de guerrero batallador, sino en el más asequible ahora y más eficaz, de la prestancia en cualquiera de las actividades humanas. El sueño de la niña de hallar un príncipe ideal se trueca en la

joven que conoce ya las exigencias del mundo por la ambición sensata de encontrar un hombre que domine en algo, y esto se nota, sobre todo, en la mujer americana, tan consciente de su fuerza social: ella es fascinada por el grande hombre, «the big man», «the leader», no importa de qué profesión, estrella de cinematógrafo, conductor político, jefe de los zapateros de su barrio, etc. En segundo lugar, la mujer ama en el hombre la generosidad, luego la ternura y gentileza de carácter, después la juventud y por último la fidelidad. Una vez que está enamorada, estas condiciones pueden invertirse sin mucho desconcierto para ella, o tal vez muy lógicamente, dentro de las nuevas emociones de su corazón. La mujer, que generalmente, en teoría, exige mucho para amar, en la práctica se conforma con poco, y tiene mayor inclinación a ser fiel que los hombres. Estos, en cambio, dicen contentarse con poco al principio, más esa poquedad los desilusiona y aleja cuando ya la han obtenido.

La mujer ama en el hombre fuerte una superioridad que la enaltece socialmente, pero también entran en este sentimiento otros valores más confusos y más grandes, quizá, como pudiera pensarse de la vaga visión que tienen de una energía vital propicia a las altas funciones de la generación. La mujer piensa instintivamente en función del hijo, y ya se ha afirmado, quizá exageradamente, que el deli-

cioso enigma femenino se resuelve en una oportuna concepción. Lo cierto es que ella es el guardián activo de la especie, y obra, casi siempre, por órdenes de esta suprema entidad, con una certeza de orientación plausible. El grande hombre es para ella, más que un triunfo personal, lo dice la psicología oculta de sus sentimientos, algo que los hombres no conocemos ni remotamente, y que hace a las mujeres más felices que nosotros en esta recóndita manera: ellas, por independientes, audaces y libertarias que sean, adoran la sumisión a algo grande, y con el hombre que les representa esta grandeza hallan una emoción en rendírsele que desafía en intensidad a las más deliciosas embriagueces masculinas. De ahí ese instintivo afán de los hombres por presentarse admirables ante la mujer durante la época del noviazgo, sin peligro de descuidar su conducta en la vida ordinaria del matrimonio, y el constante anhelo de la mujer por ganar todos los días algo en el aprecio de su hombre.



El antiguo pleito de los enamorados de si ama más o no la mujer que el hombre, parece ya dirimido en favor de ella. En ella el amor es una función suprema, es la sustancia misma de su ser, y cuando ama entrega la plenitud de su vida. Empero, es erróneo pensar que el

hombre no pierde nada cuando ama: con esta esencia sutil de la vida, en que el alma y el cuerpo andan confundidos inextricablemente, no se juega sin comprometer el futuro. Mas, ¿cómo negar que la caricia femenina es infrangible, insecable, indivisible en porciones, e inseparable de la totalidad del alma y de la vida de la mujer? Dar aquí y allá pequeñas concesiones, al parecer sin consecuencia, como en ese juego delicioso y ofuscador del «flirt», parecería, a primer examen inocuo, infantil y meramente divertido. Mas nos olvidamos de que el «sí» del amor cubre toda la personalidad, y que si de ella no se disfruta es por carencia de alguna circunstancia parcial, mas no ciertamente de la donación efectiva. El sí de los labios y los ojos es la aceptación del deseo recóndito que encubren con ternura los labios y los ojos, también, es decir, la sumisión y donación espirituales.

Tan íntima es la trama de estos valores que basta ver las consecuencias de las concesiones hechas hasta hoy. Los celos son considerados como una ridiculez añeja; naturalmente la infidelidad tiene que aparecer como de importancia secundaria para explicar lógicamente esa actitud de indiferencia. ¿Y por qué la infidelidad en el pasado sería más grave que en el presente? Entonces la virginidad pasa a la categoría de un mito de los pueblos bárbaros aún, algo como el romanticismo de los cantos

de Himeneo... Y todo esto, que parece un juego de palabras, es, sin embargo, ya discernible en ciertas sociedades como iniciación de una nueva moralidad.

Y tiene alguna importancia ¡vamos! La mujer es un ser delicadísimo que una vez ajado no recobra la tersura inicial. Es un ser sugestionable, también, que adopta las orientaciones que recibe y las exagera grandemente: ¿no la vemos matar como una hiena feroz en las agitaciones sangrientas de los pueblos, y ser heroína de virtudes supremas en las cruzadas del Ideal?

Dentro de lo meramente espiritual, la primera emoción de amor abre las puertas a un mundo desconocido que arroba el alma en mil ensoñaciones y centraliza la personalidad al rededor de un ser. Y cuando en lo material se realiza, hay un choque gigantesco que nadie en su vida puede olvidar jamás; que marca el derrotero de una sensibilidad nueva y de una nueva personalidad, en la cual es factor imprescindible el ser amado o meramente recibido. Y a esto que marca con hierro al blanco un espíritu y una vida, ¿cómo podríamos considerarlo baladí? ¿Cuántas almas enfermas de incurable escepticismo, y cuántas nostálgicas de un ideal secreto, lo son por aquella primera impregnación? De ahí que la mujer coqueta y el don Juan de mundo presenten una real resistencia al amor efusivo y sufran, a su vez, del

desgaste prematuro de la receptividad espontánea de este delicado sentimiento.



Sostener que no se ama verdaderamente sino una vez es una gran necedad. El amor es diferente y tiene su medida. A este ser lo amamos por tal o cual de sus atractivos, que puede despertar en nosotros una adhesión tan intensa que trascienda a toda su personalidad y nos haga perdonarle, y aun amarle, sus defectos. Mas si son dos o tres o muchos los motivos por los cuales le amamos, nuestro amor es, entonces, mayor aún y más duradero. Así vemos, en las confidencias de los que han amado muchas veces, cómo sus distintos amores se han centralizado al rededor de diversas cualidades del ser amado, lo que ellos expresan al decir que aman o que han amado de un modo diferente.

Esto nos lleva a pensar que en un momento dado se puede amar a varios seres, sin que en ello haya contradicción. Así lo enseña la vida, también, aunque esta misma manda, igualmente, que sólo se cultive un sentimiento, pues éste nos conduce a integrar otra personalidad, nos exige un máximo de consagración. Si aceptamos, como parece ser ley natural, que el amor forma de dos organismos y de dos conciencias una más completa personalidad, es justo, y nunca podrá decirse de ello que es in-

genuo y tonto, es justo que para completar nuestra personalidad solicitemos algo muy valioso y lo menos desviado posible de nuestro ser. Ahora, lo que más desviaría a un ser amado de nuestro propio ser sería el que se impregnase o estuviese ya impregnado de seres extraños, provistos de otra sensibilidad, de otra emotividad, de otro pensamiento, de otro «sabor», por decirlo así, con palabra más ruda y comprensible.

Esto es tan natural que se hace instintivo, y en los seres que aman profundamente, después de haber tenido algunas otras impresiones, por honorables que ellas sean, existe un constante fastidio de aquellos recuerdos, un malestar que, independientemente de la previsión de los celos que esa experiencia anterior pueda causar en el ser amado, es realmente depresivo del ánimo y aun de la personalidad, es humillante, porque lesiona el nuevo sentimiento, tan altamente apreciado, y se considera como un robo anticipado de las nuevas emociones. Así, por ejemplo, toda mujer que ama después de naufragar un poco en este mundo, aun dentro del matrimonio, daría algo de su vida por presentar a su verdadero amor el tributo de su virginidad. Los que sostienen la inocuidad de la experiencia amorosa anterior no han conocido, tal vez, la diferencia formidable de una primera emoción de mujer comparada con otra que, por sincera y grande

que sea, es ya segunda en serie; ni han apreciado, quizá, el sentimiento de gratitud y responsabilidad, de ternura y de fe que ello aporta al espíritu del hombre. La mujer, que es más sabia que nosotros en el amor, lo adivina así, y tiene en esos casos frases discretas y aun simbólicas para hacernos creer que la primer caricia que nos dió fué la primicia dentro de su alma, también, no importa la serie a que corresponda en su experiencia anterior. El mismo hijo de un ser que no se ha amado produce en la mujer un recóndito malestar, y la sorpresa de mil y mil residuos de la otra personalidad es un secreto, aun inconsciente, que la desconcierta y aflige, y en un momento dado, en un instante supremo, quizá, recorta o paraliza las más gratas efusiones. Estas son sutilezas del alma, veladas reacciones que nunca se dicen, pero que tienen una actuación eficaz en nuestras vidas.

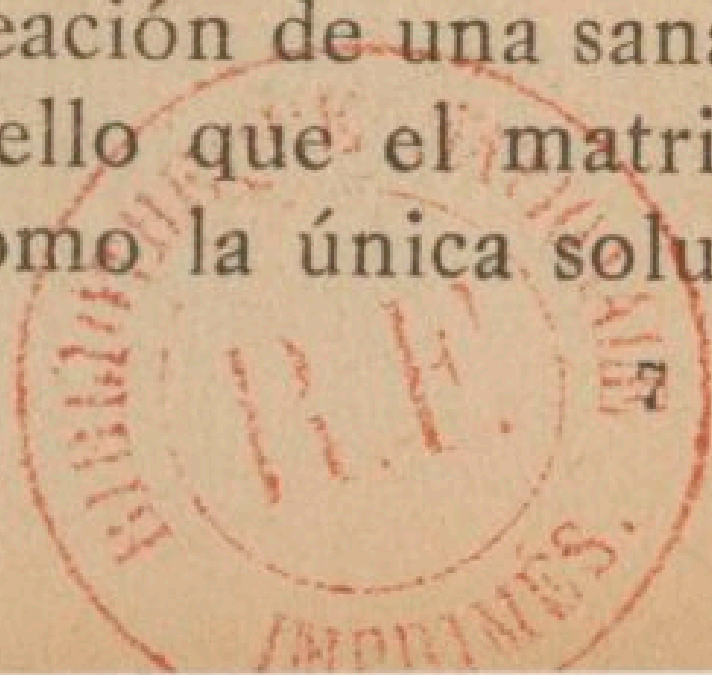


Parece que el amor, como fenómeno psíquico, sea igual en el hombre y en la mujer. Lo fundamental en él, la atracción procreadora, las emociones que le acompañan y la ideación que determina, son sustancialmente idénticas. Sino que la situación social y la función vital de los dos sexos crean una gran diversidad en el modo de manifestarse. La actitud de recep-

tividad hace de la mujer el ser aparentemente tímido, pudoroso, cauto y reservado que conocemos, mientras que el hombre es más dramáticamente audaz y expresivo, más exaltado en el anhelo y la conquista, y menos valeroso en afrontar las consecuencias. Se ha hablado de la capacidad de engaño de la mujer con grande injusticia, pues el hombre es muy superior a ella en el mentir amor y en ocultar la infidelidad, en todo lo cual tiene una tan superabundante experiencia, que sólo por su enorme vanidad sexual se deja descubrir a veces. Y no de otra manera pudiera ocurrir, pues la mujer, como más íntimamente responsable ante la especie, es conservadora, tradicionalista en moral, en cuanto pueda darle un hijo o defenderse de la adversidad de la vida. Ama, eso sí, los pequeños detalles del amor y los solicita siempre, cariciosa y gentil: quisiera ser eternamente novia, recibir un beso a la despedida y un diminuto recuerdo, siquiera, de su hombre al regresar. Y ¡ay! del que la olvida, porque ella es reina y su reino... es el del amor.

★★

Por todo ello puede afirmarse que el amor libre, en cuanto entrañe fácil mutación, es poco conveniente para la creación de una sana personalidad. No significa ello que el matrimonio deba ser aceptado como la única solu-



ción en su forma religiosa e indisoluble. Quiere solamente decir que el amor es más sagrado de lo que va siendo hoy día, y que debemos darle todos sus derechos, si no queremos sufrir su venganza ineluctable.

La vida moderna nos ha traído otro grave problema inquietante: ¿hasta dónde el hijo consolida nuestra personalidad y, sobre todo, hasta dónde confirma el amor? La naturaleza responde que todo cuanto lo rehuye deprime nuestro sistema nervioso, rebaja los sentimientos y trastorna gravemente la emotividad. En verdad, una mujer no es nuestra ante las leyes de la naturaleza mientras no sea la madre de nuestros hijos. Y las mujeres que los tienen de un hombre no amado comprenden hasta dónde es suprema e indisoluble esa cadena de la especie que vierte en su sangre nuevos fermentos de vida, y en su alma nueva e indeclinable orientación. Hay algo que engrandece y fortifica sobre todas las cosas al ser humano, es la conciencia de una responsabilidad. No hay educación, disciplina o consejo que iguale en eficacia al sentimiento de protección que ella despierta en nosotros; y así la vemos desarrollar audacia, fuerza efectiva y tenacidad invencible. Sobre todo, tiene un efecto meritísimo, que es el de precisar nuestra orientación y, por lo tanto, serenar el espíritu. El que tiene un hijo del ser amado comprende que «ha llegado» en la vida. Los otros senderos de la felicidad

humana pueden ser tan gratos y convenientes como se quiera, mas nunca pueden dar la sensación de un reposo final: tienen la embriaguez, a veces deliciosa, de la tendencia, mas no aportan esa augusta magnitud del espíritu que se llama serenidad. De ahí que con el tiempo se habrá de reaccionar contra ese maltusianismo exagerado de esposo, esposa y animal consentido, y los hombres reclamarán, como suprema retribución, el placer de procrear un hijo. No es que ya nadie piense en continuarse personalmente a través de las generaciones, pues harto sabemos hasta dónde nos son extraños nuestros antepasados en su individualidad, sino que es el secreto de un devenir de la naturaleza que nos manda no detener la vida y nos retribuye con emociones casi inefables el haberla continuado.



De ser cierto todo lo anterior, como aparece en una meditación sincera, hay que deducir que la familia continuará siendo la célula social por excelencia; y que ningún comunismo ni desviación sexual, ni embriaguez hedonista, lograrán destruirla. Porque se pueden imaginar una decena de relaciones sociales en que el matrimonio cese de ser lo que hoy es, y aun aislar por un esfuerzo de análisis los sentimientos heredados que lo defienden dentro de

nuestra conciencia, y encontrarlo, sin embargo, irreemplazable.



Existe, también, alguna relación estrecha entre la institución familiar y la propiedad, al menos en su forma más sencilla y útil de casa de habitación. En el movimiento económico contemporáneo la posesión de una casa es casi imposible en los grandes centros por lo alto de los valores que, colocados en distinta forma, dan mayor rendimiento, por el alza de los impuestos urbanos, además, y por la inestabilidad de la vida que nos lleva de un punto a otro, según las exigencias del trabajo.

No se puede negar, sin embargo, que la casa propia constituye uno de los elementos importantes de lo que fué en su origen, y de lo que hoy tiende a suplir, el hogar. Demasiado arraigado en el corazón del hombre, el sentimiento de propiedad añade un encanto a la vivienda y contribuye a que la dotemos de mayores comodidades, le demos el sello propio de nuestra personalidad, y nos devuelve, por su parte, una tranquilidad en la previsión de nuestras dificultades económicas.

Esto lo han comprendido los gobiernos, y por eso se esfuerzan en fomentar la formación de barrios nuevos al rededor de las ciudades para hacer posible la adquisición de inmuebles

baratos aun a las clases más desvalidas. La mujer, sobre todo, núcleo espiritual de la propiedad primitiva y gran fomentadora de la ambición del hombre, pues que para ella, al fin y al cabo, buscamos la riqueza, y el niño, que al abrir los ojos a la conciencia de la vida, cree que todo es suyo o de su padre, y cuyo espíritu maltratan las incesantes limitaciones que le impone el derecho ajeno, necesitan de un hogar propio, con un diminuto prado y un árbol, siquiera, para la comunicación con la naturaleza, irremplazable siempre en la formación o cultivo de algunos sentimientos. Privar a la mujer de sus flores y al niño de los árboles frutales es cortar muy de plano nuestra conexión con el remoto pasado del hombre y sus más queridas emociones. A reemplazarlos tienden, es verdad, para ella, su sala de recibo, para él, su cuarto de juguetes, éste último elevado a la perfección en pueblos, como Alemania, en que el niño recibe una máxima atención. Pero la naturaleza regocija a los niños de muy diferente manera, más sana y ampliamente, con mayor efusión y un no sé qué de audacia, de uno como principio de creación que no engendran nunca los juguetes alineados entre cuatro muros.



Y esta educación del niño, alma de la familia, va trasformándose, también. El Estado ha

comprendido que no puede abandonar al azar de felices circunstancias familiares la formación de sus ciudadanos, y hoy asume caracteres de tutor inflexible en algunos países, dejando entrever que con pocos años más los padres y el hijo tendrán muy discretas relaciones. Si tomamos el máximo de modernidad, un niño criado por el ama, llevado al jardín de infancia a los tres años, luego a la escuela pública, al liceo y a la universidad o al taller, se comprende que su formación sentimental sea un poco fría, además de uniforme, con un tipo común, anodino, quizá, para el bien y para el mal.

El Estado tiene razón en este esfuerzo, porque un término medio cultivado oficialmente, aunque sea frío e impersonal, vale más que la enorme proporción de desvalidos moral y materialmente que el pauperismo conduce por mala senda. Sólo que es preciso apreciar, también, la mayor eficacia de una educación familiar bien conducida, el calor de nobles sentimientos que ella puede engendrar, la cohesión afectuosa y la gratitud del hijo para con sus padres, y el sano orgullo de éstos de ver surgir en él las virtudes que ellos aman o quisieran cultivar: el corregir, quizá, en esa prolongación de su ser, los errores por ellos cometidos o el fomentar los triunfos que no pudieron, desgraciadamente, adquirir.

Tampoco es bueno aceptar que el problema

se resuelve así, tan fácilmente. El está en la raíz de una de las tantas causas que ponen en crisis la institución familiar contemporánea, y exige una máxima cordura en su solución, que quizá no sea ni pueda ser uniforme para todos. Cuántas veces hemos visto hijos afortunados que reciben en tierra extraña una instrucción ventajosa aparecer luego desconectados de su hogar y de su patria, y quedar siempre rebeldes ante sentimientos hermosos e indispensables a una personalidad bien constituída. El niño forma a determinada edad sus sentimientos filiales; a otra, un poco más avanzada, su adhesión a la patria; a otra, posterior, su conexión social. Romper uno de estos ciclos es dejarle moralmente incompleto y desadaptado. Mas también se encuentran casos, y son los más frecuentes, en que el niño, cultivado como una planta de invernadero, al tibio calor de las caricias del hogar, aparece más tarde egoísta, estrecho de ideas y desorientado dentro de su generación. En este movimiento social y político contemporáneo hay una tan vertiginosa aceleración, que de padres a hijos las distancias son enormes, y una educación estrictamente familiar puede ser peligrosa, también.

Estas pocas anotaciones nos indican cuánto ha cambiado y cuánto puede aun cambiar la constitución de la familia. ¿Qué nos queda de aquella institución a la manera china o romana

o a la manera medioeval, en que las generaciones se sucedían ligadas íntimamente por un nexo de consanguinidad que entrañaba sentimientos y responsabilidades, derechos y obligaciones irrenunciables? Poco más, ciertamente. Hoy el hombre es hijo de sus obras, dice el adagio que está en los labios de las multitudes. El abuelo es como un ente lejano, apreciable por sus cualidades propias, independientemente de un parentesco que es, apenas, contemplado en funciones legales o religiosas; los primos y tíos a veces no se han visto nunca; y los hermanos, aventados por la vida a los cuatro puntos cardinales a menudo, distanciados por rivalidades económicas y preocupaciones desemejantes, no alcanzan a ser amigos casi nunca, y dejan pronto de ser camaradas.

Reducida así al núcleo natural, animal si pudiéramos decir, de padres e hijo, la familia no alcanza a desarrollar hoy su programa de otros tiempos, en que había un espíritu de sacrificio personal en pro de su continuidad y perfeccionamiento.

El Estado mismo, al elevar los impuestos sobre la herencia y al tomar para sí al hijo, da el golpe más serio a esta institución, con razones tan poderosas que más que desconcertarnos nos afligen al pensar en lo útil que ella es al corazón humano y en lo bella que ha sido hasta hoy. Muy principalmente el socialismo,

en su corriente normal y, sobre todo, en las formas políticas exaltadas de sovietismo y comunismo, se muestra adverso a cultivar el sentimiento familiar; y todo parece indicarnos que habrá de reducirlo a muy poca cosa, por que está en el orden de la vida contemporánea el que así vaya sucediendo.

Lo que esto puede trastornar a la humanidad no lo sabemos todavía. El matrimonio y el hijo desahogan nuestro espíritu de algunas preocupaciones que pueden hacerse conflictos patológicos si las descuidamos: hay una angustia en la restricción de nuestras ideas, deseos y emociones, que los célibes esconden, previsiva o pudorosamente, causándose a veces serios trastornos mentales, volitivos o afectivos. Una incesante restricción que afecta, también, como el silencio obligado de las prisiones antiguas, la expansión intelectual, el robustecimiento de la ideación y, sobre todo, su ponderación. En el seno del amor libre, por más intenso y puro que sea, siempre falta la confiada donación «íntegra» que en el matrimonio constituye la unidad de dos seres, la espiritualidad de dos naturalezas.

El mundo, conjunto de seres y de cosas, rodea y agita por tal modo nuestros sentidos que el yo apenas figura en la conciencia como un vigía afanado que el turbión de sensaciones y tendencias lleva constantemente fuera de sí. Mas en el silencio de las noches, al despertar

alejados de toda sensación, el yo surge en lo que es, un punto luminoso que nada en las olas infinitas del mundo, tan desvalido y solo como una unidad imperceptible, aunque agitada y consciente. La familia, la sociedad y el mundo nos hacen compañía y nos dilatan y acrecen con su asociación para no dejarnos ver la exigüidad de nuestra realidad íntima: nos ayudan, en cuanto nos apoyan con su presencia y nos comunican con el mundo, haciéndonos más extensos y oscureciéndonos la contemplación de nuestra sustancia efectiva. La pequeñez de ese yo ante su conflicto con una infinitud en espacio y tiempo es la tragedia y el origen de la filosofía; su relación con el mundo externo protector y social es lo apolíneo, lo hedonístico, origen del arte y de la vaga complacencia del vivir cotidiano.

A la destrucción de las religiones, siguió la de las filosofías, la de las ciencias y, aun la de la misma posibilidad. El hombre del siglo XIX destruyó tanto que se encontró al fin solo y tuvo miedo. Comprendió al fin que el mayor tóxico espiritual es su propio yo en cuanto se aísla. Tuvo miedo y se entregó al mundo exterior: danza, sociedad, viajes, cinematógrafo, etc., para esconder, para disipar su yo. La danza que embota su pensamiento, y las matemáticas, último refugio en el naufragio de sus convicciones, son hoy su más preciada compañía. Mas la intranquilidad persiste aún, y el

hombre del siglo XX vuelve a afirmar, a crearse un mundo espiritual, comenzando, es verdad, por cosas ingenuas mientras halla una nueva filosofía o religión que sea hija irrepudiable de su ideología actual. La conciencia humana es un punto de interrogación entre dos enigmas, el misterio universal que nos rodea y el misterio de nuestro propio ser. Qué somos nosotros, he ahí la psicología y la biología en general; qué es el mundo, he ahí, por otra parte, la cosmogonía y cuantas ciencias tratan de la constitución íntima de los seres. Nada nos ofrece aún los datos incontrovertibles de nuestra aspiración a la verdad, ni tan siquiera orienta nuestro espíritu por rutas promisorias de un éxito feliz. La acción suple mientras tanto, aunque ello sea infantil de suyo, a nuestra inquietud y anhelo indeclinable de descifrar lo arcano. Pero en lo íntimo de nosotros hay algo que siente una inefable relación entre el mundo y el yo, entre el tiempo y la eternidad, entre la vida propia y el devenir de los seres; y ese sentimiento cargado de augustas emociones raras trata de explicarse, de sustentarse en algo para dar a la humanidad una nueva fe, y debemos ir abriéndole paso en nuestro espíritu.

Realizamos placeres, amistad, amor, afectos, política y aun, a veces, un poco de gloria, ejerciendo nuestro instinto de sociabilidad; y en cambio, cuando el espíritu se retrae dentro de

sí mismo es como un cuerpo que no se alimenta, consume su propia sustancia y se intoxica. De ahí se desprende una previsión interesante: socializados en castas se han estancado los pueblos de oriente; socializados en «célula» individual, como parece ser la tendencia de la cultura occidental, puede estancarse nuestra inquietud, base del anhelo, de la ambición y de sus consecuencias los descubrimientos científicos y el progreso general.

Y, yendo más al fondo del problema, tenemos que pensar que el hijo representa algo más que un instinto específico y una responsabilidad agradable. Tiempo llegará en que los hombres se debatan ansiosamente por obtener del Estado el permiso de procrear un hijo, porque renunciar a él es romper una cadena de tradición vital, una línea de fuerza que recibimos de los abismos de la creación, y a la cual nos enlazó nuestra existencia en esta misteriosa manera de ser que somos, y renunciar a continuarla con el sello de nuestra modalidad personal que indudablemente trasmitimos al hijo. Es como un suicidio de la especie en nosotros. El amor infinito que por nosotros tenemos se rompe ahí y desgarra en su ruptura misteriosas potencialidades de nuestro ser espiritual y fisiológico, de esta virtud generadora, tan compleja, tan fuerte y misteriosa. Y a esa limitación de procrear hemos de llegar, porque los recursos de la tierra no son inagotables,

sino, antes bien, escasos ya; apenas disponemos de unos trece mil millones de acres sin cultivo, y ellos en regiones de difícil labor, y cada año necesitamos aumentar los cultivados a la rata de cuarenta millones. En las condiciones actuales la humanidad no podría pasar de ocho mil millones de población, cantidad a la cual se llegaría muy pronto en la proporción del crecimiento actual y del que la higiene y la medicina pueden aun garantizarle.



Es conveniente considerar el ciclo evolutivo de la familia, su ascenso, prosperidad y degeneración, como algunas veces se ha propuesto, aunque hoy tienda a predominar una eugenesia en función meramente social. Es un delicioso estudio, rico en informaciones prácticamente utilizables, mas confuso por extremo y propicio a una mera divagación de la fantasía. Se ha observado como un cansancio en los nobles elementos que han producido la superioridad de las grandes familias, puesto que las vemos ondular socialmente, a veces colocadas en altas posiciones, confundirse luego en el anonimato común para dar de sí, más tarde, alguno que otro vástago de vigorosa personalidad. El «folk-lore» de todos los pueblos tiene adagios que han consagrado esta fluctuación, para los ricos, por ejemplo, y la historia de las

monarquías parece confirmarlo así. ¿Es que se fatigan los gérmenes y necesitan volver a la masa anónima y al contacto de la tierra bruta, con todas sus luchas consecuentes, para cobrar nuevo vigor? ¿Es, en pequeño, el ciclo de las naciones, o es una mayor escala del ciclo individual? La ciencia parece inclinarse a atribuir este fenómeno a perturbaciones corregibles. Ella misma ha hallado una longevidad extraordinaria en todo plasma vivo cuyo medio de nutrición se mantiene fresco y puro, y naturalmente da a esta condición un valor de prueba. También ha sorprendido la causa del deterioro de las grandes familias en el vicio, la enfermedad o la incuria de un sano empleo de la vida. Conoce, además, la influencia degeneradora de la mezcla con familias atacadas de desequilibrios heredables, como perturbaciones del sistema nervioso, cuya trayectoria ha podido en veces discernir a través de varias generaciones.

Un cultivo de la familia, no sólo en su educación social, sino, también, en su vigor genético, es aceptable y conveniente, puede aun autorizar una vigilancia del Estado en cuanto a la salud de los cónyuges y el divorcio, cuando ocurra el disimulo engañoso de graves perturbaciones que hagan posible una nueva generación enferma. Exige, también, la reinstalación del viejo sistema profesional de médico de familia, hoy casi extinguido, al parecer contra

toda conveniencia. Demandar el divorcio por enfermedades ocurridas en el curso del matrimonio sería una crueldad injustificable. Pero procrear hijos y arruinar una hermosa vida con un ser que aporta un fracaso a la generación es un caso contemplado vagamente por las religiones cuando anulan los matrimonios consanguíneos. ¿Por qué no hacer, pues, la extensión de este principio a lo que está mejor probado que la sola consanguinidad como perturbador de la herencia bondadosa? El código civil admite esta justicia en lo económico cuando distribuye por mitades la riqueza de los cónyuges, si fué acumulada durante el matrimonio. Así, pues, una enfermedad adquirida durante él ha de compartirse por ser imposición del azar adverso, como se comparte la buena fortuna; no así la que se trae y pudo denunciarse a tiempo. Y si ésta fuese aceptada conscientemente, ¿qué puede hacer el Estado? No parece que haya una certeza suficiente en el conocimiento de la vida y de sus leyes para una imposición categóricamente adversa. Mas todo esto hace evidente la necesidad de un hábil consejero, bien informado de la ciencia y amigo de la familia, dotado de un sano interés, consejero que no es fácil encontrar, en este sentido, fuera de la profesión médica, y que antes representaba, favorablemente, el médico de hogar.

El problema de procrear un solo hijo, como es hoy día la imposición económica general, tiene complicaciones que no son fáciles de resolver. El primogénito es un producto de desorden, agitación pasional, emociones nuevas, cambio de medio ambiente, esfuerzo de adaptación a una vida que limita nuestra vida y la reforma, etc.; todo lo cual hace de este hijo un producto de relativa debilidad nerviosa. Parece, asimismo, que con los años y la gestación de los hijos la conjugación de los gérmenes que han de constituir el nuevo embrión se haga más armónicamente. No hay manera de presentar una estadística utilizable sobre la frecuencia del genio en las familias numerosas, pues hay tantos que no tienen oportunidad de surgir al mundo, y la naturaleza suple de suyo a tantas faltas que nosotros nos imponemos, que no hay cómo resolver estas cuestiones. En las familias numerosas, sanamente criadas, se entiende, sin agotamiento materno o pobreza aniquiladora, parece más propicia la aparición del genio. Este necesita, en verdad, de múltiples circunstancias favorables: ya el pueblo ha dicho que la necesidad es madre de la industria, y ello nos recuerda que sin cierto excitante de nuestra naturaleza el genio no surge a la actividad. Es el caso de los pueblos arios, empujados a la conquista del mundo y de la ciencia por una inquietud que desarrollaron sus necesidades

aborígenes; y el caso, también, del llamado pueblo judío que, presa de otra no menos angustiosa inquietud, se lanzó a la conquista del mundo económico y se da a todas las preocupaciones de la cultura con una actividad que nos desconcierta y maravilla. Muchas veces encontramos, también, hombres superiores dormidos en la inercia, ahogados por la incuria de una holgada situación personal. Al estímulo formidable de la necesidad se añade otro más grande aún, que es su hermano en alguna manera, la responsabilidad, pues ésta añade a aquélla algo de un orden moral que la hace superior. Las necesidades, en efecto, pudieran sufrirse por renunciamiento voluntario a satisfacer sus exigencias, mas la otra es espiritualmente irrenunciable al fin. De ahí que si la necesidad es madre de la industria, aquesta pudiera llamarse, a veces, madre de la personalidad e incentivo del genio.

Estas dos condiciones propicias para la aparición del genio en la familia numerosa están contrarrestadas por la carencia de oportunidad para surgir que un esfuerzo por la vida netamente material le puede imponer y, sobre todo, por la carencia de preparación adecuada a su buen éxito. Así es que vemos centenares de niños mostrarse superiormente dotados en su actividad escolar y, superándonos a nosotros en muchas capacidades, quedarse, no obstante, a la vera del camino y disolverse al fin en el

medio social anónimo. Esto es un grito de angustia que el pedagogo inteligente lanza hoy en todos los países cultos. Estamos desperdiçando una riqueza mental superior a todos los tesoros que codicia el corazón humano. Y es la verdad. Echamos al muladar el diamante bruto del genio impreparado y nos sorprendemos de la gran pobreza intelectual de los pueblos más nombrados de la tierra, víctimas ellos de conductores espirituales que surgen de la audacia afortunada y del capital omnipotente.

De todo esto se desprende que hay necesidad imperativa de establecer una selección del genio. Una selección que comprenda la contribución que a él deba aportar la familia, ensanchando un poco la procreación de los más aptos, y limitando—a esta pseudo-inmoralidad llegaremos muy pronto—limitando la reproducción de los desechos sociales que crece y crece ante el maltusianismo de los mejor dotados de una manera que conduciría fatalmente a una catástrofe de la especie humana, si no hubiera, como sí lo hay, un instinto social de previsión.

La ciencia investiga con mirada escrutadora este complejísimo problema. Quizá mañana nos permita cambiar un poco todo el andamio de leyes que hemos heredado de una cultura asentada sobre bases de la adaptación espontánea y del tanteo, este código civil y este código

penal, por ejemplo, que en mucha parte de sus disposiciones revelan una barbarie siglos hace ya desaparecida; cambiarlo, un poco siquiera, por algo más armónico con las necesidades de este mundo de hoy, gigantescamente distanciado del que conocieron nuestros padres.

En lo antiguo el hombre selecto podía reproducirse más. En los tiempos actuales la balanza ha cambiado, y es el indeseable el que más se reproduce por falta de control, de orgullo de su «standard» de vida y de moralidad. Se necesitan cuatro hijos para sostener las buenas familias. Con tres, el término medio actual en algunos países de Europa, a las seis generaciones se habrán reducido a la mitad; mientras que la rata de crecimiento del pueblo bajo, que es de un treinta por mil, lo habrá aumentado en catorce veces. Antiguamente la mortalidad de los inferiores, y la acción benéfica del campo sobre la especie en general, equilibraba en mucho este desnivel. Mas hoy, cuando el Estado vigila la higiene y reduce la mortalidad a diez o doce por mil en los países cultos, el problema se hace gigantesco. Estudios de psicología experimental anuncian la existencia de un cuarenta por ciento de individuos cuya inteligencia es inferior a la normal en países tan privilegiados como la América del Norte. De este bajo fondo surge la mayor delincuencia y, desgraciadamente, la mayor reproducción de la raza. Si tales cosas son

así, como lo parece, en pocas generaciones la imbecilidad se apoderará del mundo, y hará regresar al hombre al tiempo de las cavernas, sin la esperanza que aportaba entonces el vigor primigenio de los trogloditas.

Este problema de la involución de los pueblos no es el producto de la mera fantasía de una ciencia diletante. Ya ha habido suficiente historia que nos indica hasta dónde son cruelmente inapelables las decisiones de la vida. La infinita angustia de los pensadores españoles, que en estos cien años, en los últimos cincuenta, sobre todo, se debaten infructuosamente contra los vicios de su organización política, son un ejemplo doloroso. Este pueblo privilegiado sustrajo a la procreación la audacia de sus guerreros y conquistadores, lanzados por el mundo, y la inteligencia de sus varones más ilustres, aherrojándolos en el claustro o bajo el dorado cilicio de las mitras, y durante largos siglos sacrificó individualidades rebeldes contra la Iglesia o el Estado que tal vez aportarían a la raza un refuerzo de vitalidad y de carácter, sabiendo hoy nosotros que la inteligencia superior existe apenas en un débil porcentaje de la población en todas partes, y no parece aventurado pensar, en consecuencia, que sus mayores contratiempos le vengan de esta causa biológica ineluctable. ¿Acaso dos siglos de dolor que este gran pueblo ha padecido no nos prueban algo?



La segunda etapa de selección corresponde a la escuela y, dentro de su acción, a la psicología. Ya surge, necesariamente confuso y vago todavía, el estudio de las vocaciones, la orientación profesional y el apoyo de los mejor dotados, como una promesa de que la humanidad no está gravemente loca aún.

La universidad va apoderándose de la dirección técnica del mundo. Ligada, por un lado con la industria, para fecundarla a la vez que recibir de ella un apoyo material importantísimo, se ligará, también, a la política de los pueblos, y contribuirá a salvar sus instituciones sobre una nueva base de selección, la selección técnica.

Si miramos a la historia, percibimos que el mundo ha venido siendo gobernado por oligarquías: aristocracia guerrera, aristocracia clerical, aristocracia feudal y cortesana, aristocracia capitalista. Ahora viene otra aristocracia, la universitaria, la técnica, que si lograre no ahogar las iniciativas espontáneas del genio de los pueblos, es decir, no enclaustrarse en regímenes cerrados, rituales y exclusivistas, como puede ocurrir, aportará un progreso enorme a la felicidad humana y al idealismo. Al enfrentarse socialismo y capitalismo se debilitarán mutuamente y ganará en fuerza la tecnocracia y, por lo tanto, la universidad, su

madre más legítima y fecunda. ¿Hasta dónde es esto ya una realización? Mirad a la faz de los pueblos y decid si cada uno de ellos no se expresa, racial y culturalmente, en el desarrollo que van adquiriendo sus universidades.



En todas estas reformas sociales que interesan a la familia la mujer toma una participación cada día más grande. Es justo abrir las puertas a su actividad propia, y no sólo en el orden político, sino, también, en los campos en que su índole peculiar, su psicología, encuentra más armónica actuación. Se ha discutido largamente sobre su capacidad mental, y el problema se embrolla en los pormenores, porque nos alejamos de plantearlo en sus líneas fundamentales. Nos olvidamos de que una comparación no es justa cuando se trata de fuerzas que tienen aplicación diferente; el agua de las cataratas que mueve turbinas gigantes y capta energía para iluminar ciudades o poner en movimiento una enorme industria puede ser tan caudalosa como la que riega y fecunda mansamente los campos, y no por notoria y sublime la primera podría decirse que es más eficaz que la segunda. Así, la actividad del hombre puede, represada por el anhelo, como el agua, subir hacia alturas ideales o, en el brusco desnivel de las necesidades, ser ener-

gía industrial. La mujer, en cambio, tiende al ejercicio de actividades más discretas, como la felicidad del hogar, la crianza de los hijos y la previsión de mil y mil pequeños escollos de la vida. Tiene una visión certera para hilvanar y desilvanar la trama menuda de los acontecimientos que tejen nuestro vivir cotidiano, de donde le resulta ese don de consejo oportunísimo que la distingue. Ella ve en el espacio y en el tiempo inmediatos muchas cosas importantes, a veces definitivas, que nuestra preocupación de las grandes magnitudes, de la distancia y del futuro, no nos permite contemplar. En todo esto ella ha adquirido una grande finura mental, una como adivinación instintiva, a la manera de esa otra que hace que, aun estando alejada de su hijo de pecho, le advierte cuando él sufre. Posee un don de observación paciente que la capacita para interpretar a su hombre, a su hijo y a sus relacionados con una psicología invencible, producto del examen cuidadoso de los gestos, las palabras, las inclinaciones más leves, y al parecer fugaces, que expresan inconscientemente nuestra personalidad. En ello se anticipó a la psicología experimental contemporánea en unas cuantas decenas de siglos. Ella sabe de memoria y en secreto por qué a su hombre se le enrojece una oreja, le tiembla un párpado o toma de determinado modo la taza de su desayuno y, con una sutileza de acción suya propia, previene

una pena o adivina un conflicto. De ahí que, a poco más, seamos siempre en sus brazos como niños inermes, nosotros los preocupados de las grandes magnitudes y del más allá.

Es indudable que hoy por hoy conduce ella el mundo por una pendiente de superficialidad con sus modas, sus danzas y su loco afán de hallar el interés de la vida en una incesante mutación de pequeños fines. Mas de ello tenemos nosotros la culpa grandemente, pues la hemos privado de lo único que enseria y engrandece la persona, que es el sentido de la responsabilidad. Tal así, por ejemplo, la mujer derrocha todos los caudales del mundo que no sean suyos, mas miradla cómo economiza sus pocos centavos y discute largamente cuanto atañe a los dineros colocados bajo su custodia y responsabilidad. Sólo en un caso es ella generosa y espléndida más que el hombre, y es cuando regala a su amor. En lo cual se muestra bellamente femenina, puesto que para el alma de la mujer hay dos mundos aparte, el amor de un lado y, del otro, algunas cuantas cosas de menor importancia, como el universo, la vida eterna, la sociedad, etc.

Esto nos conduce a meditar si este momento de nuestra cultura es de índole y tendencias femeniles, ya que los pueblos que guían la civilización contemporánea están muy sujetos a la mujer. Quizá haya un error de interpretación entre hombres y mujeres en el mundo

actual. Ellas aparecen como creen que pueden agradar más al hombre, y éste las acepta así por complacerlas, a su turno. En el fondo unas y otros están desorientados por falta de una palabra de explicación. La mujer ha visto a su hermana viciosa atraer a los hombres, y se esfuerza por remedarla para no perder su dominio, porque ella no distingue hasta dónde son superficiales las donaciones del amor convencional, y teme verse suplantada para siempre, sin comprender que esos amores, que esas mujeres, pasan al lado de la vida del hombre sin el sagrado posesivo «nuestras», sólo capaz de meterlas dentro del alma; que esas otras son pomos vacíos de una esencia refinada que ya se evaporó y no nos presentan sino el apagado perfume de lo que fueron o una elegante ostentación de deporte y comercio fugaz. A su vez, el hombre que encuentra más asequibles todas las mujeres en un mundo de deliciosa promiscuidad y audaz independencia sigue creyendo que su mujer será una excepción indiscutible y, errado en su ilusión, la entrega al mismo mundo de que la cree triunfante y alejada.

Es muy posible que si nosotros dejásemos a la mujer legislar un poco más, determinar ella la moda y gastar su dinero, nos harían el mundo más tranquilo y ordenado. En todo caso, sería prudente ensayar en la legislación el darles una capacidad de disposición de los

bienes matrimoniales por igual que al hombre, como miembros de una sociedad en comandita que son.

En la cultura contemporánea va desapareciendo la hegemonía del hombre y las grandes preocupaciones de su mentalidad, mas no para ser reemplazadas por la visión pragmatista y sesuda del instinto femenino, sino por un estado caótico de falsa feminidad que la sensualidad masculina ha creado dentro de la sugestividad de la mujer. Ella se va imponiendo, pero no conforme a lo mejor de su naturaleza, sino según la zarzuela de necesidades que nosotros le hemos hecho adoptar, y que en el fondo no amamos ni respetamos sinceramente.

Tenemos entre nuestras manos el donativo maravilloso de un espíritu modelable, un mármol de perfecta blancura y delicada transparencia, dócil en aceptar las formas más armoniosas, que es el alma de la mujer, y tal parece que lo estamos convirtiendo en mezquinos abalorios de feria.

Es justo detenernos y reaccionar. Reaccionar dentro de la familia. El siglo XX ha traído un mensaje social que vale mucho, y que pudiéramos definir en sus tres líneas fundamentales de mejor salud dentro de la higiene corporal, más franqueza en las relaciones de los dos sexos y un alto y justísimo concepto de la alegría. Es preciso acogerlo y depurarlo en lo que ese mensaje tiene de más noble orientación,

sobre todo dentro de la familia y del amor en general.

El amor es una gigantesca preocupación de todos los seres, y cuando no se satisface sabiamente «se come el espíritu», absorbe todas sus horas, desorienta la ideación y paraliza la voluntad. Como máquina de trabajo, el pensamiento es muy pobre, difuso, desnivelado, desviado a cada instante por locos impulsos exteriores e internos. En la familia halla la serenidad mayor que es posible darle por el momento, en la manera actual de sus funciones, y de ahí, de esa su contribución a la serenidad y engrandecimiento del individuo y de su prodigioso valor social, la familia cobra su derecho indiscutible a ser cultivada y enaltecida con esmero exquisito y una máxima atención.

ine
mi
rit
ser
pa
du
di
un
nu
cio
me
lar
rio
la
gra
aut
lid
toc
var
bli

LA SOCIEDAD

Innegablemente la sociabilidad es una fuerza ineludible. Ella nos sujeta a realizar con gusto mil esfuerzos que en el fondo de nuestro espíritu calificamos de necesidad, cuando no de insensatez. Tal así este afán de escribir de que padecemos los hombres del siglo XX. La producción libresca de un solo país en un solo año, digamos Inglaterra en 1923, requeriría más de un siglo de lectura. Francia produjo en 1924 nueve mil libros, fuera de folletos y publicaciones periódicas. ¡Y pensar que en esa enorme producción como en cualquiera otra similar, no se encontraría un solo concepto superior ni, quizá, una interpretación original de la experiencia cotidiana!

Es, pues, una enorme producción consagrada a un olvido irremediable. Los mismos autores que triunfan e imponen su personalidad a un medio ambiente cualquiera o aun a toda una época en un ambiente universal, se van borrando poco a poco del escenario público, y algunos años después de su victoria

resonante son extraños a las nuevas generaciones. Es la bancarrota de la prodigalidad. Mas asistimos, también, a una bancarrota de la fama. Al recorrer las calles y parques de las grandes urbes vemos a diestra y siniestra estatuas, bustos, placas conmemorativas de mil y mil glorias que fueron y que ya sólo el diccionario enciclopédico sabe distinguir. Representan el doloroso anonimato del mármol y del bronce. Por evitarlo los pueblos se dan, con un afán ingenuo, a la tarea de custodiar la memoria de esas pobres notabilidades que devora el tiempo, y fundan sociedades con el nombre propio del agraciado para difundir su obra, preconizar sus enseñanzas, mantener pura y auténtica su tradición. En cada ciudad capital hay cincuenta o más de tales pías instituciones, y en cada aldea una al menos. El monumento a X..., la biblioteca Y..., la academia Z.Z. Agotado el mérito de las academias en su fácil multiplicación y selección dudosa, agotado el mérito del mármol y del bronce en este derroche de una estatuaria de abarrote que con frecuencia suele afear los rincones de las grandes y pequeñas ciudades, y el mérito de las condecoraciones en esta fantástica prodigalidad de cintas, cordones, cruces y medallas que inunda el mercado como una loca emisión de papel moneda, la fama en bancarrota ha llegado a un gesto supremo de piedad: ha consagrado centenares de monumentos al mérito

desconocido, repitiendo, a su manera, la agoría del politeísmo cuando levantó un altar a los dioses sin nombre ni leyenda.

Nos agotamos en una loca incertidumbre. Esos nueve mil volúmenes de producción científica y literaria de un país en un solo año pudieran resumirse en un folleto de dos horas de lectura en cuanto tienen de verdaderamente eficaz para el progreso; de donde el que pudiéramos decir que hoy consumimos una energía mental doscientas mil veces superior a la efectiva, lo que nos coloca ante el problema de un derroche extravagante de la inteligencia humana. De ahí que la erudición sea hoy día casi imposible en el sentido de abarcar sintéticamente el esfuerzo mental de la humanidad. El letrado de la Edad Media y de la cultura grecorromana podía meditar largamente sobre un libro, con el conocimiento armónico del saber humano, y construir sistemas de un gran valor ideológico dentro de las disciplinas de su época. Hoy día la larga meditación es imposible, y en este hacerse y deshacerse de las teorías modernas asistimos a un implacable agotamiento de nuestra capacidad mental, quemada, por decirlo así, en un esfuerzo inútil.

Será preciso que surja una reacción. Principiar un doble esfuerzo de selección que abarque la producción y su distribución a la vez. El niño debe ser vigilado por el Estado por medio de bibliotecas populares donde se

nutra culturalmente de lo más fundamental y selecto en cuanto a ideología y arte. Evitar a las generaciones futuras esa dilapidación extravagante de horas que hemos hecho nosotros en la lectura de centenares de libros de un contenido insustancial. Proclamar el ahorro de la inteligencia humana, como se ha proclamado el ahorro de ese otro valor, que tan inferior le es, de la riqueza material. Felizmente ya se inicia algo en este sentido y, si llevamos al problema la luz de una noción precisa, saldremos adelante con bien.

La otra manera de seleccionar la inteligencia consiste en la prudente orientación de los presuntos escritores. Aun hoy la Imprenta facilita hasta el delirio la multiplicación literaria. Pero es, sobre todo, esa hija suya descarriada, la casa editorial, la que nos está pervirtiendo el gusto. Sujeta a la eficacia comercial, no orienta a las pobres multitudes, sino que las explota sus más comunes y mediocres apetitos, de dónde el que la sature del forraje indigesto de mil necedades literarias, con un desprecio olímpico de lo que no sea comerciable de urgencia. Contra esto lucha en parte la acción social, que por medio de algunas academias distribuye premios y menciones honoríficas, en un esfuerzo instintivo de selección, desgraciadamente muy subordinado aún a conveniencias secundarias.

No está lejos el día en que la producción

literaria, como los alimentos y los medicamentos, tenga su censor social que, sin destruir la iniciativa individual indispensable, prevenga al público de que lo que va a consumir vale o no vale su dinero y su esfuerzo mental. No es justo que defendamos el estómago de una mala leche, y no protejamos el cerebro de un atropello de flagrantes necesidades. La vida es un instante fugaz que sólo intensificado al máximo se eterniza en una equivalencia misteriosa aún.

Esta tarea será prodigiosamente fácil en un próximo futuro, pues así como hoy la grafología nos da indicaciones muy atinadas sobre el carácter y la ilustración de un individuo, y así como el dibujo de los escolares está revelando ya el desarrollo armónico o inarmónico del estudiante, y cada una de nuestras acciones entraña uno como retrato de nuestra personalidad, que sólo nuestra ignorancia actual no nos permite ver y comprender, así también, mañana, la lectura de una página permitirá al psicólogo desentrañar de una docena de adjetivos y de verbos empleados al azar de un relato o de una exposición cualquiera, el temperamento, las tendencias y las capacidades del escritor que se quiera analizar. Si aun la incipiente psicología que poseemos ya nos permite sorprender al desnudo el alma de los poetas y dramaturgos.

Es verdad que no estamos ciertos de la resul-

tante final del esfuerzo humano, y que, por lo mismo, debiéramos permitir el tanteo. No sabemos aún si la ciencia, agotados los recursos de la investigación sensorial en lo ultramicroscópico y en la ilimitación del universo, se detenga en un extremo intransitable, como estuvo a punto de ocurrir en el estudio de la biología al llegar al límite de un milésimo de milímetro. Mas hemos presenciado el hallazgo de nuevas rutas, como el ultramicroscopio, como el espectro de los rayos X, y la microfotografía en el vacío, que en un día nos aumentan nuestra capacidad de investigación veinte veces más, mil veces más aún, según el caso; y mientras aquella bancarrota posible, y dolorosamente probable también, no ocurra, es nuestro deber sagrado continuar en el esfuerzo de técnica y selección y especialización en que hoy nos encontramos.

Sí: tenemos ya la conciencia de que este afán de escribir toca las lindes de la locura, y nos da rubor ofrecer al público un libro de más de cien páginas. En la incertidumbre sensata de si aportaremos o no al haber común un pequeño mensaje de verdad que justifique el robo en despoblado de unas cuantas horas de la atención pública, nos debatimos interiormente en una honrada ansiedad. Ya muchos prefieren el silencio. La aristocracia de un mutismo principesco en que el alma se da el grato placer de regocijarse en sus propias elu-

cubraciones y en la contemplación desinteresada del mundo exterior. Quizá ellos tengan razón. Sólo que de ahí a un budismo intelectual no hay sino un corto paso, que no está aun justificado ante el confuso e impreciso deber de una cooperación social.

De ahí que cuando vemos las instituciones fundamentales de esa sociedad a que pertenecemos tocadas de un desorden orgánico, como el en que hoy se hallan, surja en nosotros el afán de emitir una opinión. La ilusión demencial de una reforma instantánea no asedia a un espíritu que vive la vida crudamente realista del siglo XX. Mas, ¿quién sabe si el prurito ingenuo de emitir su pensamiento no representa en cada cual una orden superior del espíritu humano en pro de su incesante devenir?

Con esta intención en mientes, la ruta que pudiera seguirse no es la de un resumen de las ideas existentes ni la de un comentario erudito. Es, de preferencia, un esfuerzo de meditación en la soledad de la propia conciencia intranquilizada. Repensar lo que se ha visto, como si fuésemos los recién llegados de otro planeta, y ver si la sinceridad de un razonamiento desinteresado conduce a algo aprovechable.

El partido político, la prensa y el parlamento representan la columna vertebral de las democracias modernas. Los dos primeros organizan el movimiento de la opinión pública, y el tercero consagra la obligación de las ideas predominantes.

El espíritu del hombre se halla hoy sujeto a un movimiento grandemente acelerado, al revés del progreso del mundo antiguo, que se desarrollaba con prodigiosa lentitud en repetición de repeticiones. Ese mundo antiguo codificaba lo tradicional, el mundo contemporáneo codifica sus aspiraciones, con una inquietud que es su mayor fuerza y su más grande escollo, también.

El volumen de opiniones que amasamos hoy es de una complejidad en que se pierde la mente humana, y para la organización de ese movimiento ideológico necesitamos del auxilio gigantesco de las matemáticas y del símbolo. Y, aun así, la categoría de los valores se nos escapa a menudo, y este caos frecuente nos hace caer en errores de difícil corrección.

Un escalofrío de angustia agita hoy el ánimo de todos los pensadores conscientes de la hora actual. Hemos llegado al acuerdo casi unánime de que las instituciones que rigen nuestras sociedades son deficientes, si no sustancial, al menos prácticamente, y se hallan, además, enfermas de una desorganización interior. La facultad de análisis, que se ha desarrollado de

una manera prodigiosa, nos permite comprender la flaqueza de todos nuestros más preciados dogmas. No así la facultad creadora, pues es muy inferior en eficacia lo que añadimos al haber común en materia de principios normativos de la conducta social. De este grave desequilibrio en el progreso del espíritu humano nace el desorden personal y social en que hoy nos debatimos.

Es, también, lo que aqueja fundamentalmente el alma de los partidos políticos. Después de haberse constituido sobre la base, rocosa al parecer, de ideas definidas, la ciencia ha venido socavando el concepto de valor y de eficacia de esa ideología, y en su esfuerzo de adaptación los partidos políticos han ido restringiendo, modificando y aun sustituyendo sus programas hasta el límite de la extrema vaguedad de principios en que hoy reposan. Rota la filosofía y descoyuntadas las religiones, la política va recluyéndose más y más al programa de una acción técnica y, como tal, severa y fría. El fervor apasionante de las ideas-convicciones se rinde ante los cuadros estadísticos, las leyes de la economía política y la balanza del comercio.

Cuando un hombre, como miembro de una sociedad, encarnaba el espíritu racial, o cuando, adepto de una religión, representaba al dios del universo infinito, los partidos podían enarbolar como bandera «principios eter-

nos», hacer hervir la sangre de los pueblos e incendiar el mundo. Mas hoy, cuando somos apenas una confusa unidad ideológica y un valor cotizabile, matemáticamente cotizabile ante una compañía de seguros, cuando el hombre político conoce lo que le costamos al Estado en dinero para ser lo que somos, y conoce, con maravillosa aproximación, lo que valemos como unidad de trabajo, todo el fervor de las pasiones políticas se apaga, y con una gran humildad en el corazón nos damos a la tarea sosegada de un cálculo aritmético o a la noble labor desinteresada y comedida de una cooperación social en función de simpatía.

Los partidos representan la polarización de las corrientes sociales, como en la pila eléctrica se distribuyen los iones hacia el polo positivo o negativo. De ellos se ha dicho que representan la estática y la dinámica social. Tal vez sólo existe un juego de fuerzas en que no hay quietud y movimiento que se oponen, sino mayor o menor impulso y modos diferentes de la acción. Desde la partícula invisible de los núcleos atómicos y sus electrones satélites en que aparece una dualidad irreductible actualmente a toda explicación, hasta las fuerzas de atracción y de repulsión de la materia en general, la herencia y el progreso de las especies, los sexos, las nacionalidades, etc., hay una lucha entre fuerzas que no sabemos si es que se oponen o es que se agitan buscando el equi-

librio de una ordenación conforme a su potencial. Es lo que se ve en la historia universal de los partidos políticos: en cada etapa de su desenvolvimiento aparecen como fuerzas contradictorias, siendo sólo la expresión de las diversas rutas por donde la energía recóndita que mueve los pueblos puede encauzarse. Al decir esto aparece en nuestra mente la visión desconcertante de un escepticismo peligroso, porque, si no ha habido nada fundamentalmente sustancial en la oposición de los criterios que han llevado a las sociedades a combatir con tanta saña y a anegarse en sangre y fuego, tampoco debe de existir cosa alguna ideal o material que merezca un grande esfuerzo, y estaría, entonces, justificada una inercia hedonista y benévola. No. Hay caminos más cortos y fáciles de transitar, la experiencia lo dice, y conductas sociales de una sabiduría que produce mayor bienestar humano.

Proyectando en la historia estos conceptos abstractos se precisan un poco más. Los partidos se han formado al rededor de tesis que son la expresión de las diversas maneras como un pueblo puede conducirse: ante una potencia extranjera surgen el partido de la sumisión y el de la rebeldía; ante un desorden surge un jefe; ante una feudolidad, una realeza; ante una realeza, la democracia; el racionalismo en frente de la teocracia; y un socialismo limita

la plutocracia. Cada una de estas modalidades puede, vista sinópticamente, representar un progreso con respecto a la anterior, si progreso podemos llamar esta pendiente hacia la igualdad que trae la naturaleza desde sus orígenes, tanto en el mundo de la física como en esta parcela de vida que representa la historia del hombre, cosa por ciertos aspectos inverosímil, pero, por el momento, inútil de tratar. Mas cuando vemos que los pueblos conquistados entran a formar, ejemplo Italia ante los latinos, una gran nación, o resistir heroicamente, como los Cantones suizos, y ser, a su manera, también felices; cuando vemos un Asoca y un Marco Aurelio al lado de Pericles y de Wáshington, las contradicciones son menos resaltantes, y hasta una benévola acogida para todo lo que existe en este mundo tiende a oscurecer nuestro criterio. ¿No podríamos ya sospechar que el socialismo y el capitalismo pueden resolver el problema económico de una manera no muy desemejante?

A oscurecer el criterio, porque no es indiferente del todo la naturaleza a la acción de nuestra voluntad. Hay en cada momento de la historia de una sociedad fuerzas que la conducen, orientaciones políticas que los partidos representan con más o menos conciencia de sus destinos. De esas corrientes una, por ejemplo, representa lo heredado, la tradición, el bienestar que muchos miembros de la comunidad

experimentan en un orden de vida organizada; otra es el fermento que transforma esa comunidad en busca de un nuevo equilibrio, porque hay una parte de ella que sufre espiritual o materialmente. Esto justifica la formación de los partidos. Ellos aportan el esclarecimiento de esas orientaciones con la postulación de su ideología, con la discusión de sus aspiraciones, y ponen el fuego de pasión necesaria a toda acción de la voluntad. Al verdadero estadista, al conductor de pueblos, corresponde la visión genial que discierne la fuerza que en ese instante se «historiza», que en ese instante se impone como una corriente constructora y no se deja extraviar por reacciones o resistencias que, como los remolinos en el curso de las aguas, disimulan el cauce fundamental.

Pero, ¿cuál es la fuerza que se «historiza» en un momento dado, y cómo discernirla en el confuso turbión de una hirviente actualidad? Esto es lo que justifica la existencia de una filosofía de la historia, de un estudio de la evolución humana en función de las fuerzas perdurables que rigen la vida de los pueblos.

Si consideramos la decadencia actual del liberalismo en todas partes, nos damos cuenta de que ese partido no tiene aún conciencia clara de su nueva misión y se agota, por consiguiente, en la discusión de ideales que ya no tienen fuerza ejecutiva. El representó una tendencia hacia la «amplitud de ideas» en el siglo

XVIII, y contribuyó a desencadenar esos gigantescos cataclismos sociales, dolorosos y fecundos, de que surgió la democracia moderna; en el siglo XIX alcanzó una nueva etapa, fué «amplitud de sentimientos», y creó esa falange de exegetas y comentadores de la tolerancia, que en su anhelo de desbravar la agresividad de las ideas llegaron a desposeernos de todo entusiasmo, a reducirnos a la plácida contemplación de un mundo un poco incoherente y casi cómico. El siglo XX le señala como norma una tercera etapa, que es la «amplitud de acción», una amplitud de acción en que la eficacia solicita el cauce de la ley como reguladora indispensable. Visto así, el partido liberal conserva una razón suficiente de existir y puede medirse con cualquier adversario suyo que no justifique con su conducta este sencillo programa: Amplitud de ideas, amplitud de sentimientos, amplitud de acción dentro de la ley como norma técnica de mayor eficacia para adquirir la felicidad equitativa de todos los ciudadanos.



Con esto llegamos, desgraciadamente, a la necesidad de criticar de un modo desfavorable la constitución y acción de los partidos políticos tal como se nos presentan en la mayoría de los pueblos cultos de la hora presente. Por-

que, ¿son ellos la libre expresión de las fuerzas sociales en lucha? ¿Se constituyen y obran para la defensa de una orientación espontánea de esas comunidades? ¿Tienen sus jefes la preparación adecuada a su alta misión representativa y gerente?

Una duda implacable se impone. Hay una gran cantidad de partidos políticos que son el producto fugaz de apetitos desordenados, la cizaña de esta institución, frutos de la envidia, del despecho y de la ambición alocada. Los hay que no surgieron para hacer triunfar una ideología, sino un oculto interés inconfesable; los hay que nadie sabría decir por qué se han formado, corrientes desordenadas de la incertidumbre. Las más de las ocasiones tienen su gerencia real en instituciones industriales o bancarias, que no están precisamente interesadas en el triunfo de las ideas. Los jefes, a veces, son meras criaturas «ad hoc» y no surgentes espontáneas de la conciencia nacional, y tienen, por lo tanto, que transigir sus principios con el capital gerente y el electorado anónimo. Y estos partidos adquieren suficiente astucia para crear barreras infranqueables a la acción de las mayorías, a la acción de los gobiernos y aun a las corrientes más eficaces de la comunidad. Han formado poco a poco ese modelo de hombre político, frecuente en la vida contemporánea, buen hablador, buen escudriñador de las intenciones ajenas,

avizor hábil de excepciones reglamentarias que, sin embargo, se ignora a sí mismo, en cuanto conciencia moral, y se ríe del prójimo en la intimidad de sus proyectos.

Para tales partidos, tales hombres. Mas, ¿cómo evitar los unos y los otros? El capital, como sangre que vigoriza el organismo de los partidos, es inexpugnable en la organización actual de ellos. Y el hombre que sirve a ese capital no necesita reformarse. Un poco de elocuencia, audacia y un buen periódico a su disposición es el bagaje principal, eficaz y a veces exclusivo, con que un político se impone hoy a los gobiernos y a las masas.

El genio y la inteligencia superior son atraídos hacia otras empresas de mayor remuneración y más sosegado prestigio. En algunas naciones se percibe ya el fenómeno del alejamiento voluntario de la política por parte de los hombres mejor dotados. La remuneración resulta insuficiente para sus capacidades, el ambiente de una lucha irritante les amedrenta y el roce con una moralidad dudosa los ahuyenta definitivamente. Los verdaderos patriotas, los varones consulares, son más y más raros en la liza de los partidos políticos de nuestras democracias contemporáneas. Pero aun aquellos que son conductores autorizados y prestigiosos de la política en los grandes pueblos cultos adolecen de un anacronismo grave. Estudiados a través de sus libros y discursos se

nos aparecen como espíritus brillantes, de más agilidad mental que ideas profundas. Científicamente considerados son muy sospechosos de mediocridad y de ignorancia. Esto, que en épocas anteriores, en que el gobierno de los pueblos era una tarea más política que técnica, no fué tan peligroso, lo es hoy en que una nación, por insignificante que parezca, es una fábrica enorme en que ideas, industrias y aspiraciones giran a tercera velocidad, en engranajes que relacionan todo el globo terráqueo en una cooperación ineludible.

No quiere decir esto, sin embargo, que el político deba ser un sabio, al modo de un jefe de observatorios astronómicos o de un laboratorio de experimentación química, ni mucho menos. El buen político será siempre un espíritu organizador más bien que técnico, un gerente avizor más bien que un erudito. Pero ha de ser un espíritu consciente de la complejidad gigantesca de la obra que debe vigilar, para que sus subordinados técnicos den de sí el mayor rendimiento aprovechable a la república.

Una situación semejante conduce a una labor parlamentaria incongruente, prolija y a veces insoluble. Conduce, asimismo, a esta inestabilidad de los gobiernos, a esta irresolución de las administraciones públicas, a la timidez burocrática y a una especie de balanceo de los gabinetes en que quien sufre es el pue-

blo, sobre cuya columna vertebral se agitan.

Un fenómeno de semejante patología no puede haber surgido de pura casualidad y por creación espontánea. Viene de la incertidumbre ideológica en que vivimos. Todo sistema herido, antes de morir, se disgrega en busca de alguna nueva estructura favorable, en busca de salud. Este fenómeno de «atomización» de las creencias y de las teorías en general que caracteriza nuestra cultura es su signo de muerte. A este estado precede uno de enérgica concentración que equivale a lo que hacen los organismos unicelulares cuando son atacados de fuera, un enquistamiento, y de ahí las luchas crueles que precedieron, en los siglos XVIII y XIX, a nuestro estado de disociación actual, preludio de disgregación interna y temor del vencimiento. De ello están afectados los partidos políticos: los grandes cauces de la ideología política de épocas anteriores, el tradicionalismo y el progresismo, cualesquiera que fuesen sus variadas nomenclaturas, encarnaban ideales que ya vivieron su hora y hoy los unos a los otros se acusan de esterilidad, sin entender los unos ni los otros cuál es su punto de discrepancia. La libertad, la igualdad, la tolerancia, la instrucción pública, la seguridad, la protección social y el bienestar material han sido estudiados y hallados sujetos a leyes de técnica impasible que nada tiene que ver con la ideología religiosa, filosófica o meramente

política de nuestros antepasados; y roto el tablado de la lucha secular de esos partidos, y aglomerados confusamente en el subsuelo oscuro en que cayeron, se preguntan con afán los unos a los otros dónde dejaron su programa... Los tradicionalistas son tolerantes y escépticos, a veces; los progresistas invocan el orden y la seguridad y, aun, abrazan de nuevo la religión.

Por una circunvolución del derrotero político, los partidos extremistas proclaman un nuevo avatar humano, un regreso a la vida elemental de la tribu, sin nacionalidad ni propiedad, con la implacable tiranía de la masa común, que en otras edades se ejerció bajo la forma de tradiciones y de ritos, y que en la nueva busca realizarse dentro de la norma civilizada de una cooperación obligatoria al bien común. Con frecuencia se escribe y habla de este movimiento como de una locura surgida de la mente de algún judío alemán. Los testarudos y hebraizantes somos nosotros, que no vemos en esa corriente una fuerza social que se «historiza» en nuestro siglo, y no atinamos, por lo tanto, a parar el grave golpe de su exageración pasional. En esta inextricable composición del pensamiento humano, que es por un aspecto idea, por otro emoción y por el de más allá voluntad, el represar una cualquiera de esas fases es reforzar las otras. Este ha sido el error mortal de los pueblos que han pade-

cido cruentas revoluciones. A él nos estamos acercando con el socialismo. El es una corriente que ha triunfado en sus grandes orientaciones y cuyas doctrinas, más o menos disimuladas, aparecen ya en la legislación de todos los pueblos cultos. A su exigencia máxima, tocada de desorden administrativo, de injusticia, de crueldad y sobre todo de puerilidad, opongamos la concesión máxima también a que cada país pueda someterse, según el estado de su industria, de su cultura y de su intranquilidad.

Porque hoy, como siempre ha ocurrido, no hay realmente en el mundo sino dos corrientes fundamentales, disgregadas en una docena de cauces confusos: plutocracia y biocracia. El derecho de propiedad que se afirma sobre una base de selección, de mayor capacidad, que encomia el estímulo de una actividad individual intensa, creadora de riqueza, de progreso moral y de arte, y que reclama, como retribución, un tratamiento privilegiado; y el derecho de vivir, que no discute prerrogativas ni méritos ni justicia de compensación, sino que se afirma ciegamente como las fuerzas de la naturaleza. Son la expresión moderna de la vieja lucha: plutocracia es la antigua aristocracia que ha venido cambiando de nombres, guerrera, teocrática, feudal, cortesana, etc.; y la biocracia, el socialismo, es la aspiración al gobierno de todos, por todos y para todos,

la soñada democracia de todos los siglos, contemplada hoy económicamente porque nuestro siglo es industrial. Es la eternidad de los problemas humanos que, por otro lado, nos hace escépticos ya en cuanto a la eficacia del triunfo.

Error fundamental sería llamar democracia a lo que hoy existe como gobierno en el mundo. El capital es lo que rige las naciones, el capital mueve todas las instituciones humanas, y su imperio, que ha sido saludable para mil y mil realizaciones, toca ya a su fin. Su mismo crecimiento lo mató. Su triunfo certero, matemático, lo coloca en la posición insostenible de un rival que no se puede vencer y que, por lo tanto, hay que matar a traición. Un «trust» que crece y crece puede paralizar el mundo, derrocar gobiernos, crear naciones, imponer ideas y hasta constituir una religión universal cuando le venga en ganas. La capacidad de absorción de un capital grande es como una fuerza cósmica, es como un campo de gravitación. La plutocracia lo adivina ya y se contiene, se vigila a sí propia. Es lo que ocurre en la nación de la plutocracia gigante, en Norte América: posee casi la mitad de la riqueza del mundo, sus cuatrocientos mil millones de dólares pueden, en pocos años, apoderarse de la propiedad de toda la tierra. Los rendimientos normales de ese enorme capital le permitirían comprar anualmente la propie-

dad total de una o dos naciones. Es un problema de economía política gigantesco, en cuya incógnita duerme la solución de nuestros conflictos parciales o la catástrofe más grande de los siglos.

Los norteamericanos lo presienten a medias y tratan de corregir la voracidad peligrosa del «trust», y ya, también, inician un espíritu raro, nuevo en la historia y fecundo en sorpresas porvenir: «humanizan» la riqueza, en el sentido de universalizar sus beneficios. Regalan algo de sus millones a la beneficencia y a la cultura en América, Asia y Europa, como si se hubiesen dado cuenta de la enorme carga de dinamita que representa ese capital acumulado, que puede producir la catástrofe definitiva de la humanidad.

¿Sería esta una solución del problema económico general? Ellos oponen la barrera más fuerte que hoy existe contra el socialismo. ¿Hasta dónde serán conscientes de la lucha por venir en que han entrado con tanta decisión?

También es un error llamar democracia al socialismo o al sovietismo. Es un abuso de etimologías y una mentira institucional. La corriente que engloba estas tendencias más o menos desordenadas pudiera llamarse sencillamente biocracia, el gobierno de la vida, el derecho a vivir, y a vivir lo mejor posible, que invocan las masas del proletariado universal. No es el derecho del trabajo contra el capital,

no es el derecho del trabajador a su ganancia, sustancialmente es el grito de la vida que quiere vivir, sea mosca, tigre o sistema planetario. Es la afirmación de la existencia en su conservación, en su recreo, en su procreación y en su perfeccionamiento.

Filosóficamente su teoría es inatacable. Técnicamente tiene en su apoyo la codificación de muchas leyes que han resultado benéficas para el fisco y el progreso general de las naciones. Mas visto de cerca su funcionamiento, en los países que tratan de ensayar un poco estas ideas, se percibe una timidez en aplicarlas ampliamente que nos indica lo difícil que es el acordarlas con una organización eficaz. Y visto en donde ha desplegado más enérgicamente su programa, sólo podemos aun percibir resultados confusos de injusticia de clases, malestar individual y despotismo empírico. Mas como ese es el resultado de toda revolución violenta, nada nos autoriza para repudiar definitivamente el conjunto de la doctrina soviética. En esta hora se está levantando en Rusia una nueva generación que se nutre de una ideología propia con caracteres casi novelescos de originalidad. ¿Qué irá a crear esa nueva generación? Su concepto de la vida será diferente del que nosotros cultivamos con tan ingenuo fanatismo; su inteligencia, aplicada a otra realidad que no la nuestra, ¿descubrirá rumbos insospechados aún? Sería meramente teatral el

darnos a estas cavilaciones, pues la historia nos enseña que después de producir diez o veinte millones de mártires cada revolución se resuelve en dos o tres pequeñas verdades, tal así el ciclón que al disolverse no es ni más ni menos que el aire bondadoso y sosegado de todos los días.

Lo que hay que evitar es que se forme el ciclón. El problema se plantea con una sencillez engañosa que encubre el laberinto de dificultades que surgen en su aplicación a cada pueblo. Se trata de llegar al desiderátum de un máximo de bienestar individual para la generalidad de la población. El régimen de la libre competencia, base de la democracia liberal, condujo a un gran progreso, y debemos estarle agradecidos, mas también, a una acumulación de capitales que desequilibró la vida social y ha tenido que venir sujetándose a más y más restricciones cada día. Estas restricciones no satisfacen a la masa trabajadora, que quiere la eliminación del capital individual, de la propiedad privada. Esta eliminación afecta los tres zócalos sobre que reposa nuestro edificio industrial: el estímulo de la iniciativa individual, el estímulo de la audacia aventurera del capital y la enorme energía humana que representa una organización industrial y comercial que ha venido perfeccionándose durante largos siglos.

Es posible que la psicología de los pueblos

se adapte poco a poco a una actividad tan diferente de la nuestra como es la que presupone un verdadero régimen socialista. Ella ha sido pagana, cristiana, feudalista, monarquista, y liberal sin que el mundo se haya roto las vértebras en tan rudas contraposiciones: ella tendrá buen cuidado de amoldarse, irónicamente plástica como es, a todas las utopías de los hombres. Dentro de cincuenta años habremos recorrido todos los ensayos de socialismo posibles y estaremos preocupados con la «crisis» del socialismo, como hoy lo estamos con la crisis de esta democracia que nos ha costado un buen mar de sangre.

Para evitar los cataclismos sociales no hay mejor remedio que cambiar la disposición psíquica de combate por un esfuerzo de organización. Combatir es muy fácil, organizar es lo difícil. Aceptemos la necesidad histórica del socialismo, y continuemos realizándolo sin miedo, como hasta hoy lo hemos venido haciendo a regañadientes. Pongamos a los más exaltados a pensar cómo, en cada pueblo en particular, y no en el mundo universo de las teorías, la humanidad puede seguir acrecentando su cultura, su bienestar y su conciencia, según las condiciones económicas y psicológicas de cada país. Limitemos la propiedad privada, limitemos la herencia, limitemos la audacia egoísta y limitemos el ocio hasta donde el resorte de la voluntad conserve su estímulo

para decidirse a obrar y a vivir. ¿Para qué destruir el sistema actual de un solo golpe y darnos la pena de resolver a hachazos en nuestra pobre cabeza lo que las generaciones futuras irán resolviendo más hábilmente que nosotros?

Lo que más apena al psicólogo en un cambio semejante es la suposición fundada de que la responsabilidad personal pudiera disminuir con él. Porque, en rigor de verdad, es esto, la responsabilidad, lo más eficaz y lo más bello de la persona humana. Mas también es justo reconocer que el régimen capitalista actual ha venido destruyendo las cualidades más nobles del carácter y creando un deseo afanoso de triunfo que estalla en el egoísmo inmoral e inmoralista de la juventud contemporánea.

Al menos tratemos de evitar lo más que sea posible la locura de la improvisación y del ensayo. Llevemos la ideología de los partidos a un sereno estudio de técnica, y demos a esos partidos una organización acorde con la psicología fundamental humana. Se trata de organizar una acción, y una acción espiritual. Necesitamos convicción o fe en la idea, estímulo de lo que nos pueda traer su triunfo y una mecánica adecuada a la aplicación de esa fe y de ese estímulo. El partido en función de acción y no meramente en función de ideologías. El estudio de la acción conduce al estudio de sus leyes, de sus fuerzas y de su aplica-

ción. Es algo técnico y no lírico-dramático, como hasta hoy ha sido frecuente ver en la literatura política de la tribuna pública, del parlamento y de la prensa.

No olvidemos que la vida tiene varias rutas para realizar su acción. El capitalismo anglosajón y el sovietismo ruso luchan a muerte. Y sin embargo, mirad cómo van resolviendo a su manera peculiar un mismo problema: el alma rusa, hija de la estepa ilimitada que crea una emoción de desamparo, busca el infinito en filosofía y afirma sustancialmente una fraternidad en lo social. En Cristo halla el símbolo de esa fraternidad, y la palabra «padrecito», tan frecuente en sus expresiones, nos representa este sentimiento. El anglosajón en sus grandes ciudades no busca la fraternidad, sino la cooperación, la ordenación de la acción, la industria, para las actividades sociales, y el pragmatismo para su filosofía. Estos dos pueblos que parten de diversos puntos de vista, cuyas mentalidades nunca se comprenderían mutuamente, que son bárbaros el uno para el otro, resuelven a su manera un mismo conflicto humano: el primer lugar del mundo en que desapareció el concepto de servidumbre, no sólo en la ley, sino, también, en la realidad, fue Norte América, donde una cocinera, una camarera, etc., es tan «persona» como su patrón o el presidente de la república, mientras que en otros países

va aun ligado a ciertos menesteres el prejuicio de inferioridad, si no de esclavitud. El industrialismo norteamericano—no el capitalismo directamente—resuelve, pues, en paz, un conflicto que Rusia afronta en pie de guerra. Pero cada pueblo obra según su índole, y no sería justo predicar una imitación sistemática de éste o de aquél sin caer en un sofisma de sociólogos desconcertados y empíricos.



Infortunadamente la tarea de los partidos no se reduce a meros problemas de vida íntima nacional: abarca conflictos internacionales casi insolubles, también, que por todas partes en el mundo preparan luchas de un alcance imprevisible. Hay pueblos poderosos que necesitan de un quince a un veinte por ciento del comercio mundial para vivir según el nivel de comodidades a que se han acostumbrado, y que no tienen en su suelo los recursos de una agricultura ni las materias primas suficientes para satisfacer sus necesidades. Y por todas partes otros pueblos jóvenes se hacen industriales y comerciantes, y reclaman su puesto en la economía mundial. Esto dió ocasión al imperialismo, que ha sufrido ya varias derrotas: al imperialismo guerrero, que fué un disparate en que dejaron su vida para siempre

razas de una rica espiritualidad; pueblos, como el español, que diluyeron por el mundo lo más selecto de su sangre, la audacia, la voluntad heroica, la juventud fecunda, a la vez que dieron a la iglesia católica lo mejor de su inteligencia, hasta llegar a una crisis de conductores por una como involución transitoria de la raza, por la reproducción de los más débiles o de guerreros envejecidos y estropeados. Esta forma de imperialismo murió ya como una actividad que hemos hallado dolorosa y deletérea. El imperialismo comercial surgió entonces, la explotación de los pueblos débiles: una fórmula al parecer impecable, pero que en el fondo tampoco podía perdurar. Porque o da el pueblo imperialista un contingente de su propia sangre y cultura, a la manera como lo ha hecho el pueblo inglés, y entonces surgen colonias que en su creciente desarrollo ahogan la hegemonía de la madre patria y llegan a ser sus más temibles rivales por venir, o se asimilan nuevas regiones y razas, como la América del Norte, para verse en un momento dado amenazadas de un cambio fundamental de su sangre y, por ende, de las características de su preciada civilización. Con Francia asistimos a dos orientaciones muy diversas entre sí: en donde plantó su sangre, Argelia y Canadá, por ejemplo, se verifica una continuidad de su cultura, y ya ha tenido que extender el concepto de patria a su departamento africano,

habiendo perdido su gran colonia americana en las peripecias de su vida; y en donde discretamente ahorra la contribución de su sangre, no parece que logrará la creación ni de una cultura autóctona ni de una cultura europea, sino, quizá, la intranquilidad espiritual que el mero conflicto de dos culturas sin mutua compenetración puede causar.

Tal situación es alarmante. Estas naciones europeas, las más cultas, al menos, gastan cuatro o cinco mil dólares para educar un hombre de mediana cultura, el cual, una vez en lo mejor de su juventud y de su capacidad para devolver a la patria el gasto que le ha ocasionado, tiene que abandonarla. Y son doscientas o trescientas mil vigorosas unidades las que así emigran cada año, es decir, como un millar de millones de dólares, y quién sabe cuántas posibilidades de selección de la raza, porque en el país quedan las mujeres, los viejos y los débiles en un relativo exceso que no alcanza a corregir la organización migratoria.

El problema es, pues, gigantesco para los países imperialistas o meramente emigradores. Por un instante, al leer las noticias de la lucha colonial, en Asia, por ejemplo, hemos creído en una invencible tiranía de la raza blanca: un combate entre diez aeroplanos ingleses y tres mil nativos, indicaba, al parecer, que en esa lucha victoriosa de uno contra ciento, fuera de la enorme y fría crueldad que repre-

senta el matar seres humanos como quien matase moscas, había una prueba convincente del imperio perdurable de la raza blanca. Mas luego hemos visto la triunfante reacción de Turquía, las luchas marroquíes, la creciente fermentación de la India y de la China, que ponen un enorme interrogante en el problema para una Europa empobrecida y cansada de combatir.

¿Podrán los pueblos industriales de la cultura europea y americana conservar el porcentaje de comercio que necesitan al parecer y exigen con tanto afán? Liga de las naciones, arbitraje, desarme, problemas angustiosos que son la pesadilla de esta Europa atormentada, ¿se resolverán al fin por un convenio de repartición de porcentajes comerciales? El problema en su desnuda sencillez no es otro ni tiene otra solución. Mas es lo malo y alarmante que la tal solución no la aceptaría ninguno: un reparto equitativo del comercio, ¿sería posible mediante una convención internacional? Todo economista y político medianamente avisado se reiría de tal proposición. ¿Cómo, diría, es posible coartar el libre juego de las fuerzas económicas, ni cómo paralizar el desarrollo espontáneo de los pueblos? Y he ahí lo desconcertante de este problema, que no se puede resolver por el acuerdo pacífico y la ciencia aplicada, y se quiere resolver a cañonazos, tal como ha venido ocurriendo

hasta hoy, aun a conciencia de que ninguna de tales soluciones es definitiva.

Ahora bien, y como resumen, ¿pueden los partidos políticos, tal como hoy están organizados y dirigidos, resolver estos gigantescos problemas? Y siendo evidente la negativa, como lo parece, ¿de qué manera podremos corregir este error de su deficiencia?



Nada se puede avanzar en la reforma de los partidos sin estudiar la organización del parlamento y de la prensa, afectados por unas mismas perturbaciones.

En la evolución del parlamento ha habido dos errores casi inevitables. El primero es que, partido de las instituciones elementales de una política primitiva, en que cualquier ciudadano medianamente prestigioso, o aun todos los ciudadanos, como en la urbe clásica, podían constituir el parlamento nacional, éste ha continuado siendo como una función de ciudadanía, y no lo que hoy exigen las complejas materias de que se ocupa, una corporación técnica con una sabia organización industrial y una norma suprema de conducta. El segundo es que en el desarrollo del falso concepto anterior se ha querido que represente determinado número de ciudadanos, como si su misión fuese de cantidad y no de calidad, como

si fuesen las personas, cantidad variable, y no los intereses, cantidad fija, los que representa. Y aun este término «representación» es errado y da lugar a las mismas confusiones anotadas: El no representa determinados ciudadanos, él sirve. Y no sirve a los intereses de este o de aquel grupo, sino al interés nacional, independientemente de la opinión y del interés parciales. Esto de creer que «representa» trae toda la serie de intrigas, de resistencias y de asaltos a la opinión pública que hoy se ven en los parlamentos. Y aun en esto la opinión de los pueblos está dividida, pues en algunos, el inglés, por ejemplo, representa programas definidos previamente y considera inmoral el que el parlamentario se separe de esos programas sin consultar de nuevo el sufragio. En otros el parlamentario asume la interpretación de los intereses de sus sufragantes, y se considera más libre en su actuación política. Pero en ambos casos la categoría de los intereses se establece con un criterio, y es la mayor importancia de ese interés como nacional lo que predomina. La fuerza del parlamento inglés estriba, en mucha parte quizá, en la idea que todo ciudadano de ese gran país tiene de que su patria es un valor de la categoría suprema de los valores divinos, superior a los intereses, a las ideas y a los pueblos; lo que explica la discrepancia que se ha presentado en ocasiones en el curso de su historia entre la mora-

lidad de sus individuos y la impasibilidad fría y cruel de su actuación oficial. En otros países los intereses personales aparecen con más frecuencia como el bien supremo del parlamentario y aun del conductor político, dando lugar a las escenas humillantes por que a veces pasan ante la historia, desconcertados y afligidos.

El aumento del número de representantes es una incongruencia en este sentido. Nada tendría, sin embargo, de alarmante si alguna otra consideración lo exigiese al menos. El número ya exagerado de parlamentarios es estorboso. Innecesario desde luego, puesto que en la práctica se ve que no asisten a las sesiones, ni hacen falta en ellas, una gran parte de ellos. Inconveniente, porque es muy difícil llegar al acuerdo rápido de tantas opiniones diferenciadas por matices de mera índole personal, que diluyen las discusiones en una elocuencia prolija e ineficaz. El aumento numérico de los parlamentarios no acrecienta su capacidad de discernimiento, y siempre será que las inteligencias esclarecidas conducirán los debates y obtendrán el triunfo, sean diez o diez mil los votantes. Sólo que para convencer a diez mil se necesita un esfuerzo mayor. Entre esos diez mil habrá necesariamente inteligencias muy pobres, las cuales no llegan a la interpretación justa sino después de prolija labor mental. Es este un mero dato de pedagogía, la cual busca hoy dividir más y más las clases según

la capacidad de los alumnos para no perder un tiempo precioso. Los parlamentarios, aunque quizá no muy niños, están sujetos a esta ley natural.

De ahí que tengamos hoy como crisis del parlamento su alto costo, su trabajo desordenado, a veces turbulento, vulgar a veces, su labor vacilante y prolija, y por último, sus resultados mediocres, como lo revela la constante corrección y revaluación de las leyes que dicta. Todo esto considerando una labor desinteresada y desapasionada. Mas, ¿cómo afirmar la existencia de tal labor? Lo que aparece evidente en el parlamento es un juego de intrigas personales, partidaristas o meramente económicas que han venido deshonorando estepreciado ídolo del siglo XIX.

Grave pecado de injusticia sería en nosotros, sin embargo, el no reconocer el mérito de algunas, y no pocas, unidades parlamentarias, dignas de reverente aprecio y gratitud. Empero, la opinión pública afirma, en casi todos los países, que la mayoría de los parlamentarios, premunidos por la irresponsabilidad que les garantiza el anonimato en que ejercen sus funciones, son un poco traficantes de su voto y despreocupados de la moral. Aquí aparece el mal del siglo, la delictuosa eficacia del capital que nos encuentra prontos a someternos a su yugo seductor por nuestro afán de disfru-

tar lo mejor posible de una vida que nos parece corta y nunca se repite.

A esto contribuye, también, el análisis doloroso, aunque ligeramente errado, que se ha hecho del sufragio o, más exactamente aún, de la manera como los pueblos lo ejercen, que en un principio predomina la imposición violenta, y es el voto mera resignación a una autoridad despótica que, en caso de necesidad, se impone con sangre; es luego, en un medio medianamente culto, el amplio ejercicio del fraude, en que la astucia suple a la violencia; y es, por fin, en los países civilizados, el culto irrestricto de la venalidad. Ante la moral los tres procesos son absolutamente detestables, y quizá empeoran en la progresión misma en que avanzan, de dónde la preocupación a que pudiéramos llegar de que no hay progreso social en definitiva, sino mero desalojamiento del centro de gravedad de la inmoralidad humana que, como ocurre en otras esferas también, pasa de la violencia a la astucia, del delito de sangre al delito contra la propiedad, minoración del carácter, en definitiva, y triunfo de la concupiscencia, reemplazo inútil de una moral heroica por una moral de eunucos depravados.

Esto, sin embargo, no es rigurosamente exacto: hay pueblos en que el ejercicio del sufragio es más noble y en que éste alcanza a expresar un verdadero estado de conciencia

nacional; hay, además, en todas partes, un anhelo vehemente de que sea más puro, y una queja incesante de que aun no alcance a serlo, todo lo cual marca y define a la vez un progreso real en la conciencia humana, aunque todavía deje mucho que desear en la vida práctica de las sociedades.

De todo esto han concluído algunos estadistas aventureros que lo mejor es despreocuparse del parlamento y reforzar militarmente el poder ejecutivo. Es la reacción que ha surgido en todas partes después de la gran guerra, en que por huir del leopardo rojo se quieren echar en las fauces del leopardo azul. Los partidos tradicionalistas han tenido una segunda luna de miel con la opinión pública, y con nuevas fórmulas nos imponen viejos hábitos. Todos andan a caza del hombre providencial, del buen dictador de las leyendas patriarcales, del noble visir de las mil y una noches. Y los pueblos, cansados de pensar, no encuentran el sofisma meloso de esta antigua panacea. Al lado de un socialismo tenía que aparecer un patriarcalismo por reacción, y ya hay por el mundo muchos que lo están buscando, como si este dechado de perfecciones no nos hubiese hecho ya sufrir durante un buen centenar de siglos con sus diversas modalidades de rey, dictador, emperador, buen tirano y sumo pontífice.



Una reforma del parlamento contemplada como discusión de principios sería tarea casi imposible. Una reforma eficaz puede, sin embargo, contemplarse si sólo nos atenemos a la parte fundamental de su funcionamiento. Quizá los pueblos con su instinto, más bien que los sabios con sus elucubraciones, aceptaran la necesidad evidente de algunos cambios: limitar el número de parlamentarios al volumen de negocios, en departamentos especializados a su gerencia, y organizar el trabajo como en cualquiera otra empresa industrial. Porque si el parlamento es una institución de trabajo, debe de estar sometido a las normas del trabajo también, como un banco, una compañía de seguros, etc. Hay, por ejemplo, pequeñísimos pormenores cuya corrección sería más eficaz que el implantamiento de las teorías más solemnes. Las horas de trabajo, la manera de presentar los proyectos, el orden de la discusión, el sitio desde donde se hable, etc. Es indudable que nadie pelea por la mañana: las grandes discusiones se verifican por la tarde y por la noche, debido a la irritabilidad mayor del sistema nervioso en esas horas de recargo y de fatiga. Es, asimismo, indudable que la presentación de un proyecto con una exposición escrita de su conveniencia, una pequeña tesis, suscrita y bien meditada, evitaría el em-

leo de diez o doce adjetivos mal seleccionados que dan margen a una discusión interminable, sería una base de estudio técnico para la comisión que lo ha de presentar para segundo debate. De esta manera, también, la discusión podría verificarse por inscripción previa, con estudio meditado de la tesis que se va a sostener y ordenada distribución de los oradores. Una tribuna alta para el orador, y una multa en dinero para el que le interrumpa en su derecho de exponer su pensamiento, acabarían con las interpelaciones injuriosas, la obstrucción sistemática y otras cuantas dolencias que aquejan el régimen parlamentario de nuestros días. Parece mentira que lo único que hay hoy sin reglamentación técnica en el mundo sean precisamente los reglamentadores de la conducta social.

La eficacia fundamental del parlamento triba en la constitución de sus comisiones como verdaderos departamentos de trabajo. Industria, comercio, educación o relaciones exteriores, etc., dirigidos por técnicos, determinarían en el sufragio un principio de selección que no fuese meramente política. Una región afectada por un problema de cualquiera índole buscaría un perito que la representase debidamente ante verdaderos especialistas, y no un mero audaz que obtiene triunfos efímeros de sutileza por intriga o engaño. Una selección de capacidades eficaces, ¿por qué no, si eso

hace la vida, si eso hacen la ciencia y la industria, también?

Más difíciles son de pensar ciertos problemas parlamentarios que hoy nos preocupan. La constitución en dos cámaras, por ejemplo. Es innegable que la experiencia tiene un valor económico, que cada pueblo posee un espíritu que se trasmite en gran parte por tradición, que la sabiduría de los hombres disciplinados en la gerencia de los intereses nacionales no puede dejarse inútil en el aislamiento de una vida privada. Es preciso asegurar a ellos—¿cuáles? Cada país lo dirá—un derecho de consejo en la vida nacional. De ahí que el senado debe de tener una constitución diferente de la cámara de representantes, al menos en parte, y abrir sus puertas por derecho propio, sin necesidad del sufragio, a los que en altas dignidades se seleccionaron ya para el pensamiento de los grandes problemas políticos de la sociedad en que viven. Pero es, asimismo, innegable que una generación se diferencia grandemente de la que le sigue en este progreso rápido de la vida social contemporánea; que, además, hay surgentes espontáneas de capacidades juveniles que es preciso aprovechar; y hasta una indeterminación aparente, que llamamos azar, que es preciso tener en cuenta; razones que deben hacernos más liberales en la organización de la cámara de representantes para darle una mayor vitalidad

una mayor extensión democrática y, sobre todo, juvenil.

Esta orientación técnica requiere, como condición ineluctable, un enorme esfuerzo universitario. Desarrollar la universidad a su máximo de potencialidad efectiva, comprometiéndose en ello los recursos de la nación si fuere necesario, y hacer que su espíritu se difunda en múltiples instituciones que la prolonguen socialmente. No es la fábrica de doctores lo que debemos contemplar al pensar en ella, sino una institución que asuma el espíritu nacional para estudiarlo, depurarlo y protegerlo. No es, tampoco, a la enseñanza de cátedra a lo que debemos atenernos, sino a una acción de orientación que significa disciplina mental, labor sostenida e intereses que trasciendan el individuo y aun la generación que éste representa. Una universidad—alma nacional—en que la técnica dé de sí misma cuanto es necesario a nuestra industria y prepare el advenimiento de nuevos ideales.

Todas estas consideraciones pueden chocar con la tradición, sobre todo en los pueblos de cultura milenaria. Mas países jóvenes, como los americanos, por ejemplo, deben darse el lujo de ensayar sus propias fuerzas y no seguir a pie juntillas la política tradicional.



En la antigüedad el parlamento era el medio de expresión más poderoso de la opinión ciudadana. En estos dos últimos siglos ha venido surgiendo una nueva institución social que vence en poderío a cuanto puede imaginarse. Esta hija mimada de la imprenta se ha coronado de todos los poderes y ejerce hoy una verdadera dictadura. ¿Buena o mala? Su historia es un espejo fiel de la relatividad que aqueja al espíritu humano y sus preciadas obras.

En verdad, la imprenta en general y la prensa, sobre todo, nos han transformado el mundo. Algunas facultades del espíritu han cambiado grandemente con ellas, la memoria, por ejemplo, la deliberación y aun la capacidad volitiva. Los hechos eran antes confiados a la memoria, y de ahí la mayor capacidad de ésta; hoy confiamos a la imprenta todo, y en lugar de recoger en el cerebro algún dato o discurso, los guardamos en un trozo de papel. Esos mismos acontecimientos exigían de nosotros un juicio personal, una deliberación, hoy aguardamos que la opinión pública se forme, se exprese, es decir que nos confiamos a la actividad de la prensa. La responsabilidad de un juicio propio creaba, necesariamente, una voluntad más personal y enérgica, que no la escéptica adhesión que hoy prestamos a la opinión pública.

El periódico ha creado, también, esta ilus

tración general sumaria que se llama justamente «erudición de gacetilla», y el proceso mental que le corresponde ha moldeado un nuevo espíritu, a saber, la información sucinta, el juicio rápido, el interés cambiante, que son la característica de la conversación social de nuestros salones y aun de muchas academias. Un gran periódico contemporáneo es como un mundo en miniatura, de tal manera que con un ejemplar suyo cualquier arqueólogo de remotos tiempos por venir podrá rehacer mentalmente toda nuestra civilización. En un principio pudo creerse que la prensa civilizaría las masas eficaz, justiciera y rápidamente. Fué ello como una promesa prodigiosa que embriagó el mundo, y por su desarrollo, por su libertad, por su multiplicación se hicieron sacrificios enormes, de no poca sangre, inclusive.

Y triunfó. Hoy la vemos señora del mundo, dispensadora del poder, de la justicia social, de la fama, de la moda, del bien público, del éxito comercial y hasta de la moral humana. ¿Dispensadora o detentadora? Lo uno y lo otro, según su dirección. Hay periódicos en el mundo que son una fuerza moral casi sagrada, que pesan sus opiniones en la balanza de Minos, que buscan la verdad como serenos magistrados de la opinión pública, que adhieren, en fin, causas de irreprochable interés social. Algunos de ellos poseen suplementos de tan

valiosa información científica que valen por una academia de grande autoridad y actividad prodigiosa.

Los hay, también, y estos son la mayoría, que se sujetan a normas interesadas, que son la expresión enmascarada de combinaciones políticas e industriales que pervierten o divierten la opinión pública, hacen imposible casi el buen gobierno de los pueblos, engrandecen nulidades sociales o aislan la acción benéfica de los hombres más sensatos. Hay grandes empresas periodísticas que manejan tres o cuatro millones de votos en el sufragio popular de los grandes países y son como catapultas gigantescas que cuando caen en las manos directivas de hombres sin credo ideal ni bondad en el corazón equivalen a un ciclón desencadenado sobre el alma de las ciegas multitudes.

Y como éstos son los más y los más activos, también, plantean el problema de otra «crisis», la crisis moral del periodismo: una crisis tan grave que no tiene solución visible. Las ventajas sociales casi maravillosas del periodismo lo ponen a cubierto de toda restricción sistemática. El ha creado y desempeña con brío inagotable lo que pudiéramos llamar un ministerio social. El socializa los hechos personales cuando anuncia nuestro nacimiento, nuestro matrimonio, nuestra muerte; cuando publica nuestro primer ensayo de literatura, el accidente en que se nos ha roto un brazo, el

acto heroico de nuestra vida cívica o guerrera. Investiga los crímenes como un guarda de paz, encomia los triunfos como un ministro de recompensas, conoce todas nuestras desviaciones por más o por menos, si nos excedemos en dos cigarrillos al común de los ciudadanos, si somos vegetarianos o si hemos guardado la castidad evangélica. Todo le interesa, todo lo publica, todo lo socializa, en el orden personal. En más alta esfera, duerme con los contrabandistas en el monte, viaja con los espías disfrazados, come con los diplomáticos, trabaja en el gabinete de los gobernantes, reza el breviario con los papas y estudia el mapa de las fronteras en el estado mayor de los ejércitos. Hace más aún, nacionaliza el espíritu regional, internacionaliza el nacional y universaliza el internacional. En su grande inquietud él se despierta en Islandia, se desayuna en París, almuerza en el Mediterráneo, hace la siesta en el Sahara, cena en la Colonia del Cabo y va a dormir al Polo sur. Es nuestro sirviente cuando nos anuncia la temperatura, nuestro bufón cuando nos relata anécdotas, nuestro pedagogo cuando nos enseña la historia del día, nuestro soberano cuando nos entrega a la justicia social.

Hace tanto por nosotros que ya nuestra personalidad es un juguete en sus manos, y ahí comienza su peligro espiritual.

En rigor de verdad, ¿no habrá contribuído

él también a crearnos esta vida cinematográfica, inconsecuente y efímera que vivimos hoy? Porque él industrializa nuestra pereza, nuestra vanidad, nuestra curiosidad «esnobista», nuestra ignorancia y nuestra perversidad con tan dulces maneras y fingido interés que casi las encomia, y de hecho las cultiva.

Sabio en la conducta de sus intereses, se ha federado con la política y el capital para crear el último triunvirato de los imperios, esta vez inmortal e invencible.

El sociólogo que contempla esta fuerza prodigiosa y la ve en poder, a veces, de corazones impuros y de mentalidades mediocres, se desconcierta atemorizado: ¿cómo aprovecharla para el bien; y cómo encadenarla, si obra mal? Ella conoce todas las leyes y puede burlarlas; ella conoce todos los intereses y puede atraerlos; conoce todas las debilidades y puede atacarlas. Rodearla de restricciones y de responsabilidad es una labor mediocrementemente saludable, porque entraba también la actividad benéfica de su misión, sin lograr con ello parar sus grandes golpes de audacia; confiar en la bondad de su misma evolución, no parece justificado por el curso del desenvolvimiento que ha seguido; pretender destruirla sería una insensatez.

Parece probable que mientras subsista el triunvirato política, periodismo y capital, que hoy gobierna el mundo, los malos efectos de la

prensa serán incorregibles. Reemplazado este fantasma ideológico que hemos llamado política por una selección técnica en el parlamento, y limitado el capital en alguna forma, medianamente sensata al menos, el periodismo perderá de hecho el principal halago para desviarse y desviarnos de una sana conducta de los negocios públicos.

Socializar el periodismo como un servicio de utilidad pública no sería sino un paso más avanzado que el anterior e incompleto sin él. Restringir su campo de acción es una tarea que exigiría un discernimiento de prodigiosa sabiduría o una serie de tanteos peligrosos, que vendrían a añadir, quizá, efectos tan graves como los que hoy mismo contemplamos con tan honda preocupación y timidez.



Estas tres grandes bases de la democracia moderna, partido político, prensa y capital son la resultante de un esfuerzo humano prodigioso y merecen respeto en este sentido y en el sentido, más venerable aún, del bienestar humano que han contribuido a crear y a sostener. Cuando entramos en la tarea de criticar las desviaciones o peligros de una institución nos colocamos en un estado mental propicio a la exageración, que el escritor sensato debe

a cada instante corregir para detenerse en lo justo.

Parece, sin embargo, que a estas tres instituciones de nuestra sociedad contemporánea les ha llegado la hora de reformarse sustancialmente. Y esta palabra «sustancial» tiene su estricto valor. Tal como ellas funcionan hoy día poseen un poder incontrarrestable sobre las opiniones y la conducta de la sociedad, que no está sujeto a una responsabilidad equivalente y, por lo tanto, es dictatorial. Su actuación en la experiencia cotidiana de todos los pueblos nos hace pensar que esta dictadura se ejerce, con frecuencia alarmante, en pro de intereses que no son los de la sociedad en general y, por lo tanto, es injusta, también. Esta dictadura, injusta a veces e irresponsable, no puede reformarse dentro de la estructura de su organización actual, porque el defecto se ha implantado en su núcleo motor precisamente, en el mismo interés que la determina a obrar, el dinero.

A pesar de todo esto, su peligro más importante estriba en otra parte. Estriba en una «diminutio capitis» de la personalidad, en una merma del valor sustancial y relativo, es decir, de la constitución en sí, del ciudadano y de sus relaciones sociales. Ante estos tres poderes las individualidades más vigorosas son un pelele o un fracasado que, o se orienta dentro de determinados intereses o pasan al anónimo so-

cial. Las individualidades menos competentes reciben su alimento ideológico ya preparado y casi digerido, como en cajas de conservas, a hora fija, en la columna especial y en la forma más agradable a sus hábitos y capacidades. Este ocio del discernimiento trae una flaqueza en las voliciones y una emotividad prestada que no puede el psicólogo preconizar como buena disciplina de las generaciones por venir.

Pero... ¿y cómo corregir unas instituciones que sostienen la gran fábrica del mundo contemporáneo? Su grandeza misma no irá a rendirse al primer discurso que ataque su poder. Su grandeza misma posee, también, plausibles virtudes que le prestarán su apoyo en cualquier momento de peligro. Su misión ha sido grande y su historia se enorgullece de heroicidades y martirios, de realizaciones gigantes y de noble actitud que no se borran con un leve gesto de la mano. Pensar en destruirlos por el método combativo y pueril del asalto belicoso es una enorme insensatez: una derrota sería muy grave, pero más grave aún sería el triunfo, porque estas cosas no se improvisan de la noche a la mañana ni se organizan como una ficción dramática. Es por dentro de estas mismas instituciones como hay que ir las transformando, es una convicción personal que hay que añadir a otra convicción personal, hasta adquirir un nuevo estado de conciencia social. El día en que cada hombre capaz piense en

«cómo» se pueden remediar estos males, y no en «por qué» hay que remediarlos, habremos adquirido la energía espiritual necesaria para su revocación sin grave trastorno, sin la enconía detestable del odio ni el espectáculo cruel e inútil del dolor humano.



Al esbozar estos principios generales de una tecnocracia como la posible evolución de las instituciones democráticas, a más de la orientación y de la selección es preciso hacer hincapié aún en el aprovechamiento de la riqueza mental. Si contemplamos los pueblos jóvenes de la América latina vemos una conducta imprevista y extravagante de sus fuerzas espirituales: los países más afortunados sólo presentan un pequeño número de inteligencias superiores, quizá no mayor de cuatro por ciento, en cuya capacidad reposan los destinos nacionales; y tal como aprovechan hoy ese capital es un milagro que esos pueblos latinoamericanos hayan podido subsistir, aplicar la cultura extranjera o desenvolver su propia cultura. Porque de ese cuatro por ciento hay que descontar un setenta por ciento que el analfabetismo no permite preparar; de lo que queda hay que descontar un cincuenta por ciento que corresponde al aislamiento intelectual en que se tiene a la mujer; de lo que aun resta es

preciso descontar todavía otro cincuenta por ciento que corresponde a los partidos políticos de oposición, que las más de las veces son alejados de la gerencia de la república por el largo espacio de tiempo de una generación. Y si al diminuto sobrante se le descuenta lo que corresponde al azar, accidentes de la vida, pobreza, falta de oportunidad, errada vocación, etc. se comprende que la inteligencia que llega a trabajar por la dirección espiritual de estos pueblos sea muy escasa y presenten con frecuencia el fenómeno desagradable y paradójico de países de buena capacidad conducidos por mediocridades que estorban a su desenvolvimiento. Es como una sensación de pesadilla el contemplar esa situación anormal de un pueblo que reclama sanas orientaciones de parte de gobiernos que no saben qué hacer, que se cruzan de brazos o titubean en un dédalo de incertidumbres.

Una tecnocracia... parece ser hoy la dirección normal del espíritu humano. Hacia ella convergen los esfuerzos ya seculares del gobierno democrático y la disciplina racional que han creado las ciencias. Ella es un paso hacia adelante que nos puede evitar el desconcierto de una reacción y el abuso de lo que se ha llamado crisis de uno y otra para hacernos regresar a las dictaduras o lanzarnos al despotismo de la masa amorfa. Ciencia y democracia son el fruto de muchos siglos de trabajo y de dolor

humanos para que vayamos a dejarlos extinguirse en la perturbación mental de esta hora de vacilaciones.

Una tecnocracia con la visión clara y normativa de una misión histórica, de una misión ideal que guíe el pueblo a través de sus vicisitudes y lo conforte en las horas de sacrificio. Una misión espiritual que en lo interno sea el núcleo de la actividad de la nación y su conciencia moral, y en lo externo contribuya, según su alcance, a la constante creación y engrandecimiento del espíritu humano como un todo que tiende a destinos supremos.

La misión del estadista en aquellos pueblos en formación es aún augusta y deslumbrante. En pleno siglo XX encontrarse con la posibilidad de dirigir en parte la génesis de una raza, de realizar la tarea que la leyenda del pasado adscribió a los dioses, es algo que da al pensador el escalofrío de una sublimidad. Felices los hombres que sepan realizarla.

Que ellos sepan desde ahora que esta misión gigantesca requiere la clarividencia de pequeños pormenores, más decisivos que toda especulación abstrusa y discutible; que sepan que las grandes creaciones del espíritu humano comienzan en el hallazgo de pequeños incidentes, de detalles y manipulaciones que enlazados con las grandes normas de acción de la naturaleza y del espíritu conducen a un nuevo mundo.

Tener la conciencia clara de los problemas de cada país para no perderse en confusas orientaciones: la formación de una raza, su dotación industrial, su cultura y el esclarecimiento de su posible misión histórica.

Para lo primero tiene el estadista latinoamericano un medio ambiente conocido, un grupo de población regional, conocido, también, y un almácigo de razas europeas prontas a la emigración. Dentro de ellas puede escoger las que mejor satisfagan a sus propósitos. Para él se da el milagro histórico de una migración de pueblos seleccionable a voluntad, ya no bárbaros, sino cultos y pacíficos creadores de riqueza. Puede prever, en gran parte, la resultante de esas mezclas, y plantar aquí un escandinavo, allá un inglés o alemán, más allá algún latino, que corrijan poco a poco algunos defectos de nuestro carácter, pierdan otros que a ellos pertenecen, y se adapten a la cordillera o la llanura tropical, a la industria urbana o a las labores del campo, mediante un estudio previo particular a la región.

Vigilar el desarrollo de las industrias según las posibilidades del comercio, interior y exterior; ser mentores del campesino y del aldeano que casi siempre ignoran el aprovechamiento de sus tierras, de sus bosques, de las aguas, y que a veces tienen hambre en donde árboles frutales y legumbres sólo aguardan una pequeña labor bien conducida para abastecer la

despensa familiar; estudiar las materias primas de mejor porvenir y determinar sus mejores sitios de producción para ahorrar al pueblo esfuerzos ingentes e inútiles.

Orientar la cultura del espíritu conforme a las virtudes y defectos de la raza. Ahorrar el esfuerzo mental desordenado, las nociones vagarosas e infecundas de una instrucción de manuales añejos, atiborrados de enseñanzas pueriles que luego nos demandan toda una existencia para expurgarlas y poderlas utilizar en algo.

Crear un ideal de raza. Enseñar al pueblo que tiene una misión histórica que cumplir; que cada acto de su vida tiene que armonizarse con otros actos hacia algo superior; que el ciudadano pertenece a un pueblo histórico y no a un rebaño que pastorea el azar; que cada pueblo, realmente histórico, está formando día por día la conciencia humana universal. Enseñarle que el pueblo no es la masa ignorante y sucia de los bajos arrabales, ni la elegante sociedad de los «clubs», sino el espíritu que una nación va informando con el tiempo e introduciendo con caracteres peculiares suyos en el cauce gigantesco de la historia universal. Que el pueblo es una cultura o al menos un ideal, y no mera porción de raza o parcela de territorio.

¿Y por qué no? Facilitar a cada ser humano su rato de ocio para que idealice sus sueños;

y su rato de sana alegría que le recompense el esfuerzo de su labor cotidiana y le alivie el espíritu de peligrosas preocupaciones.



Habrà una cultura sudamericana autóctona, pero ella ni será igual para todos los países que constituyen la llamada América latina, ni podrá surgir sin una conciencia clara de las condiciones que la están determinando. Los países paratropicales y los países del sur están sujetos a influencias variadas que los han de diferenciar grandemente. Fuera de esto hay un factor común a todos ellos que los relaciona con la llamada civilización occidental, de que son tributarios.

Una de las causas más eficaces para la aparición de una nueva civilización está en el conflicto que crea el choque de dos culturas, una conquistadora que aporta el carácter, la voluntad de vencer, la inquietud juvenil; y otra que ofrece el encanto de una inteligencia madura y decadente. La primera aporta el elemento masculino, y es como una delicada alma femenina la segunda. Es el caso de los dorios ante la civilización egea, de los latinos ante la civilización griega, de los bárbaros ante la civilización latina, de los árabes ante la civilización siríobizantina, de los yanquis ante la civilización europea, y el posible caso del la-

tinoamericano ante todas ellas. Porque él disfruta en este instante de la influencia de todos los pueblos y su mejor universidad está en todas partes, en París, en Berlín, en Londres, en Nueva York, Roma, Madrid, Upsala, no importa la lengua o la raza él va, como los estudiantes del gran siglo XIII, de ciudad en ciudad, preparándose culturalmente y preparando el futuro engrandecimiento de su patria respectiva. No tuvo el latinoamericano la oportunidad de crear el choque de dos culturas en tierras de América, porque la fuerza espiritual de la que aportó la población europea no se fecundó, ni podía fecundarse, al contacto de la indígena. En cambio ha venido creándose una fuerza y una inquietud propias, y ahora se pone en conflicto espiritual con la vieja civilización de occidente para determinar el fenómeno de la nueva cultura, realizando la fecundación, no dentro, sino fuera de sus lares, lo cual le hace más difícil su tarea.

El peligro mayor que presenta esta génesis de la cultura latinoamericana consiste en una posible, y ya amenazante, desviación «peyorativa» del carácter. Si éste no se fortifica diariamente y afirma una noble ambición de triunfo, la gestación de la nueva cultura no podrá verificarse, sino como un remedo, un plagio simiesco, desarticulado racialmente y sin porvenir. Es un peligro ya sensible. El

afán de «llegar» que aqueja a la juventud latinoamericana, en todos los países que le dan este nombre, pudiera ser expresión de aquel imperativo saludable del triunfo, mas también, y muchos observadores lo temen ya, un mero inmoralismo «arribista». De ahí que a la gran revolución que el deporte está produciendo en las sociedades latinoamericanas, útil ella y oportuna, debemos añadir la gimnasia del carácter que lo vigorice y capacite para la creación de su valor histórico universal y perdurable.

En este momento histórico en que la civilización industrial proclama el culto de la acción, es urgente distinguir ésta de una mera agitación desordenada. El hombre europeo y el americano del Norte tienden a cultivar su actividad en el orden volitivo, en función industrial y deportiva, haciendo de las satisfacciones que el ejercicio sano de la vida trae consigo un objetivo supremo, absorbente de toda la personalidad.

La clara distinción que debemos hacer en estas materias es importantísima. La salud del individuo y de la raza, la personalidad vigorosa en aquéllos y de las nacionalidades en que esta otra se informa, la máxima felicidad espiritual y el máximo bienestar material, el equilibrio de nuestras funciones en el orden individual y social, todo ello, sin un punto menos, son aspiraciones sagradas que debemos

presentar a la conciencia de los pueblos en que vivimos y actuamos. Nada de pesimismo, nada de mojigatería, nada de incomprensiones indignas de nuestra época y de nuestro porvenir.

Todas estas adquisiciones se obtienen mediante la acción ordenada y tenaz. Así, pues, debemos cuidarnos de no caer en una mera agitación. Y como las nuevas generaciones latinoamericanas proclaman ahora el culto entusiasta de la acción, es urgente que analicemos más estas ideas.

Porque «acción» puede traducirse como la expresión del ser que se realiza, y significar así el íntimo fondo sustancial del devenir, de la incesante creación del mundo, o entenderse solamente como movimiento, agitación espacial y cambio de superficies.

Quizá esta nueva generación quisiera salvar del naufragio de los pasados siglos la voz imperativa del superhombre y, enlazando con plausible audacia el delirante genial del Rhin con el pálido guerrero del Rubicón, reacuñar en infinitivo aquel pretérito individualista: «llegar, vencer».

Mas ahí mismo este lema se parte en dos: ¿Llegar para vencer, o vencer para llegar solamente? ¿Llegar para una creación del espíritu, o destruir los obstáculos que estorben el advenimiento del triunfo de un egoísmo individual?

Este es el problema íntimo.

Del brumoso septentrión ha venido bajando en lentas o agitadas migraciones este hombre rubio, insatisfecho y tenaz que domina hoy la tierra. Su inquietud incurable y fecunda trazó a sus ambiciones un modelo superior a la realidad que dominan sus sentidos, la Venus fidiana, por ejemplo, la catedral gótica y la universidad; descubrió un mundo que emergía lentamente del espíritu y le llamó, apropiándose, personalidad; dueño ya del espíritu y de la tierra, se embriagó y lanzóse a la conquista del espacio en un loco afán de vencer distancias cada vez mayores, hasta anularlo al fin con el avión y las ondas hertzianas.

Mas he aquí que esta misteriosa trinidad de espíritu, espacio y tiempo, equivalencia confusa aún de la absconta realidad del mundo, no se puede destruir en parte sin que se desequilibre el todo y, hoy día, este hijo mimado de la Osa Mayor anda un poco desconcertado por todos los caminos de la tierra, cantando himnos raros y bailando una danza epiléptica ante los altares de la nueva diosa *Velocidad*.

La inquietud inicial, fecunda cuando se la aplica en sanas direcciones, puede convertirse en mera agitación y emoción de movimiento, a la manera que el vino que ha de confortarnos para emprender la marcha puede, tomado en exceso, desequilibrar nuestros pasos y transformar nuestro impulso en mera agitación gesticulante.

Entre acción y agitación hay un abismo. Agitación es la de los volcanes que hacen noche del claro día y trágico crepúsculo de la turbada noche. Ellos convulsionan el planeta, y su estrépito simula una fuerza de renovación; mas al hundir en las entrañas de la tierra un trozo de costas y al levantar nuevas islas del fondo del océano, no hay que olvidar que la costa que se hunde está cubierta de fértiles cultivos y lo que surge, en cambio, son meros arrecifes de coral, desnudos de vegetación e inhospitalarios. La acción es como la luz que nos da el sol: apenas perceptible su peso, que para toda la haz de la tierra es sólo de unas cuantas toneladas por año, y tan leve en su gravedad que solamente arrastra consigo sutiles partículas ionizadas, crea, sin embargo, el milagro de la vida y contribuye a la distribución de la lluvia fecundante.

Es que la acción se rige por normas de constancia y de subordinación de fuerzas que le dan el triunfo.

El poeta del superhombre no previó que los esclavos pudieran, a su vez, proclamar una nueva aristocracia, que viniese del número o de la fuerza y no del genio. Los débiles mentales quisieran, también, ser superhombres y, no pudiendo imponer su inteligencia, no pudiendo conducirse en acción, se hacen agitadores e inmorales. El superhombre débil mental, el superhombre oligofrénico, hace golpes

de cuartel, estafa el dinero de su prójimo y proclama la alegría orgiástica de los sentidos.

La acción dentro de las nacionalidades se expresa en ley equitativa y eficiente, dentro de la familia en amor y cooperación, y dentro del espíritu en responsabilidad moral y disciplina de nuestras propias facultades. Disciplina en los estudios, y de ahí el encomio de la universidad que debemos proclamar a grandes voces; responsabilidad moral, y de ahí el orgullo con que contemplamos nuestra institución familiar iberoamericana; ley equitativa y eficaz y, por lo tanto, democracia culta, antidemagógica y antidictatorial, democracia para la selección del mérito.

Y no hay que olvidar que la conciencia clara de la propia misión es la fuerza más eficaz de que pudiéramos disponer para encauzar la acción, tanto de los pueblos como de los individuos. Fué la afirmación inexpugnable de Israel lo que hizo que Iáveh sea hoy una realidad indestructible, el «acto puro» del estagirita y el «númeno» primigenio del pensamiento occidental.

La misión cultural iberoamericana no será, tal vez, rigurosamente igual para todos los países en que se está desarrollando. Hay influencias sociales, étnicas y geográficas que nos obligarán a una prudente distribución de este esfuerzo común; tendrá, sin embargo, el sello de la fraternidad inicial y de la finalidad

misma que vamos persiguiendo. Será ante la historia calificada unívocamente de cultura iberoamericana; y florecerá tan pronto como realicemos las tres etapas de preparación que la condicionan: desarrollo de nuestras riquezas, fusión de nuestras razas y asimilación de la técnica occidental.

No que ella haya de ser una continuación de esta civilización europea. La historia no repite sus hechos, esto es una ilusión de pensadores imaginativos y nada más. América será América fundamentalmente. Extendida de polo a polo entre los dos magnos océanos, y siendo oriente de una civilización y ocaso de la otra, América piensa y pensará en función de universalidad. Nuestras razas vinieron de los cuatro puntos cardinales, y nuestro pensamiento se nutre de la tienda asiática, de la selva africana, de la urbe europea, pero el subsuelo es siempre para todos el granito de los Andes.

Una función de universalidad que se refiere sobre todo al espíritu, porque la eugenesia de la sangre debe ser, mientras la ciencia conserve su prudente restricción actual, controlada con ánimo generoso, con verdadero amor cristiano, si se quiere, pero con serena previsión también. El pensar en función de universalidad confronta dos direcciones diferentes: la una sería hacerse difuso el pensamiento y desvanecerse en meros conflictos circunstan-

ciales, con el resultado final de una pálida cultura de transición; la otra sería el resultado de un esfuerzo de gestación nueva. De un esfuerzo en que la conciencia anticipada de nuestra misión nos servirá de guía para resolver las grandes dificultades que a ella se oponen. En este sentido el mensaje de acción de las nuevas generaciones iberoamericanas es digno de encomio y de entusiasta aceptación. Y es la expresión de un destino que se está incubando en el alma de esos pueblos. Basta ver el balbuceo de su literatura, en que predominan las leyendas, la lírica y la historia, para comprender que se están formando una conciencia, que están desarrollando su propia personalidad. A quienes duden aún de la misión histórica de esos pueblos iberoamericanos se les puede replicar, con ese fervor que tanto les caracteriza: ella existe en algún pliegue del futuro que se acerca, porque ya andan por el mundo ochenta millones de ciudadanos libres que la están buscando con afán.

Mas para toda realización por venir necesitamos de la técnica. Así ahorraremos tiempo, espacio y fuerza. Así multiplicaremos la vida. Acojámosla, pues, con devoción. Empero, entendámonos con relación a ella: técnica para vivir mejor, y vivir mejor para pensar, para desarrollar nuestra conciencia, para ensanchar los ideales del espíritu y subir, en sagrado climax, hacia una humanidad conjuntamente

más armónica y vigorosa, más armónicamente vigorosa.

La meditación oriental y la acción occidental deben converger en el hombre futuro y, si queréis, pueblos de iberoamérica, en vosotros. La meditación oriental está minada por la opresión política, la enfermedad y la miseria, y debemos corregirla en nosotros; la actividad occidental está tocada de frenesí, y debemos refrenarla al participar de ella.

Es un hecho interesante que nuestros pueblos de Iberoamérica tienen algo de estas dos civilizaciones. Hay en nosotros cultura europea e ideales europeos al lado de una tendencia hacia la ensoñación oriental. Entendemos con extraordinaria facilidad la literatura mediterránea, con su análisis y exaltación de las pasiones, y la inglesa y alemana, más reposadas, también; pero nos seducen el hondo análisis de la personalidad y los problemas morales de la rusa, los poemas místico-naturalistas de la India y todo el exotismo del Oriente. Somos cristianos, mas si nos alejamos del catolicismo paulino, damos la preferencia a un panteísmo de poéticas divagaciones. ¿Está ello en la sangre, está en el clima? En ambas cosas por igual. Por algo nuestros pueblos prefieren el arroz al trigo, tienen palmeras, bosques y ríos tropicales.

De ahí que entre la universalidad del espíritu europeo y la nuestra haya un abismo. El

européo y el americano del Norte desprecian con dolorosa sinceridad lo que es ajeno a su raza; nosotros amamos todo lo bueno que hay en todas las razas; el europeo «estudia» lo que es extraño a su país y tiene que inventar sutiles esquemas (mentalidad prelógica, conciencia mística, misteriosos procesos de identificación, etc.) para poderlo entender un poco; a nosotros muchas de esas cosas exóticas nos cautivan por verdadera simpatía y, a veces, por intuición.

Ese don de simpatía, esta intuición rápida de los problemas y una imaginación casi febril hacen del iberoamericano una personalidad brillante, como es notorio en el fácil triunfo que obtiene en las escuelas extranjeras, anglosajonas sobre todo, y en el concurso ordinario de la conversación social. Mas estas cualidades constituyen también su gran debilidad, porque, dejándose llevar de ellas, se hace meramente «diletante», improvisador y superficial, porque con ellas y su inquietud mental extraordinaria diluye sus capacidades en mil y mil direcciones diferentes y trata de generalizar sin datos suficientes, sin esa disciplina rigurosa que es la esencia misma y la gran robustez de la arraigada cultura europea. El ha olvidado la fuerza que tienen unas pocas ideas bien digeridas, aquella precisamente que le salvó de la barbarie en su período colonial, cuando realizó el milagro, nunca antes visto, de no desligarse

del progreso político, moral e intelectual de Europa, a pesar de las tres barreras formidables que de ella lo aislaban, una selva de centenares de kilómetros, un mar surcado sólo de vez en cuando por frágiles veleros y una legislación esquiva a su comunicación con otros pueblos, que durante tres largos siglos obraron en su contra.

Este milagro realizado por los pueblos iberoamericanos no ha sido aún suficientemente apreciado por el sociólogo europeo: de ellos hubo que, enclavados en alguna meseta remota de los Andes, no disponían sino del germen benéfico de algunas tradiciones, la institución familiar, sobre todo, la moralidad y la religión, el cabildo, germen de democracia, y algún anhelo de cultura que en uno que otro ciudadano la lectura de los clásicos, verdadera flor de invernadero en esas regiones, podía crear, y que sólo alimentaban las pocas y enormemente distanciadas universidades que entonces existían.

Ese milagro racial de la conservación de una cultura en Iberoamérica, del anhelo de una cultura, sobre todo, nos conduce a meditar en el vigor extraordinario y la tenacidad fecunda de unas pocas ideas bien asimiladas, y a no despreciar tan de prisa la pobreza ideológica del campesino en favor de la brillante y variada erudición del ciudadano, cuando las ideas de aquél son realmente sanas y tradicio-

nales. Ni esto significa una queja contra la dominación española, y sí su mayor alabanza, ya que de ese glorioso pueblo hubo el iberoamericano sus mejores instituciones y la heroica voluntad de ser culto, hidalgo y libre.

Este somero análisis nos indica cuáles son las bases prodigiosamente amplias, tan prodigiosamente amplias que son nuestro máximo peligro también, sobre que podemos edificar un hermoso porvenir si precisamos nuestra misión histórica y ordenamos eficazmente nuestras actividades.



Si aplicamos estas ideas generales a un solo país, puede precisarse mejor su contenido virtual. La república de Colombia nos ofrece el caso de un pueblo de temperamento idealista, cívico, demócrata y melancólico, dotado de un exquisito don de simpatía social, formado por el aporte de varias razas que están en intensa fusión en un territorio heterogéneo de altas cordilleras frías y planicies tropicales. Por su idealismo ha cultivado con buen éxito la literatura y, dentro de la literatura, la poesía, sobre todo; como civilista ha estudiado la jurisprudencia y la gramática, y ha gozado de conductores hábiles en estas disciplinas; como demócrata no tiene problemas de castas y permite el triunfo del mérito sin oligarquías ni

esquiveces sociales; como melancólico es místico, desconfiado de sus propias fuerzas, de los destinos nacionales y aun escéptico con relación al mérito de los hombres; su simpatía ha creado una sociedad refinada en los centros más cultos de la república y una grande hospitalidad en todas partes.

Al estadista corresponde guiar ese idealismo de modo que, temperado con la instrucción bien ordenada, no se difunda en una ideología romántica, superficial e ineficaz, de que ya ha dado muchos ejemplos, y contra la cual el país presenta hoy día una reacción espontánea que puede aprovecharse.

Su civismo, de dónde su amor a la paz, debe cuidarse para que no degenera en una indiferencia por los problemas políticos, en una sumisión apática a los políticos dirigentes, teniendo, como tiene, un sistema presidencial intenso que pudiera fácilmente degenerar en patriarcado. Este peligro se presenta hoy, porque la república está en un período de evolución económica en que busca, sobre todo, la paz y el orden.

Su democracia puede hacerle descuidar la prudente vigilancia de su constitución racial, y no atender a la inmigración como problema étnico y cultural, primordialmente, pues no debemos olvidar que las grandes civilizaciones son el producto de fusión de dos razas que se compenetrán y fecundan en un medio propi-

cio. La inmigración de ideas es en este sentido importantísima: la adquisición de profesores y de técnicos extranjeros—de otra raza, sobre todo—creará un choque fecundo de tendencias y de aspiraciones, de sentimientos aun y de procesos de ideación que engrandecerán la cultura patria, aunque, desgraciadamente, a veces determinan perturbaciones nerviosas de conflicto. El envío al extranjero de universitarios, alumnos-maestros, seminaristas y de estudiantes de ciencias y de industrias en general, constituye una como universidad cosmopolita que con el tiempo asimila el temperamento peculiar de otros pueblos en beneficio de la patria común, si se evitan los dos escollos, tan graves de suyo, de enviar estudiantes muy niños aún que pierden el sentimiento de su propia patria, o favoritos que carezcan de suficientes capacidades de asimilación y sólo sirvan para descalificarnos en los centros extranjeros de cultura.

Su melancolía puede hacerle exagerar el espíritu religioso, el predominio clerical, la abulia ante las reformas de esfuerzo continuado y difícil cumplimiento. Ya se ha visto que el país ensaya grandes empresas culturales que no llegan a una madurez eficaz por falta de perseverancia, de un poco de esa tenacidad sajona que tantos triunfos ha cosechado en la ciencia y en la industria.

El estudio de la misión histórica de un pue-

blo como el colombiano requiere una larga meditación. Hay que considerar una gran cantidad de factores que aun no tienen bien determinada su categoría de valor. Parece que la posición geográfica de los pueblos desempeña un influjo importante en la modalidad de su cultura. Hay dos corrientes fundamentales en todo momento de ésta, que hace que unos pueblos, y aun porciones de ellos nada más, asuman el carácter idealista, y otros u otras el pragmatista. Hasta pudiera hacerse avanzar más aún el concepto, y afirmar, tímidamente, que hay pueblos o porciones de pueblos que representan el elemento masculino y otros u otras el femenino. ¿Qué parte tiene la geografía en todo esto? Hasta donde nos conduce una hipótesis empírica y muy elemental, pudiéramos creer que la mayor o menor distancia del ecuador terrestre es en este factor lo decisivo, y que él se descompone en varias causas secundarias, calor, luz, oxígeno, continuidad de las estaciones, etc., para el medio ambiente, secreciones internas para el individuo, lucha más o menos intensa por la vida para el grupo social, etc. Dentro de esta vaga suposición el idealismo, la imaginación exaltada, el misticismo, la débil voluntad, la emotividad, la tendencia al fatalismo, etc., correspondería al trópico; el pragmatismo, la tenacidad, la religiosidad, la industria, etc, a los polos. ¿Hasta qué límites? Hasta los límites de

las condiciones favorables para la vida, porque, en pasando de ahí, el problema adquiere nuevas incógnitas que complican su solución. Esta hipótesis tiene grave contradicción en algunos casos, como el que presenta el pueblo ruso, por ejemplo, cuya psicología tan hondamente nos impresiona y desconcierta. Es interesante, sin embargo, anotar este predominio de caracteres que, excepción hecha de la emotividad (si es que en verdad no la estamos confundiendo con el fervor), corresponden al elemento masculino, lo cual no significa biológicamente ningún triunfo, sino, antes bien, una sensible debilidad de la especie. En realidad, el predominio social de la mujer nortea y la modalidad práctica de la cultura del Norte, parecen confirmar esta suposición. ¿Acaso el idealismo no es más propio del hombre, también? En estos pueblos paratropicales, Colombia, por ejemplo, existe una enorme inquietud mental que no les permite especializarse, que se universaliza a cada momento, que hace un poeta de cualquier aldeano, filósofo al maestro de escuela, teólogo y dogmático al coadjutor de la parroquia, tribuno y legislador al bachiller adolescente aún, tendencias todas ellas de una cualidad masculina, irrefrenada y desastrosamente improductiva, de la mente.

Ahora bien, hecho este somero análisis, ¿qué podría augurarse como misión histórica de un

país como Colombia? Porque sus razas son diferentes, y sus cordilleras luchan incesante y eficazmente contra la influencia deletérea tropical, el problema es muy difícil, proyectado hacia el futuro. Pudiera, sin embargo «imaginarse» una cultura artística y democrática de nobles ideales y alto vuelo. A veces se ha dicho de la capital de Colombia que es como una Atenas sudamericana. Presenta, más bien, un ligerísimo parecido con Alejandría. Esa palabra «ligerísimo» marca bien las enormes diferencias que hay entre un pueblo egipcio-egeo-dórico-semita costeño y refinado, y un pueblo montaños en que entran varias razas incultas en un conglomerado en activa mestización aún. Y, sin embargo, algo de semejanza se percibe entre ellos por su inclinación a la gramática, a la literatura, a la ironía, a la divagación filosófica, al escepticismo por análisis y conflicto de culturas: allá la lucha entre la clásica en decadencia y la oriental en reacción; aquí entre la sajona de Norteamérica y la mediterránea del elemento español. Desde ahora se percibe en el pueblo colombiano una misión de ejemplaridad cívica, libertad, democracia, orden, etc., en el conjunto de los pueblos iberoamericanos, que debe cultivar con gran devoción y esmero, porque corresponde a su situación geográfica y a su pasado histórico, también.

En cuanto a la cultura artística debe tratar

de refrenarse, pues tiene raza y trópico como factores preponderantes, demasiado preponderantes, que pueden conducirlo, en su constante aceleración, a una exageración ruinosa de su imaginación. Ciencia e inmigración sajona (lo cual no quiere decir inglesa o norteamericana solamente) serán los frenos más apropiados para temperar esta tendencia, sin destruirla, sin embargo. Porque, teniendo dos elementos de acción vernacular constante, como son la raza y el clima, requiere elementos extraños de equilibrio que tiene que buscarlos en los caracteres opuestos de otra raza y de otra cultura, cuyo choque puede, a su vez, engendrar una benéfica inquietud espiritual.

Una democracia ejemplar y una cultura idealista bien organizadas serían misión suficiente para un pueblo. Mas no debemos contentarnos con la alucinación de estos elementos, pues la complejidad de la vida y el azar de las naciones tienen sorpresas que la pobre mente humana no alcanza a imaginar, ni siquiera en esta forma novelesca que en este instante contemplamos; y sería ridículo no atender a ese mundo maravilloso e indescifrable que cabe sólo en el término impreciso de «posibilidad». Como sería deletéreo, también, para un país trazarse una sola ruta, por más amplia y seductora que pueda aparecer por el momento.

Una prudencia infinita al servicio de una firme voluntad de perfeccionamiento y de una

clara conciencia de sus destinos es la mayor garantía de progreso real para un pueblo. Colombia confronta, por ejemplo, en la cuestión clerical, un problema interior que preocupa mucho a sus pensadores. El clero es virtuoso y patriota y aun ilustrado, a su manera. Pero esta manera se opone, a veces, repetidas veces, a ciertas necesidades del país, como son la alternabilidad de los partidos políticos en el poder y el desarrollo autonómico de la educación pública. Ninguna solución se ha propuesto hasta hoy que libre al país de este dilema: quitarle la autoridad política a un clero que se apoya en la obediencia irrestricta de casi toda la nación o continuar cultivando conflictos para el porvenir. La falta de preparación para la vida pública a que un partido somete a los otros, aunque sea dentro de la más perfecta legalidad, es el más grave peligro que pueda prepararse a sí mismo y al porvenir general del país, pues irá haciendo que esos partidos caigan en las manos de gentes incapaces, es decir, meramente «diletantes» en ideas y demagógicamente revolucionarios en la acción. La carencia de un amplio programa de instrucción pública coloca a las nuevas generaciones en franca inferioridad ante la juventud de otros pueblos y prepara así su esclavitud.

El clero no puede resolver por sí solo este problema, porque él toma sus normas de la

tradición y encauza su voluntad hacia destinos ultraterrestres. El obra bien dentro de su misión, y los mismos elementos avisados y perspicaces con que cuenta en su seno no han podido abrirse paso en estas condiciones. Roma es prudente hasta la máxima sabiduría que le es asequible, pero Roma no es, al fin y al cabo, ninguna ciudad colombiana, y a varios miles de kilómetros de distancia de la América desconoce nuestras necesidades, y no puede tampoco dejarse guiar por la voz aislada de cualquier sociólogo que se enfrente a la opinión de un episcopado que ella estima y ella misma consagra. En el fondo el grave error científico de la acción del clero en Colombia es su carácter dictatorial, es decir, irresponsable. Actúa ejecutivamente al margen del poder ejecutivo, legislativamente al margen del parlamento, socialmente al margen de la sociedad. Y como lo único que hace sensatos a los hombres es el sentido de la responsabilidad inmediata (y no mediata ante Dios o las generaciones futuras) el problema es, pues, un problema de responsabilidad. Désele al clero esa responsabilidad en cuanto quiera afrontarla: si quiere legislar que vaya al parlamento, si quiere gobernar que vaya al poder ejecutivo, si quiere educar al pueblo que se encargue de eliminar el analfabetismo. Enfrentado el clero con las crueles realidades de la vida moderna triunfará o se anulará, pero resolverá esta grave

situación en que se ha colocado en Colombia y ha colocado a la nación colombiana. El sistema de contemporizar que han seguido a regañadientes los políticos conservadores no resuelve nada, y una guerra civil costaría unos cien mil ciudadanos jóvenes a un país de sólo siete millones de habitantes; costaría, además, mil millones de dólares a una nación que sólo tiene tres mil escasos; con lo cual, aun contemplado el triunfo, casi inverosímil, se colocaría en tal inferioridad de fuerza orgánica que caería fatalmente en la barbarie e iría a parar a manos extranjeras. Felizmente el buen sentido práctico de la nación, el patriotismo innegable de su clero y la perspicacia de sus gobernantes se aunarán discretamente, silenciosamente, para eliminar esta causa de perturbación que aun pesa sobre la evolución rápida, serena y científica de la vida política colombiana; como es ya evidente en el hecho de que hace veinte años se da participación en el gobierno a las minorías, y en el no menos importante de las grandes reformas de la educación pública últimamente proyectadas.

LA MORAL

La primer sorpresa que nos ocurre al contemplar los problemas morales es el encontrarnos sin una explicación adecuada y satisfactoria de las leyes esenciales de este hecho social en que vivimos. Es una confesión penosa de la flaqueza del estado actual del entendimiento humano el no poder explicarse las tres supremas realidades en que reposa nuestra vida: la esencia de los seres, la conciencia y la moral. Ello atestigua hasta dónde es somera y frágil la cultura humana, pero nos orienta asimismo hacia la aplicación de nuestra voluntad a la búsqueda de la solución de estos problemas gigantescos. La ciencia ha hecho fracasar las explicaciones más profundas de la filosofía, y los filósofos vindicativamente acusan a la ciencia de estar embriagada con el juego mecánico de los procesos, sin que pueda enorgullecerse de una sola verdad fundamental en cuanto al origen, sustancia y porvenir del ser en sí mismo considerado. Esto desarrolla una enconada disputa entre los filósofos, cada día

más escasos, y los científicos o «cientistas», cada vez más desconcertados y perplejos ante la cuasi irónica inasequibilidad de la realidad objetiva.

Lo importante en esta lucha suprema es no perder el centro de gravedad del entendimiento y abandonarnos a una desilusión prematura o embriagarnos en la conformidad engañosa del ensueño, es decir, de teorías puramente dialécticas, en construcciones de una lógica personal que quiera reedificar el mundo conforme a su manera de entender las causas y los procesos, de aplicar a lo universal la limitada experiencia del yo íntimo.

En este sentido es justo reconocer que aun no podemos abandonar la lógica objetiva de la experimentación que inventa, ensaya y comprueba. Este es el centro de plomada del entendimiento humano en su estudio de la realidad. La manera como lo ejercemos se llama técnica, y de la técnica debemos esperar aún prodigiosos descubrimientos que nos permitan comprender los tres o cuatro puntos fundamentales que en físicoquímica, en biología y cosmología son enigmáticos aún, y sin la solución de los cuales toda filosofía será deleznable: ¡con cuánta pena hemos asistido al derrumbamiento de las hermosas construcciones ideológicas del pasado por la simple revelación de una raya del espectro luminoso o de una frágil agujita de hierro que se desvían

hacia la derecha o hacia la izquierda en casi imperceptible, pero constante movimiento! Es el hecho, la pobre realidad, a veces diminuta, que, sin embargo, se hunde entre el ajuste de los grandes sistemas, los desploma y los derrumba, como un microbio que, invisible y certero, nos conduce a la muerte.

Mas ¡guay de nosotros! si nos embriagamos con la ingente actividad de la técnica y de la industria, con sus consecuencias prodigiosas de comodidad material y su exigencia, cada día más apremiante, de esfuerzos económicos. Es preciso distinguir claramente que la riqueza es la base de la cultura, mas no su finalidad. No olvidar hasta dónde llegaron algunas razas inteligentes en su contemplación desinteresada de los grandes problemas del espíritu. Porque, si bien es verdad que cierta similitud, meramente lingüística quizá, nos ha hecho aceptar como conceptos de sutil «modernidad» los que tal vez sólo fueron imaginaciones más o menos confusas de sabios y filósofos antiguos, también lo es que nuestra capacidad mental ha podido ser hasta destructora de sus teorías, mas no ha sido aún suficientemente capaz para reemplazarlas con algo más evidente y tranquilizador. Lo cual, a su vez, ha dado lugar a mil y mil formas de escepticismo y de pesimismo, que podemos, si queremos, aceptar para nosotros, mas no para la especie; que pueden ser refugios del desfallecimiento espiritual del

pensador aislado, mas nunca normas aceptables del esfuerzo conjunto, del esfuerzo genérico de las sociedades.

Un movimiento de aceleración hace que en pocos años avancemos hoy científicamente en proporciones que antes, antes de la llamada Edad Moderna, exigían largos siglos. Esto nos conduce a presentir que ya se acerca el instante de repensar nuestra cultura filosóficamente; y la reacción romántica, el anhelo de religión, de orden y de autoridad que han surgido, después de la guerra sobre todo, pero que ya antes se iniciara, confirman esta suposición. Pasado el esfuerzo crítico de los siglos XVIII y XIX, el siglo XX se muestra más sincero, más sencillo, más enamorado de la construcción ideal que de las revoluciones disolventes, bellas en sí y necesarias, mas no definitivas. El solo peligro que aparece en nuestros días es el de la disolución de la personalidad en mero movimiento, el reemplazo de la meditación por la agitación, que ya se percibe en la preponderancia de la música, de la danza, del cinematógrafo, del automóvil, del periodismo, del deporte y de los viajes. Empero, el triunfo de las matemáticas, perceptible también, aunque por un lado expresa el anhelo de dominar el tiempo y el espacio, estos dos dragones con que hace siglos lucha la conciencia humana, y que por consiguiente, significa aceleración, por otro aspecto, muy suyo, por un

aspecto pitagórico, conduce a la filosofía, pues una vez hecho el cálculo de la curva ilimitada del universo mensurable o del «quantum» mínimo con que actúa la energía, deja la mente preocupada con el más allá espacial o temporal, o témporo-espacial, como hoy se dice, con el problema del origen y de la sustancia, con el problema metafísico por excelencia.



Tres realizaciones sociales se nos presentan en el estudio de la moral: la ética, los códigos y las costumbres. Intimamente ligadas entre sí, no se identifican, sin embargo. La ética es la obra de los filósofos moralistas, los códigos son el producto de la legislación lenta de los pueblos, y las costumbres son el resultado de las inclinaciones, imitaciones, instituciones y necesidades de la sociedad.

Casi siempre hay una pugna manifiesta entre estas tres realizaciones de la actividad humana. Y si nosotros tratamos de investigar cuál de ellas es más fuerte y perdurable, cuál rige las demás, en una palabra, vemos que casi siempre las costumbres acaban por imponer su imperio sobre las otras, mas no de una manera absoluta, pues las ideas expresadas en la ética y las tradiciones organizadas en los códigos repercuten sobre las costumbres, las encauzan a veces, y aun las contrarían o corrigen. Lo cual

nada tiene de sorprendente si consideramos que los sentimientos, y esta afirmación es fundamental para la conducta de las sociedades y de los individuos, son modificables y aun «creables». Entre la espontaneidad de acción de un niño y la conducta refrenada de un adulto hay una enorme diferencia, que la educación y la disciplina de los sentimientos han formado lentamente. El hecho fundamental subsiste, sin embargo, de que la fuerza de transformación, el núcleo vital de estos sentimientos morales, radica en las costumbres y, por lo tanto, en las causas que a éstas rigen y determinan. Así vemos cómo el cambio de instituciones, forma de gobierno, culto religioso, migraciones, literatura, modas, etc., van creando nuevas costumbres, reformando los códigos y sugiriendo otras opiniones a los expositores de la filosofía moral. Y detrás de todo ello, como un motor irreductible y silencioso, la necesidad, es decir, la resultante de lo que la vida nos impone para poder subsistir y triunfar dentro del individuo y de la especie, encauza el conjunto de todas estas actividades.

Este es el hecho histórico, irrefutable al parecer. Contra él se levantan los sistematizadores de la moral que buscan un principio supremo de la conducta humana, una norma universal, un imperativo categórico. Y contra él se levantan, también, las religiones, que explican la moral como una ley prefijada por

la Providencia divina. Y aun, haciendo un poco de metafísica, a su vez, los pragmatistas más sesudos estudian esto en función de valores perennes.

Todo ello constituye una labor ingente del entendimiento humano, que es preciso respetar y aplaudir. Los códigos de moral china, egipcia, babilónica, pérsica, hebrea, romana, gótica, incaica, etc., contienen principios que esos pueblos han hallado convenientes y justos, y que nosotros hoy mismo aceptamos gustosa y aun admirativamente. Mas del estudio de esos códigos y tradiciones surge una observación inquietante: no sólo encierran preceptos abandonados porque la experiencia y la ciencia de las generaciones posteriores los encontraron inconvenientes a su propia vida, sino, también, preceptos teóricamente justos que, sin embargo, nosotros no podemos aceptar ya.

Esta palabra «no podemos» en oposición a «no debemos» indica que la moral no es una creación de la mente humana ni de una voluntad superior a ella, sino de algo que va cambiando y perdurando a un tiempo mismo: de la vida.

Los filósofos han imaginado a su vez la explicación sistemática del hecho moral con muy felices observaciones y muy atractivas ideas. Los peripatéticos, los epicúreos (tan calumniados), los cirenaicos, los estoicos, los padres griegos, latinos y modernos del cristia-

nismo, los moralistas ingleses (sobre todo), los idealistas y racionalistas alemanes, los escépticos y románticos franceses, etc., nos han regalado sistemas, a veces tan bien contruídos que para poder desecharlos, tal es su circeano encantamiento, tenemos que leer... los otros. Porque en estas materias, y en tratándose de hombres geniales, como los que de ellas se han ocupado generalmente, todo es riguroso y exacto, menos las premisas. Que si aceptamos su punto de partida ya no nos queda más recurso que aceptar honradamente todas sus conclusiones.

Y sin embargo, la ética universal no se ha publicado todavía. ¿Por qué? Porque la vida no ha cesado de actuar aún, porque continúa modificando códigos, instituciones y costumbres, proteica como es de suyo, y relativa a su tiempo y a su espacio.

La arqueología y la historia han enriquecido nuestra experiencia con el hallazgo de una suma, ya ingente, de hechos contradictorios de todos los sistemas éticos hasta hoy preconizados. Los más grandes crímenes que aparecen a nuestros ojos han sido en alguna parte precia-
das instituciones, y nuestras más alabadas virtudes tenidas, en otras, por de mal agüero, tabú y despreciable cosa. ¿Debemos, entonces, considerar el hecho moral como una realización azarosa de las sociedades? El azar, confundido a veces con un destino incógnito, con

un «factum», apreciado en otras ocasiones como el resultado fortuito de la ceguedad de las fuerzas naturales, es elevado en nuestro tiempo por algunos pensadores a la categoría de lo orgánico, de lo vital, de lo determinante, en oposición a lo determinado e incongruente. Para los que creen que la naturaleza se da en función de la vida y no que la vida es una función de la naturaleza, esto es indiscutible. Los que disciplinamos nuestra lógica en la contemplación de los hechos tal como se suceden en la historia o están inscritos en el orden sensible de la naturaleza vemos la vida desprenderse de esta naturaleza, constituirse una conciencia y afirmarse como una aparición espontánea, quizá como una evolución de ella, mas no como una voluntad inicial, a no ser que se considere como iniciación de la voluntad la interacción físicoquímica de los elementos materiales. La biología carece aún de la noción evidente del tránsito entre orgánico e inorgánico, diluído como aparece este hecho fundamental en una gradación sutil, pero ella no puede considerar como energía conductora de los destinos del mundo en general a una tendencia de ciertas fuerzas de la naturaleza que asumen el carácter de vida con tanteos y repetidos fracasos, partiendo de una tan frágil y aparente independencia de la actividad físicoquímica que la condiciona y precede.

En estas condiciones de pensamiento el azar

no nos dice nada. Es para nosotros la expresión con que reconocemos ignorar cuál ha sido o cuál es, en un conflicto de fuerzas, la tendencia que predomina e impondrá una resultante. Tal aspecto negativo del azar nos aleja de tenerle por causa de la actividad moral del hombre.

Tenemos, pues, que recurrir a la contemplación del hecho mismo en su objetividad y en su objetivación histórica. No es esto un mero análisis del sentido común, fácil de ir copiando de los esquemas mentales con que estamos acostumbrados a pensar. Conturbadoras ideas van surgiendo de la labor de los matemáticos y de los físicos, que nos desquician nuestro orden tradicional de ideación y de intuición. Si el tiempo y el espacio no son lo que antes creíamos que fuesen, si el espacio se crea en función del cuerpo actuante y el tiempo puede invertir el orden de «antes» y «después» que en nuestra lógica le caracterizaba, la objetividad del hecho histórico se nos esfuma irremediablemente. En este estado de crisis de los conceptos fundamentales de la ciencia y de la filosofía, la prudencia debe de ir vestida de humildad.

Un recurso racional nos queda: aunque fuese una apariencia engañosa la interpretación que damos de la realidad, esta interpretación es un hecho, una fuerza a su vez y una realidad en sí. Considerémosla aceptable en este sentido,

y estudiemos las normas de la moral tal como hasta hoy la hemos interpretado.



La moral es función de la vida. ¿Lo es de la vida social solamente? Quién sabe. Hay motivos para conservar la definición así lacónicamente presentada: función de la vida. Porque hasta un ser inteligente hipotéticamente aislado en el mundo, tendría una conducta, un orden en su funcionamiento, que sería como la norma que protegiese su existencia dentro de los límites del mejor éxito que él fuese capaz de prever. Sus inclinaciones tendrían que ir adaptándose a las condiciones del medio ambiente y determinando sus hábitos hasta llegar a formarse este precepto fundamental: «esto no lo puedo hacer» sin peligro, luego «esto no lo debo hacer.» La formulación de la moral estriba en ese punto de transición entre el «no poder» al «no deber.» ¿Hay en nosotros aun restos de una situación semejante que nos permita aclarar aquel tránsito del «no poder» al «no deber»? Sí los hay en esos mil pormenores de la conducta diaria en que contemplamos una acción que, sin ser una falta social, es, sin embargo, un riesgo para nuestra salud, espiritual o físicamente considerada. En estos casos el poder material existe, la ocasión se presenta y, sin embargo,

la experiencia, hecha previsión—función de la inteligencia—nos dice oportunamente: «Esto no lo debes hacer.» Ahí aparece claramente la transición. No es un deber social todavía, no es un no poder material inmediato. Se nos presenta como un deber en cuanto la conciencia nos previene de que es un no poder mediato, un no poder a término, un no poder, cuyo «no» surgirá mañana en contra nuestra. El deber sería así un no poder previsto: un «no» futuro cuyo daño, contemplado desde ahora, nos causa un malestar, un remordimiento. Es lo que ocurre en la formación moral del niño, el cual va haciéndose a una conducta por restricciones que él mismo se impone o los demás le imponen lentamente. En él no hay el sentido de la propiedad ajena, pues todo le pertenece en su deseo irrestricto, todo lo reclama para sí, y nos presenta una franca rebeldía al principio, y un desconcierto moral un poco más tarde, cuando ya va siendo razonador, ante la negativa condicionada: «Eso no es tuyo.» Como esta restricción se la imponen generalmente sus padres, él llega a pensar por un corto tiempo que todo el universo pertenece a ellos, y les pide esto o aquello, inclusive el sol y la luna. La restricción le produce un dolor, y la quebranta una y muchas veces, pero las consecuencias le son más y más penosas, y aprende a considerar el valor moral del «no se puede» como útil, a sentirlo

como un «no se debe», que poco a poco pierde sus caracteres penosos y hasta puede convertirse en agradable, según los temperamentos.

Ciertamente hay que hacer hincapié en los temperamentos, en esa inclinación que traemos constitucionalmente, en la cual hay inscritos caracteres adquiridos por nuestros antepasados en la larga lucha vital de la especie. Así, por ejemplo, el egoísmo y el desprendimiento (no propiamente el altruísmo) aparecen en el niño desde antes de adquirir el uso de la palabra. La simpatía, en el sentido de conmiseración del daño ajeno, y la ternura, como deseo de producir el bienestar del prójimo, virtudes formidables en el desenvolvimiento de la moral, son también de temperamento y se las ve aparecer en los primeros meses de la vida infantil. Mas éstas son adquisiciones que se han añadido como una idealización de la ley primordial, férrea en su dinamismo implacable, y así las vemos destacarse mejor en los organismos más aptos para la vida, en los más fuertes. A todos nos es fácil observar la frecuente malevolencia de los estropeados, el egoísmo inconsciente de los débiles y el egoísmo, ya demencial, de los ancianos. Fuerza, valor y generosidad son virtudes que andan muy juntas en el mundo. En las sociedades animales puede observarse algo semejante, como cuando vemos al macho más vigoroso de un rebaño afrontar el peligro por

todos los demás: un toro, por ejemplo, ante el jaguar de las pampas americanas, un gallo ante un animal de presa. Y no se diga que a esta conducta animal faltan los caracteres conscientes que ennoblecen una acción moral, porque no estamos seguros de que la conciencia sea la condición «sine qua non» del hecho moral, pues moral es la conducta de muchos pueblos en su estado primitivo, cuando aun la personalidad y la justicia no son conceptos discernibles en su mentalidad penumbrosa; ni podemos, tampoco, negar un valor moral a ciertas acciones de animales en vía de «humanización», como el perro, cuyo discernimiento, en algunos casos, sería injusto desconocer. Ni tampoco se necesita esta «humanización» (subordinación a las normas de la conducta humana, comprensión de los signos verbales, etc.) que presentan el perro y el caballo, y que pudieran discutirse como un entrenamiento de la especie a través de varios siglos de asociación cooperativa: existe, también, en forma de tendencia inculta en otros animales, los elefantes entre los cuadrúpedos, algunas aves, entre ellas una especie interesantísima de las regiones amazónicas, que gusta de proteger a los niños y a los animales pequeños, que es eminentemente simpática, digamos; y, lo que pudiera parecer ya exorbitante a nuestro criterio antropocéntrico, alguna especie de culebras, como la cazadora sudamericana. Los nervios crispa-

dos de un europeo que viese a un ofidio de dos metros de longitud jugar con un niño de pechos en el patizuelo fronterizo de una choza campesina no se calmarían, de seguro, porque la madre de éste le explicase reposadamente: «No haya miedo, ella es la que lo cuida cuando nosotros no podemos tenerle.»

Así, pues, la simpatía y el discernimiento, estas dos cualidades de lo moral que han sido proclamadas fundamentales en el estudio del hombre, las vemos hundirse en el seno profundo, arcano ya, de la vida animal, desorbitando nuestro vanidoso pensamiento. Conviene, sin embargo, no lanzarnos muy lejos en esto que antiguamente (fines del siglo pasado) se llamó psicología animal, y que se presta al romance y a la exageración inconsciente, y seguir analizando en otra forma nuestra proposición inicial, la moral como función de la vida.

A la sencillez de esta consideración inicial de un ser único en presencia del mundo exterior hay que añadir el estudio de las relaciones complejas del ser social en quien la moral adquiere su pleno desarrollo y su idealismo.

La sociabilidad se forma en función de cooperación y de protección. El individuo aislado que hallaba en sí el centro del universo es un ser débil al que amenazan incesantemente fuerzas superiores, y tiende a protegerse contra ellas. Es un ser vivo anhelante que aspira,

también, a gozar del ejercicio de sus tendencias naturales, y busca para ello la cooperación. En los animales surgen estas dos funciones instintivamente. La adquisición del alimento, del amor y del abrigo son imposibles sin estas condiciones, y como tendencias obran al modo de una fuerza directiva ineluctable. La cooperación es un alivio, el alivio una satisfacción, la satisfacción una causa de simpatía, un bienestar que nos viene de otro, activa o pasivamente. La vida es eminentemente actuante e imitativa; por imitaciones se adapta, por su actividad propia devuelve con su sello la acción que recibe, y la devuelve tan trasformada que parece emanar de una espontaneidad del ser vivo. Mas he aquí que la cooperación coloca al lado nuestro otros seres que necesitan espacio, alimento, amor y protección, a su vez. Así surge el conflicto entre dos aspiraciones conscientes o inconscientes: el yo que tiende a apoderarse del mundo, y el mundo que tiende a apoderarse de ese frágil yo. Es un conflicto de fuerzas en que se seguirá la línea de menor resistencia, la cooperación y la sociabilidad, con todas sus limitaciones consiguientes. Porque entrar en sociedad es desalojar el centro del mundo de nuestro yo hacia un término medio de interés, la dirección resultante de otros centros del mundo, es decir, un término vago, la tribu, la familia, la sociedad, la patria, la humanidad.

Ya no somos un yo individuo, sino parte orgánica de un yo ideal, y a su bien contribuiremos con la energía de nuestro ser, altruísmo, y aun con una superenergía, heroísmo, que nos viene de la influencia que fuerzas superiores, ese ser social inmenso, nos presta por instantes.

En toda mezcla que se agita hay tendencia a la disposición en relaciones de peso, tamaño, etc. Así las fuerzas que entran en acción conjunta tienen tendencia a constituirse en un orden de jerarquía según su potencial. La moral, la conducta de los hombres, está regida por esta ley de «jerarquización»; lo más fuerte, individual o colectivamente, dará la norma.

Pero, ¿qué nos conduce a asociarnos? ¿Una simpatía? ¿Mas de qué orden, amor, peligro, actividad? Como activo, el ser humano está sujeto al peligro y al amor. Luego la actividad es más sustancial. De ella emana el deseo de obrar, y de éste el deseo del triunfo. Pero como la actividad es consustancial con la vida, la vida misma es la fuente de la moral. Empero, no es una actividad que quiere imponer una fuerza cualquiera, sino una fuerza benéfica, simpática. ¿Esta de qué emana? Es benéfica cuando tiende a proteger la especie; luego la moral es la fuerza misma vital en cuanto tiende a perdurar. Moral es lo que protege los destinos de la especie. No es el derecho la fuerza; no es el sacrificio de sí mismo, inútil-

mente contemplado: es la fuerza y el sacrificio individual en beneficio de la especie. La moral es, pues, como una isonomía de las fuerzas vitales. Así vemos como la asociación tiene su límite numérico con relación al medio más o menos propicio para el desarrollo de la vida: más acá de ellos desaparece la especie, más allá, emigran o mueren los individuos. Las luchas y las migraciones animales y humanas tienen una explicación bioquímica.

Y no sólo el hombre necesita conservarse y reproducirse, sino expresar su personalidad, ejercer su actividad, de dónde deriva otra función altruísta, como cuando gobierna, protege, crea en arte, etc. El ejercicio de la personalidad se añade, pues, al sostenimiento de la personalidad como una causa de conducta moral. Hay placer en hacer el bien, porque es agradable ver el bienestar de otro y, sobre todo, en darlo nosotros. El primero es simpatía, el segundo deriva del orgullo de la propia capacidad. Dar es «actuar», también, la propia personalidad, en último análisis.



Así tenemos, al menos para algunos aspectos más visibles, la génesis de la moral como un producto de la vida que surge del ser mismo, en el ejercicio de su actividad, de su fuerza y de la simpatía que tiende a asociarlo con sus

semejantes, y en función de sus instintos fundamentales de alimentación, amor, abrigo y sociabilidad, de dónde el que sea un fenómeno universalmente discernible en todos los pueblos, aun los más primitivos y salvajes. Esta sería la causalidad psíquica, que determina el lado positivo en el ejercicio del bien moral, afectividad, generosidad, hospitalidad, caridad, etc., al lado del cual surge la organización social de los actos humanos como una necesaria combinación y «categorización» de ellos, en que entran ya las restricciones, religiosas, políticas o meramente habituales, circunstancia ésta en que aparece con más precisión todavía la equivalencia del «no se debe» como un «no se puede» previsto de antemano por el individuo o por la especie.



Todo esto parece una novela de imaginación, mas es, en realidad, el producto de una meditación sincera, casi dolorosa a fuerza de escudriñar tenazmente su conexión lógica con la realidad objetivada en la historia y en la vida actual, en las reconditeces del yo y en los no menos confusos meandros de la conducta del prójimo.

Hay una observación psicológica interesante: estamos acostumbrados a considerar el yo como un centro invariable a donde conver-

gen sensaciones, donde se elaboran ideas y de donde parten movimientos. Esto es, quizá, rudimentariamente esquemático. El yo no tiene un solo centro. El yo cambia de posición, digamos de situación, para no comprometernos en el problema de las localizaciones funcionales del cerebro, cambia de situación según los centros de interés que solicitan nuestra acción. Un interés, el hambre, el amor, la fatiga, la compasión, el orgullo, etc. reclama nuestra actividad, y al rededor de él se asocian emociones semejantes, recuerdos semejantes, ideas semejantes, tendencias que lo apoyan o asociaciones de otra índole, y se forma así el centro de interés, un yo para el cual son periféricos, lejanos, otros centros que un instante anterior ocupaban nuestra personalidad. En ese centro se elaborarán nuestras reacciones, ese será nuestro yo mientras dure su actividad. Así se explican esos cambios de personalidad leves que padecemos a diario y aquellos otros, ya del dominio de la patología, que tanto han dado que pensar a los psicólogos de estos dos últimos siglos. En ese sentido se puede afirmar que hay en nosotros un yo actual y varios yo en potencia. En el desarrollo del niño se aprecia esta evolución del yo cuando vemos surgir un centro de interés meramente individual, el egoísmo que decíamos antes, otro familiar, el niño en cierta etapa quisiera todo por los suyos y para los suyos;

luego social, luego patriótico, más luego humano, sin que pueda afirmarse que este orden sea el más frecuente ni el más lógico, pues el interés humano puede aparecer antes que el patriótico, limitación ésta convencional que no tiene raigambres en el instinto.



La historia parece contradecir este postulado de la moral como función de la vida, pues hallamos a cada paso instituciones y costumbres en los pueblos primitivos, y aun en épocas no muy lejanas, que atentan contra la conservación de la especie, tal así el infanticidio, el uxoricidio, la exaltación de la castidad absoluta, de la mendicidad sistemática, la pena de muerte o el suicidio por motivos baladíes, etc.; mas estas contradicciones son aparentes, como lo indica su accidentalidad y lenta desaparición. Son el abuso de sanas orientaciones, un abuso ritual, las más de las veces, como ocurre en ese campo de las prescripciones éticorreligiosas que las grandes civilizaciones, aun la nuestra, han implantado con una recóndita aspiración a la higiene, persas, indios, hebreos, cristianos del medio evo, por ejemplo. La vida ha eliminado los pueblos que no respetan sus necesidades, y hoy consideramos inmoralísimas aquellas mismas prácticas que en esos pueblos fueron la manifestación de

una acrisolada conducta, comerse un enemigo vencido, por ejemplo, o dejarse mutilar gravemente. La higiene ha triunfado poco a poco, y sacrifica alegremente en aras de la vida preceptos morales invencibles cual un torreón almenado en los tiempos de la *Iliada*: hoy es natural y agradable el baño público en los ríos y las playas marinas con un traje que llevado en un salón aun produciría grave escándalo. La misma religión católica, exponente máximo de perdurabilidad y de tradicionalismo en esta civilización de occidente, admite también el triunfo de la vida: el Padre Santo se horrorizaría hoy de que un buen cristiano, como otro San Francisco de Asís, se acostase en la nieve con grave peligro de una pulmonía, o abandonase el trabajo para consagrarse a la mendicidad. El budismo y el islamismo aceptan poco a poco, en Turquía y en Japón, por ejemplo, las normas de la higiene occidental, que muy francamente contradicen sus más arraigadas tradiciones. La evolución de las leyes y del código penal en estas razas del occidente europeo, anglosajones, v. g., son una bellísima lucha entre la vida que se impone y la antigua barbarie de sus instituciones sociales, religiosas y políticas. Si hasta asume los caracteres de una epopeya moral ese esfuerzo maravilloso para eliminar la penalidad absurda, el trabajo antihigiénico, la intransigencia religiosa, la educación insuficiente que ellas

han llevado a cabo en los tres últimos siglos. Esta constante y progresiva subordinación de la moral a la higiene es la prueba más notoria que pueda darse de que aquélla es, sencillamente, una función de la vida, en que el «no se puede» se transforma en el «no se debe», en que la inteligencia humana, en su función máxima de previsión, ve surgir el «no» moral en un futuro en que dañaría al individuo o a la especie.

Esto es oscuro en algunas manifestaciones sociales de las tribus primitivas: ¿cómo desentrañar el «no se puede» del «no se debe» de un tabú cuya inocuidad salta a nuestra vista? Contemplemos la formación de un tabú moderno, el número trece, por ejemplo, al cual rinden homenaje de superstición los salones más cultos de nuestras altas clases sociales. El tabú trece emana de la cena de Cristo, y su acatamiento estriba en el peligro, previsto erróneamente, de la muerte próxima de alguno de los convidados. Es que el «no» previsto en los pueblos primitivos estaba sujeto a mil errores de apreciación que hacían lento el avance de la moral en función de la vida. Este «no» es, a veces, tan exageradamente grande en la mentalidad mitológica de las razas, que ha creado un universo aparte, el infierno, en que media humanidad cree aún hoy con más o menos restricciones y subterfugios mentales.



Las obras de gigantesca erudición que se han publicado en los últimos veinte años sobre el origen de los pueblos y el despertar de las civilizaciones son ya una base de meditación muy seria para el estudio sintético del problema moral. Rumiemos su contenido en elaboración silenciosa de las muchas soluciones que ofrecen al espíritu, como ya lo han hecho tantos pensadores que buscan con honda preocupación, a veces un poco exaltadamente, la clave definitiva de la moral y de la historia. Entre estos ensayos descuella la tendencia a estudiar el fenómeno moral desde un punto de vista meramente científico, buscando en él las leyes de su «causación» normal y el engranaje de sus consecuencias. Los que consideran esta tentativa como un atrevimiento insano no tienen, quizá, en cuenta que de estas ambiciones, al parecer alocadas, han surgido toda la ciencia y las industrias de que hoy nos enorgullecemos justamente.

La moral considerada como función de la vida y el yo como un centro de interés variable no presuponen la adhesión a ninguna religión ni a ninguna filosofía. Son un mero análisis. ¿Idealista o materialista? Si por idealismo se presupone, locamente, una actividad sin «causación» no es éste un idealismo. Si por materialismo se presupone, ignorantemente, una

actividad sin la elación misteriosa de la vida, que surge en forma de conciencia en los individuos, y en forma de espíritu en la humanidad, tampoco es esto un materialismo. Y sin embargo, ¿cuál es más noble pensamiento y más eficaz: considerar a la humanidad como que de un origen divino tiende a la materialidad o contemplarla como una elación constante hacia una conciencia que se hace dios en larga y penosa lucha de milenios?

Esto no es una divagación, es concepto que puede razonarse. Dios es el símbolo de lo que la humanidad quisiera ser o poseer en un momento dado. De ahí que el concepto de dios cambie con cada pueblo, con cada época con cada individuo: el dios tribu, el dios urbe, el dios río, el dios mar, sol, raza, el nirvánico o el espíritu universal, son etapas de la conciencia del hombre. Las tres grandes empresas de la humanidad en los últimos siglos son la conquista del espacio, la conquista del tiempo, y la conquista de la personalidad. Por eso nuestro dios es infinito, conquista del espacio; eterno, conquista del tiempo; acto puro, conciencia pura, conquista de la personalidad. Y en estas tres direcciones la humanidad se va acercando a la realización de aquel símbolo. Con la navegación multiplicamos por diez la conquista del espacio, con el automóvil y el aeroplano, por veinte, con la electricidad eliminamos el espacio sobre la tierra. Con la

biología, por la medicina, la cirugía y la higiene, conquistamos millones de años de vida por generación; la técnica y la organización industriales multiplican por ciento nuestra capacidad de aprovechamiento del tiempo, la especialización y la cooperación disminuyen enormemente el esfuerzo intelectual, dilatan el capital tiempo. La personalidad se enriquece con el análisis incesante que de ella hacemos, en la novela, en el drama, en la fisiología y la psicología, en la exégesis de la historia, de la moral y de las religiones. La personalidad se ha enriquecido por cantidades inconmensurables en el solo espacio de los últimos años, como hemos acortado el espacio y dilatado el tiempo. Nótese, además, una misteriosa correspondencia que hay entre estas bases del espíritu humano, tiempo, espacio y conciencia, que las hace equivalentes, ecuacionales: el tiempo puede sustituirse al espacio y viceversa, y un instante de iluminación suprema, divina, del espíritu, equivaldría a todos los tiempos y todos los espacios imaginables, sería un presente infinito y eterno, un dios.

Los pensadores, y los hay muy esclarecidos, que suponen la existencia de ciclos más o menos cerrados de cultura, con o sin retorno, no ven esta dirección espiral del espíritu humano. Dirección espiral que nos hace creer que regresamos a los puntos de partida, cuando, en verdad, lo que sucede es que los

dominamos desde más alto. Estudiemos el concepto de átomo a que hemos «regresado» y comparemos la teoría atomística grecorromana con la bella hipótesis de trabajo físico-química y matemática que hoy conocemos, y desafiemos a quien quiera negar un progreso en este sentido. ¿Se dirá que esto es material, científico, solamente? Considérese el concepto de hombre entre los griegos y el concepto de tal en la filosofía alemana o en el cristianismo contemporáneo de cualquiera de nosotros, y se verá el abismo franqueado en veinte siglos de meditación. Lo que ocurre es que la humanidad no ha progresado en todas las esferas de su actividad simultáneamente, sino que por etapas se da a esta o aquella disciplina, religiosa, política, moral, científica, etc. De cuando en vez la filosofía hace la síntesis de la cultura de una época y armoniza en un sistema todas las adquisiciones; luego el progreso continúa, nuevos conocimientos van socavando la verosimilitud de esa síntesis filosófica, creando una reforma, un escepticismo, un relativismo casi nihilista, hasta que, desplomada la construcción anterior, surge otro esfuerzo de síntesis sobre la base de los nuevos conocimientos, una síntesis superior a la anterior. A una de esas etapas nos vamos acercando hoy, al parecer, y no es justo que perdamos la cabeza en el pesimismo natural que trae toda expectativa angustiosa.



Toda esta larga introducción elemental era oportuna para llegar a este punto práctico por excelencia: ¿cómo debemos considerar el estado actual de los códigos penales de que se sirven los pueblos más cultos de la civilización contemporánea? Porque hemos dado una ojeada a las costumbres e instituciones, y acabamos de mirar, someramente y casi de soslayo, el problema ético, ya es lógico que busquemos en la codificación oficial de nuestras costumbres el acierto o el error en que hayamos incurrido.

La primera impresión que despierta en nosotros la aplicación del código penal, los efectos inmediatos de su acción, es la de que castiga las faltas individuales en el cuerpo, y en el espíritu también, de la sociedad entera. Esto sería una injusticia importante, y debemos analizarla un poco antes de criticarla o tratar de corregirla.

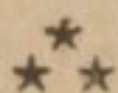
Un hombre que hurta, un hombre que mata, recibe tres castigos, el menosprecio social, la prisión y la reparación civil. Sin entrar en el estudio de los fundamentos filosóficos de estos castigos, sus efectos se nos aparecen como francamente insuficientes. La frecuencia de la criminalidad en todos los países y la reincidencia de los delincuentes parecen comprobar esta aseveración. Es, también, la opinión de estos

mismos cuando, con esa falta de pudor moral que caracteriza al hombre moderno, exclaman con frecuencia, en el círculo de sus amistades, serles muchas veces favorable el balance de sus faltas y delitos.

En realidad, cuando un hombre hurta una buena cantidad de dinero, lo hace a sabiendas de que tendrá unos cuantos años de prisión, pero que luego disfrutará tranquilamente de mejor posición económica, rehuyendo el veredicto social con alejarse un poco de su país o hacer la comedia del reformado moral. Mientras tanto el defraudado sufrirá definitivamente un desfalco en su vida o en su hacienda que puede comprometer su existencia y la de los suyos, y la sociedad asumirá nuevas cargas, a saber: la perturbación moral y el malestar que produce un hecho punible que aparece en su seno, el sustento y la corrección del delincuente, su familia y sus asociados, que quedan desvalidos, y el sustento y reparación del que ha sufrido el daño. Apreciado esto en dinero, sería poco decir que una estafa, por ejemplo, le cuesta a la sociedad diez veces más de lo que realmente representa, y en ocasiones, ciento o mil veces más, si contagia a otros o si determina al delincuente a proseguir en su mala conducta. Esto es considerando el aspecto menos dañoso del delito; mas, si paramos mientes en lo que significa un homicidio para la sociedad, con sus caracteres de hecho irre-

parable en los sentimientos y en el desorden económico de las familias afectadas, en los gastos de investigación de la justicia, en los gastos de prisión, en el tiempo que pierde la sociedad en comentarlo en privado o por la prensa, se comprende que un tal acontecimiento llegue a costarle a una nación millares de dólares, sin que esta suma, así vagamente expresada, tenga la menor exageración retórica. De donde se desprende que una sociedad se castiga hoy económicamente en forma grave cada vez que en su seno surge un crimen de pública notoriedad. Y si miramos al aspecto sentimental, veremos mejor este castigo: un crimen escandaloso enciende la emotividad pública como un reguero de pólvora y despierta sentimientos encontrados más enérgicos que una hecatombe en guerra o un siniestro por incendio, inundación o terremoto. Es un hecho grandemente apasionante en el cual la sociedad sufre los primeros días por simpatía con la víctima y, lo que es curioso y natural a un mismo tiempo, sufre luego por simpatía con el victimario. Es decir que, sentimentalmente, la sociedad recibe la mayor parte del castigo también. El caso es aún más evidente en la delincuencia sexual: una mujer engañada que se da a un hombre que no quiere luego cumplir sus promesas descarga sobre la sociedad en que vive el peso de su invalidez, el sentimiento de su dolor y la probable con-

ducta que de sus fracasos se sigue, creando, en serie de consecuencias, que pueden alcanzar a seis generaciones, a diez aún, un peso muerto de gastos materiales y de desorden moral que pasa los límites de todo cálculo, por exagerado que parezca.



Es probable que ante estas consideraciones de sentido común sonrían las gentes en el convencimiento de que ellas anotan un hecho natural que, por trivial e irreparable, no admite discusión.

Y sin embargo, pudiéramos intentar alguna solución, si no diferente de las que hoy contemplan ya algunos proyectos de código penal y aun leyes promulgadas hace tiempo, al menos más acentuada en la dirección que nos parece oportuna. Esta dirección sería la de tratar de limitar los efectos del delito al delincuente, sometiendo la pena a un criterio de reparación del ofendido, en primer término, y de defensa social a continuación. Cuando un incendio se produce, lo primero que hace la sociedad es tratar de limitarlo al foco de su origen, y cuando una epidemia surge, procede aquélla de igual modo, tratando de limitarla a los atacados. De entre las antiguas etapas de la penalidad, venganza de la tribu, satisfacción moral de la sociedad, reparación económica del lesionado, reforma del delincuente, ejem-

plificación restrictiva del desorden, etc., busquemos la que nos parezca más eficaz en estos momentos de nuestra cultura. El infierno no asusta ya; la prisión sólo amedrenta la primera vez; el menosprecio social no todos lo temen, no todos lo padecen ni todos lo sufren; la reforma del delincuente es aleatoria en parte y enormemente dispendiosa; la ejemplaridad social es casi nula y la reparación civil poco efectiva. Reconozcamos a prisa, no obstante, que todas estas orientaciones son sanas, utilizables oportunamente, circunstancialmente, y sin predicar su caducidad, ordenémoslas en el orden de su valor y eficacia.

El delincuente que tenga que dar de sí la reparación, que tenga que subvenir a los perjuicios causados, en la doble proporción de sus capacidades y del daño que haya hecho, revolucionará el concepto del delito, haciéndolo aparecer como un infortunio individual, como un accidente que nos mutila un poco o una enfermedad crónica que merma el valor y el sabor de nuestra vida. A esto sí le tiene miedo la humanidad. Contra esto nadie lucha. Basta ver a cuántos sacrificios, estudios, preocupaciones, abstinencias y actividad nos sometemos gustosamente por la comodidad de nuestro vivir o la salud de nuestro organismo. Un hombre que sepa que al quitar la vida a otro pesarán sobre la suya las cargas económicas que el vacío de aquél haya de causar, rehuirá

el homicidio como se rehuye una quiebra o una invalidez. El que sepa que si desvía a una mujer de las posibilidades de casarse o le rompe su hogar ya constituído tendrá que ser para ella un protector de por vida huirá de la delincuencia sexual como de una caja de dinamita. El que sepa que con su trabajo futuro tiene que pagar hasta el último centavo de lo que ha hurtado encontrará el hurto un negocio detestable. En esta forma económica de la pena, el egoísmo, la vanidad y la audacia, factores parciales importantísimos de la delincuencia, se mermarán grandemente. El hombre delibera cien veces más antes de perjudicarse económicamente que ante la inconveniencia de faltar a las leyes morales. El ejemplo que nos da la cultura contemporánea es harto ilustrativo en este caso: la honradez se va haciendo, si es que no se ha hecho ya del todo, función de egoísmo. Doloroso o no doloroso, el hecho es irrefutable. Aceptémoslo como una realidad social sobre la cual tenemos que construir nuestras instituciones. Lo que pasó es leyenda, verdad de otros siglos y sólo literatura del presente. Nuestra raza adoró probablemente a Júpiter y a Bochica, y no creo que en nombre de estas divinidades indígenas o paganas pudiéramos construir la moral del día. Nuestra raza respetó en siglos pasados la paz del rey y la paz de Dios, según la fórmula establecida que emanaba de un senti-

miento real; hoy no existe ese sentimiento ni siquiera aquella fórmula ya, y nada podemos edificar sobre él. Al grito unánime de las sociedades contemporáneas que viven en el culto del dinero y del placer, el legislador debe contestar en la misma tónica, si no quiere que, darse a la vera del camino inane y burlado.

La fórmula abstracta es, naturalmente, una simplificación que chocará con un centenar de grandes dificultades prácticas. ¿Cómo obligar a un hombre a dar de su salario o de su renta una compensación pecuniaria constante? El tratará de rehuir este pago con toda la astucia y por todos los medios imaginables. Tenemos, sin embargo, el ejemplo de lo que ocurre con el divorcio en los países sajones, en que esta compensación se efectúa, hasta donde es posible, rigurosamente; y aun se pudiera imaginar una mediación del Estado en que él asumiese el cobro y garantizara el pago. Esto no es ajeno a las prácticas usuales, puesto que el seguro contra enfermedad de los asalariados se hace en esta forma, con buenos resultados, en algunos países.

De ahí se desprenderían muchas modificaciones de nuestros códigos penales y aun de nuestras costumbres y sentimientos. Afrontémoslas valerosamente: desde luego la acción más perjudicial de nuestras leyes penales contemporáneas es el reducir a la invalidez moral y material al delincuente, hecho tan deplora-

ble que ha dado ya lugar a campañas sociales que tienden a corregirlo en varias naciones cultas, sobre todo en Norte América. Instituciones benéficas, como el llamado servicio social, tratan de eludir este enorme daño, asumiendo la tutoría del delincuente, sobre todo de los jóvenes y de los débiles mentales o perturbados por algún desequilibrio de su salud, de su familia o de su medio ambiente, educándolos y colocándolos de nuevo en el trabajo normal. Es que tal como se aplica hoy la ley penal, sobre todo la investigación criminal, asume los caracteres perturbadores de algo dramático, «folletinesco», exhibicionista, lamentablemente inconsulto y perjudicial. La novela naturalista, agresivamente desnuda, sádica aun y excitante, aparece hoy en los tribunales, y no en pueblos de mediana cultura, sino en naciones tan sesudas como la severísima y puritana Inglaterra; y la prensa, el club y la sala de recibo sacan del escándalo sus mayores recursos de atracción y amenidad, con la resultante desastrosa de un probable contagio moral y el certísimo de una bancarrota definitiva del procesado, criminal o delincuente que lo incapacita para la reconstrucción de su vida propia y la reparación del daño ajeno. Todo mundo considera cruel y odioso que la investigación de una enfermedad contagiosa y aislable que nos aquejase de pronto se hiciese a tambor batiente, convocando las multitudes, desnu-

dándonos en la plaza pública y exponiendo nuestros órganos en una pantalla de cinematógrafo ante la algarabía de la muchedumbre expectante y salvajemente irónica, como si el fiscal, el juez y los jurados no representasen ampliamente a la sociedad y a la justicia a un mismo tiempo.

Otra gran dificultad es el trabajo. ¿Nadie querría trabajar sabiendo que de su salario iría una tercera parte, por ejemplo, como ocurre en el embargo por deudas, a otra persona, odiada quizá? El inconveniente no es insoluble, puesto que no lo ha sido en el caso aludido, y también es de preverse que el Estado vaya poco a poco asumiendo el trabajo, en su consecución y en su distribución, como ya ocurre a medias en algunos países que tienen exceso de población o que de cuando en vez padecen de una disminución de la demanda industrial.

Quedan, también, por fuera de esta forma de penalidad los enfermos, que, como inclinados al mal o deficientes de inteligencia, no pueden entrar en el funcionamiento normal de las sociedades. Para éstos han ideado ya los poderes públicos la granja de labores agrícolas y el taller, en que el trabajo bajo vigilancia y disciplina da algún valor social a estos parásitos infortunados.

¿Cuál, entonces, es la aspiración de este comentario de la ley penal contemporánea,

tratada así en términos generales? La mayor reparación civil posible del ofendido y la menor invalidez económica del ofensor. Esta legislación penal sobre la base de presidio es contraproducente, aunque no sea aún convenientemente eliminable, porque hay circunstancias en que sólo la pérdida de la libertad y del prestigio pueden corregir una ofensa.

La sociedad debe economizar sus fuerzas morales, intelectuales y económicas, y el presidio, tal como aun se aplica, a pesar de las reformas sustanciales que diariamente lo mejoran, malgasta estas tres manifestaciones de la riqueza humana. Este es el primer postulado brutal de la vida. El segundo, no menos brutal, es que al hombre contemporáneo le apena más la pérdida del dinero que la disminución del prestigio moral. El tercero es que debemos ofrecer reparación eficaz, y no justicia hipotética, al damnificado, primero; equilibrio moral a la sociedad, en segundo término; y, por último, oportunidad efectiva, y no meramente sentimental y lacrimosa, de rehabilitación al delincuente.

Si hubiéramos de plantear el problema en la forma arrogante y aforística de los filósofos alemanes, diríamos: es necesario pensar en presente de indicativo.

La falta de una categoría racional de la pena, a pesar de lo mucho que se ha comentado su medida o proporcionalidad, como decían los penalistas de la escuela clásica, se nos aparece evidente y casi monstruosa a la primera lectura de un código. ¿Cuál es la norma punitiva de la legislación penal? ¿Por qué a este delito le atribuimos dos años de presidio, a ese otro diez, veinte al de más allá? Por tanteo y mera tradición.

Un asesinato y una traición a la patria se castigan con veinte años de presidio, una violación y un robo se califican merecedores de cinco a diez, etc.; ¿qué relación tienen estas penas con el daño causado? Ninguna, evidentemente. Una traición a la patria y un homicidio premeditado, el robo de una vaca y el robo del honor de una mujer resultan así equiparados ante la ley. Por este aspecto la legislación penal es ridícula, aunque se alegue que lo es por fuerza mayor, ya que considera los límites de la vida, la reforma del delincuente o la extinción del peligro social para la graduación de la pena. Esto se hace notorio al considerar los cálculos previstos para lo que se llama la atenuación de las penas, por ejemplo, rebajar de diez años a cinco el presidio o la reclusión, etc. No se ha tenido en cuenta que hay medidas espirituales superiores en valor al tiempo que calculan los almanaques:

la primera es la medida de emoción, pues casi todo el choque de la pena se verifica en los primeros días, siendo los demás un embotamiento más bien y una peligrosa adaptación al castigo;

la segunda es que los desórdenes morales y materiales que sufren los allegados del delincuente pueden ser reparables o irreparables según el tiempo que dure su prisión;

la tercera es que el tiempo es más o menos largo, según la cantidad de hechos que ocupen el espíritu, y así, en los primeros días de prisión se viven años y en los últimos años de prisión se viven días nada más;

la cuarta es que en las cuatro décadas más útiles de la vida, de veinte a treinta años, de treinta a cuarenta, de cuarenta a cincuenta, y de cincuenta a sesenta, los años tienen un valor inmensamente desproporcionado, pudiéndose considerar tres años de los treinta a los cuarenta superiores a diez de la última década, tanto para el placer como para el trabajo, y tanto para el individuo como para la sociedad y la familia.

Con relación al perjudicado también se nos aparece francamente ineficaz esta legislación.

En nada se compensa una mujer deshonrada con los cinco años de prisión del seductor, ni el hacendado con los cinco del ladrón, ni la familia del occiso, ni la patria traicionada con los veinte que corresponden a estos crímenes. El castigo, es decir, el sufrimiento que la prisión acarrea al delincuente es un sufrimiento del cual no se saca provecho alguno y, por lo tanto, una necia y fría crueldad. Ya se sabe que para el hombre honrado de sentimientos que delinque en fuerza de circunstancias imprevistas, el presidio es un mal que afecta su vida, la de su familia y la de la sociedad; y que para el degenerado de viciosas inclinaciones, no es un correctivo moral, tampoco. Luego de estas consideraciones sobre la corrección del delincuente no se desprende una norma para calificar las penas, sino es en una restringida proporción de la delincuencia juvenil.

Asistimos, pues, a un caso de confusión mental de los legisladores en la determinación de las penas con esto de no haber hallado aún una norma de proporcionalidad, porque, a pesar de que la reparación civil interviene, la que sí es normativa, la otra sanción penal la restringe o anula en sus efectos, invalidando al delincuente para satisfacerla en toda su plenitud y oportunidad.

Estas mismas consideraciones se aplican a la pena de muerte.

Si tomamos como norma de la pena la reparación del daño causado, muchos delitos la excederán, como desde luego a todas las penas que se contemplen, mas en muchos casos la humanidad saldría gananciosa. El que haya traicionado a su patria no paga con multa ni con presidio ni con la vida el daño causado; lo más proporcionado a su delito es el destierro perpetuo, en la seguridad de ser éste un castigo mayor, de dar lugar al arrepentimiento y a la reparación, en la minúscula proporción de la capacidad individual. El que haya defraudado a una mujer en su honor, soltera o casada, asumirá las consecuencias en la misma forma en que la divorciada por justa causa beneficia de su situación: porque, ¿qué es la otra sino una mujer repudiada injustamente? Sin que, tampoco, vayamos en esta vía hasta negar implícitamente la personalidad moral y la responsabilidad correspondiente que tiene la mujer, y de cuya protección a veces abusa en algunas circunstancias, sobre todo en Norte América. El que haya hurtado quedará en libertad condicional mientras restituye, o trabajará bajo vigilancia en el taller de la penitenciaría, si no lo quiere hacer libremente. El que deba responder en justicia por un homicidio tendrá toda oportunidad de subsanar el desorden económico que el occiso haya dejado en su familia.

Se podría reglamentar todo esto a la manera

de un seguro social en que la delincuencia dejase de ser, al menos en gran parte, una carga para los ciudadanos honrados que hoy la soportan; que su corrección y reparación fuesen «self supporting», que a sí misma se costease. El Estado se encargaría de la reparación económica del ofendido y sacaría del ofensor los recursos necesarios para ello. Tomaría del trabajo o de los recursos adquiridos del delincuente, exigiéndolo o no el ofendido, lo necesario para crear fondos, manejados autónomamente si se quiere, para los establecimientos de educación, de aislamiento, de trabajo, etc., del delincuente, y para su misma colocación en la vida social, después. Esto implicaría desarrollar enormemente las sociedades de patronato, el sistema de multas, la formación de fondos de reserva y el trabajo en las casas de corrección. Ello implicaría una organización inteligentísima y un largo esfuerzo, mas no es un imposible, y bien vale la pena de intentarlo con el ánimo heroico que estas magnas empresas requieren.

Esto quiere decir que la ley contemplará la penitenciaría como una excepción que los jueces aplicarán ante circunstancias morales ineludibles, ante el acaudalado que se hace «diletante» del vicio, ante el rehacio, el incorregible y el inhábil, por ejemplo. Quiere decir, asimismo, que la libertad condicional se debe contemplar, no tan sólo como una oportuni-

dad de buena conducta, sino, muy especialmente, como una oportunidad de reparación económica.

Esta orientación penal no desconoce las grandes adquisiciones que la ciencia y la experiencia han hecho en los pueblos cultos y que como la mejor vigilancia, la investigación sagaz de las causas, agentes y circunstancias del delito, el diagnóstico de las perturbaciones físicas, morales y intelectuales del delincuente, la justificación de la responsabilidad, de la imputabilidad, como dicen los clásicos, o de la peligrosidad (ofensividad sería quizá más castizo y apropiado) como dice, corrigiéndolos, la novísima escuela positivista, según el proyecto de código italiano de 1921, han producido una merma apreciable de la criminalidad general en los últimos veinte años. Antes bien, en ellas se apoya para buscar un mayor progreso en la higiene moral de las sociedades. En este orden, por ejemplo, los reincidentes, por los efectos acumulativos de la reparación insatisfecha, llegarían a quedar prácticamente sujetos a la prisión preventiva; y la libertad condicional, una bella adquisición de la legislación moderna, llegaría a su pleno desarrollo. El tratamiento de los parásitos sociales, de los débiles mentales, sobre todo, que dan el mayor contingente de la delincuencia, y la restricción forzada de su propagación indeseable, son cuestiones al estudio de la ciencia y ya en vía

de solución, que no tenemos por qué tratar aquí.

★ ★

Quizá haya quien piense que este encomio de la reparación como norma de la pena es un regreso a la escuela clásica o, peor aún, a la forma usual de los castigos en las sociedades primitivas. Y no hay tal regresión, pues los proyectos de códigos más recientes, el alemán de 1919, por ejemplo, muestran una ligera orientación en este sentido. Ni siquiera hay tales escuelas: la humanidad va dándose instituciones a la medida de sus necesidades y del desarrollo de su cultura; cada etapa de la penalidad es una adaptación inconsciente a las nuevas condiciones espirituales y materiales de la sociedad en que aparece. Toda esta agitación gigantesca del positivismo penal es el resultado lento de una causa sencillísima, a saber: la conciencia de nuestra personalidad. Las ciencias de que nos servimos para apoyar todas las reformas que hemos proclamado son meros auxiliares que aprovechamos para definir en teoría lo que hace unos pocos siglos está construyéndose dentro de la realidad, la personalidad individual. Las condiciones de la imputabilidad del delito hubieran sido irrisiones e impostulables en otro tiempo. Hoy hablamos de deberes y derechos, de lucidez mental (antes decíamos libre albedrío), de in-

teligencia atenuada o de voluntad cohibida, porque hay un término medio, un «standard» de personalidad al cual referirlos; porque el individuo es el centro hoy de la acción moral, como antes lo fué el clan, la nación, la divinidad o el rey, en esa evolución milenaria del concepto de la pena que, partiendo de la venganza privada y de la responsabilidad colectiva del clan, fué ascendiendo hacia una responsabilidad ante autoridades constituídas y el establecimiento de la compensación pecuniaria y de la ley del talión, en los pueblos primitivos, para llegar a la responsabilidad individual ante la justicia distributiva y los propósitos legales de intimidación, expiación, defensa social y corrección, que aun informan nuestra legislación penal en una relativa incongruencia y un superlativo desorden.



Y baste ya, como síntesis rápidamente esbozada de algunos problemas de la civilización contemporánea...

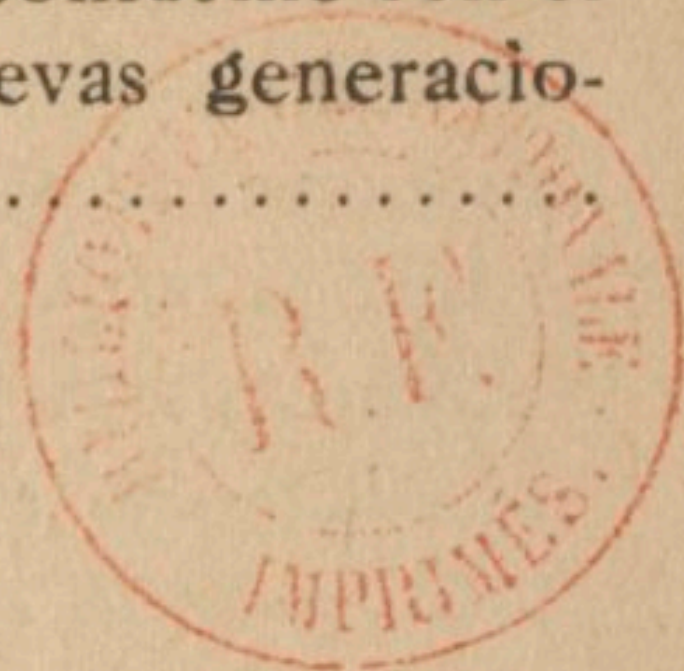
Al contemplar el desenvolvimiento gigantesco de la humanidad en todas sus esferas, a la emoción de grandeza con que parece abrumarnos se suma una convicción optimista de que el futuro y, ya un poco, también, el momento actual, inician la reacción de una verdadera superioridad del hombre sobre el

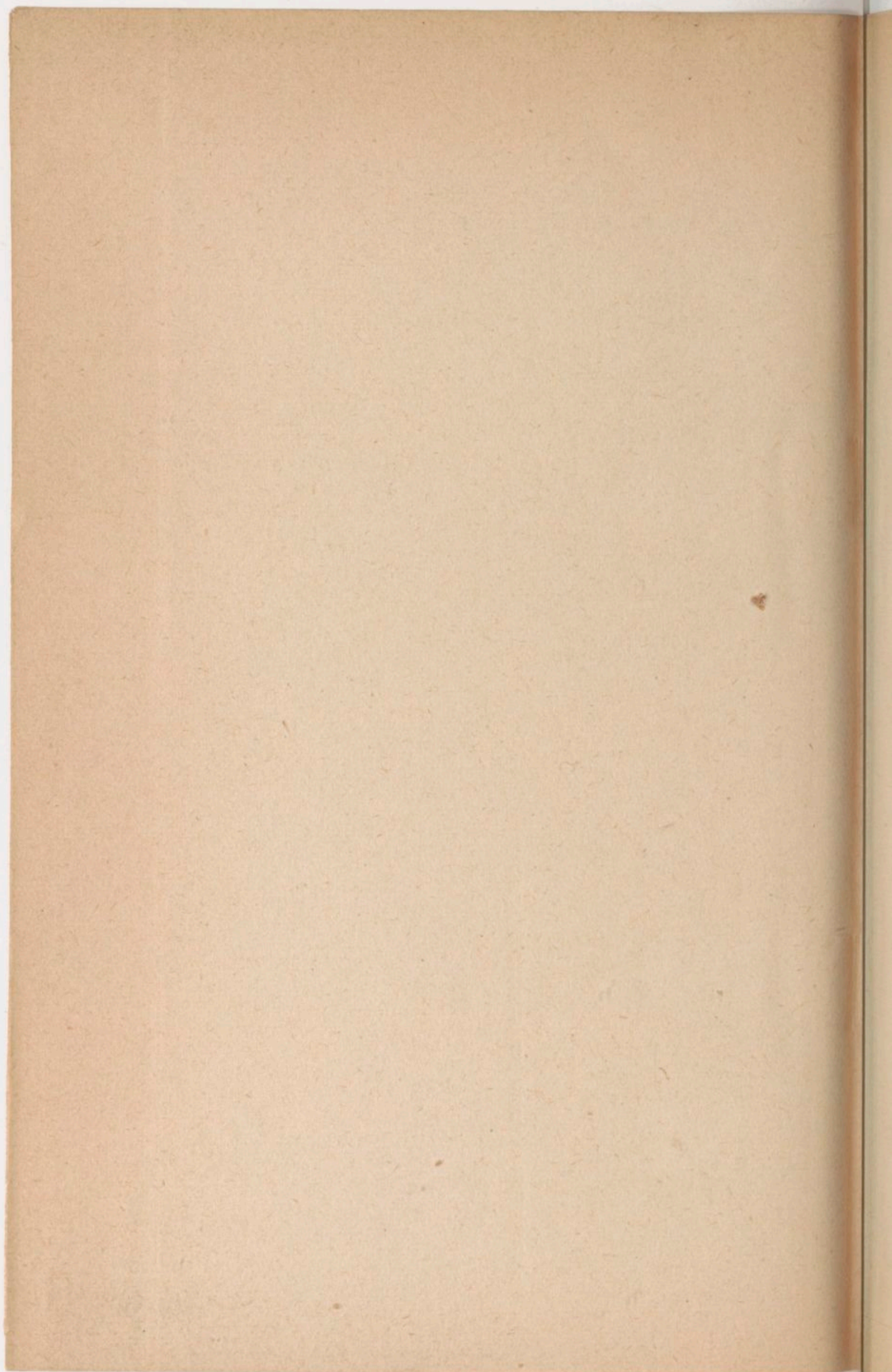
mundo. El ideal de los poetas, de los filósofos y de los místicos (todos ellos expresión, quizá, de una misma virtud humana), el ideal de los pueblos jóvenes y la ensoñación dilecta de todas las generaciones de un genio tutelar, de un mesías, de un dios, va siendo una visión posible, aunque no en la forma concebida antes, va surgiendo de entre los pliegues mismos del dolor humano que, modelado audaz y tenazmente por la voluntad heroica de la especie, se espiritualiza y eleva a la humanidad hacia esferas superiores: conciencia individual, conciencia social hoy y tal vez mañana una conciencia universal más «clarividente» aún y cuasi divina.

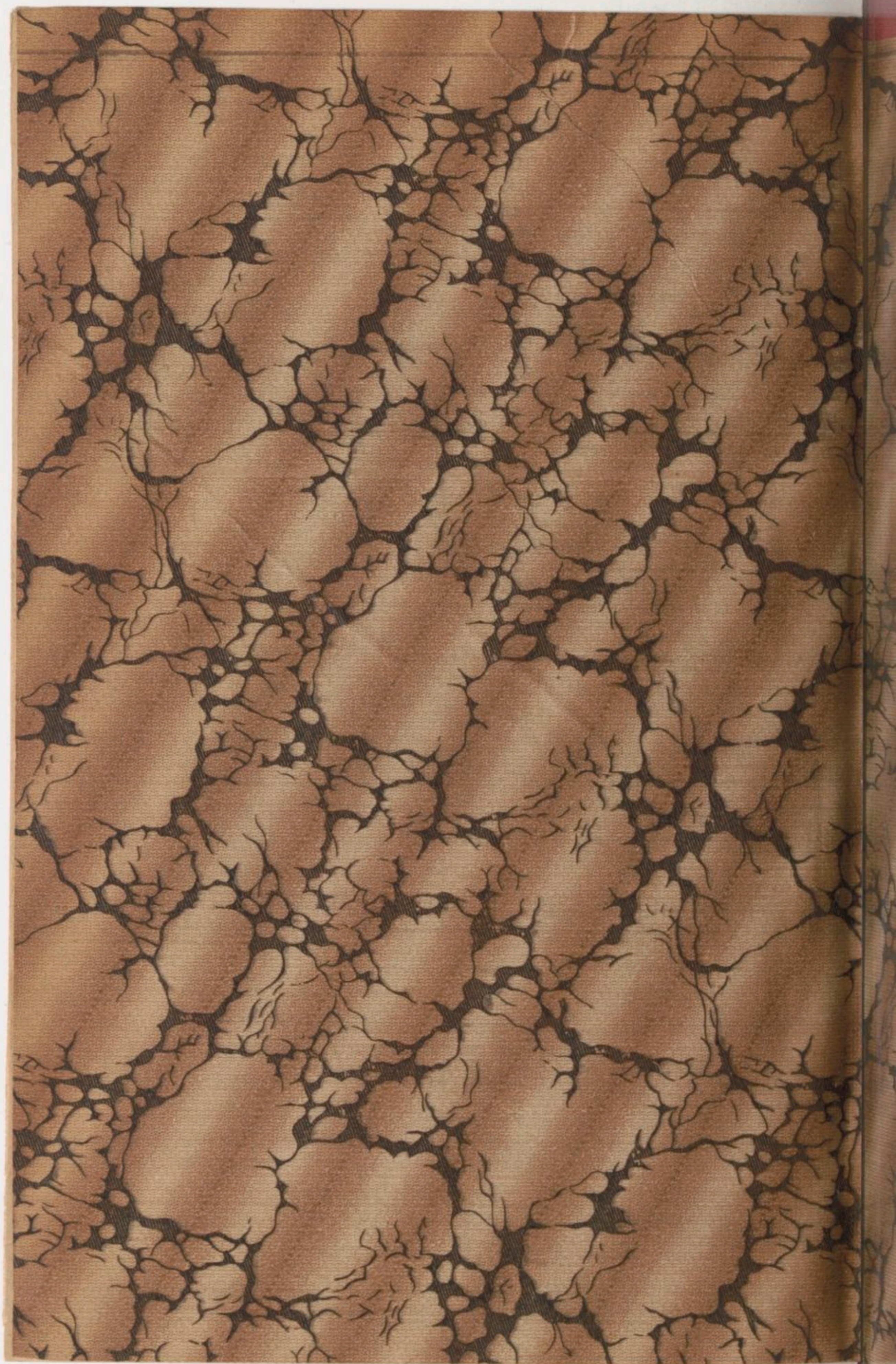
RESUMEN

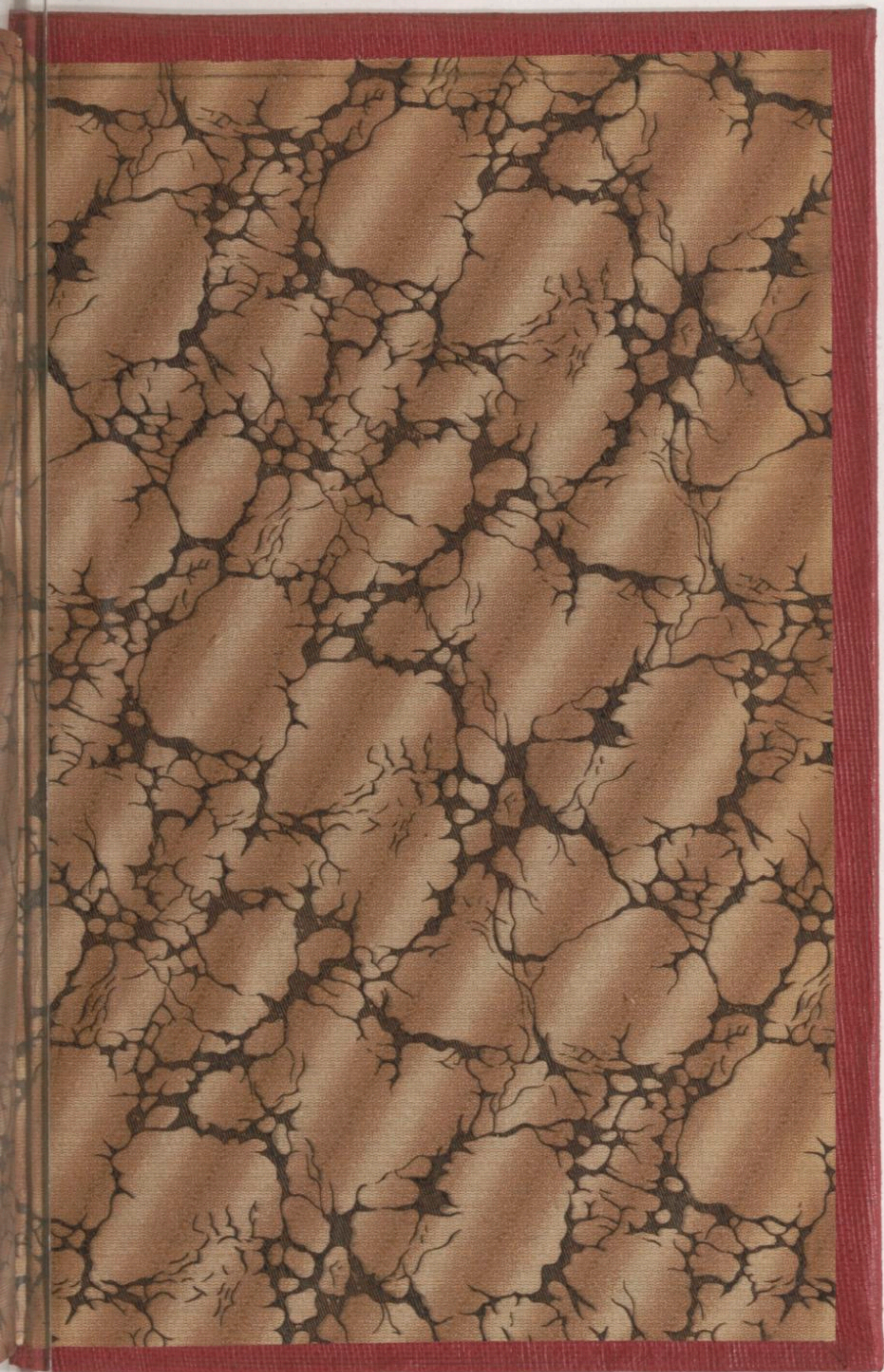
- I.—Definición de las preocupaciones que motivan este libro, y presentación de excusas (más ampliamente desarrolladas al comienzo del ensayo sobre la sociedad) por su exagerada extensión 7
- II.—Influencia de la ciudad y del campo sobre la formación de la personalidad, según las diversas maneras de estar uno y otra constituidos; crítica de sus ventajas e inconvenientes; y lecciones que con respecto de ellos nos da la experiencia para la preparación de las generaciones futuras 11
- III.—Estudio de la familia con relación al matrimonio y al amor, al funcionamiento normal de nuestras capacidades, a la moralidad social y al porvenir de los pueblos; crítica de las perturbaciones que ella sufre en los tiempos contemporáneos; y juicio sobre el probable porvenir de esta institución 73

- IV.—Comentario sobre algunas instituciones de nuestra democracia, el capitalismo, el socialismo, el parlamento, la prensa, los partidos políticos; indicación de los peligros que ellas entrañan hoy día; y sugerencias sobre la manera de corregir algunos de sus más graves defectos 125
- V.—Exégesis de la moral y opiniones sobre su origen y manera de ir desarrollándose lentamente; crítica de la legislación penal y del criterio que la informa; concepto de una penalidad más conforme con el espíritu de las nuevas generaciones 201









BIBLIOTHEQUE NATIONALE DE FRANCE



3 7502 00602968 2